Casas limpias

María Agúndez



temas de hoy

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte

Me paso el día limpiando...
Cuando conocí a mi novio...
Mis padres siempre me preguntan...
Hace ya dos semanas que...
Cuando resulta inevitable que asome...
¿Quién limpia las casas de...
Llevo semanas vomitando...
Las semanas han ido pasando...

Segunda parte

El 10 de enero llegamos...
Por lo que veo con...
Hace exactamente quince días que...
Cuando tengo mucha ansiedad porque...
Por orden, siendo lo primero...

Los vecinos de mi vecina...
El verano nos ha dado...
Voy a recoger a mi...
Mi madre ha aparecido por...
A mi madre le gustaría...
Quedo con una amiga de...
Mi tía está en un...
La vecina de enfrente ya...
Diana viene hoy sola a...
Mi tía me ha dicho...
Desde que estoy metida en...
Han pasado casi tres semanas...
Si algo he aprendido durante...
Cuando me despierto...
Hacía mucho que no entraba...
Hoy era mi último día...
Estoy metida en la cama...
Hoy he soñado que la...
Mi madre me ha pedido...
Voy con la bebé a...

Tercera parte

Hemos pasado una noche de...
¡Me voy corriendo, me voy...
Hay algo en el hecho...
A pesar del enfado y...
La bebé se ha despertado...
Hemos ido a ver una...
«Venga, dígale, dígale a Sol»...

Me gustan los nombres de...
El grupo de WhatsApp de...
A Jan le gusta que...
Mi novio y yo vamos...
Hoy es mi primer día...
Resulta que hoy me tenía...

Créditos

CASAS LIMPIAS

María Agúndez

temas de hoy

Para Ioseba

F: ¿Cómo puedo verme la cara sin mirarme a un espejo?

COLOMA FERNÁNDEZ ARMERO,
Todo flota

Primera parte

Me paso el día limpiando.

Los martes hago una limpieza general. El resto de la semana aspiro la casa, sacudo los sofás, coloco los cojines y pongo dos lavadoras. Con regularidad, vacío de pelos el depósito de la ducha, que es algo parecido a purgarme. Cuando no estoy limpiando, estoy pensando en limpiar. De hecho, si un sábado a las doce del mediodía me encuentro pasando el cepillo de dientes entre las juntas de las baldosas del baño, es que lo he conseguido, las cerdas indican que me he convertido definitivamente en una maniática de la limpieza. Quizá todo provenga de mi alergia al polvo, aunque no lo creo. Es algo más básico todavía, como quien tiene la urgencia de ir al gimnasio a hacer *body attack* porque, si no, le va a dar algo: necesito retorcer la bayeta, escurrirla, moverme por la casa cargando el cubo de fregar lleno hasta los topes, agacharme una y otra vez, una y otra vez. Frotar hasta quedarme exhausta. Hasta sentarme en el sofá, mirar a mi alrededor, ver que todo está impoluto sin un gramo de tensión y decir: «Así sí». Resulta curioso, pero cada mañana, al despertar, estornudo exactamente seis veces. Es más, por mucho que le quite el polvo a la mesilla de noche y a las lamas de madera del somier, no dejo de hacerlo. Una psicóloga me dijo un día que las personas que estornudamos por la mañana tenemos un sistema inmune impecable; otra, sin embargo, me dijo que mis estornudos le parecían un síntoma de alergia a la vida.

Ambas opciones me parecen válidas, a pesar de que, de momento, me conviene creer en la teoría del sistema inmune de diez.

A diferencia de mí, la gente de mi entorno no disfruta limpiando. De hecho, si pueden delegar esa tarea, lo hacen. Muchos de mis amigos *tienen* asistentas y viven obsesionados con ellas, las quieren y odian al mismo tiempo, las necesitan y a la vez desearían que no estuvieran ahí. «¿La tuya lo hace bien? Es que creo que la mía lo hace todo un poco por encima». «¿Tú cuánto le pagas? Más de diez la hora no, ¿no? ¡Eso ya es bastante! Si yo calculo a cuánto me sale la hora en el curro... vamos, es que no gano ni la mitad». «¿A ti no te da miedo que te roben? Porque a mí una vez me desaparecieron unos pendientes». «Oye, ¿me podrías recomendar alguna que sea buena de verdad? ¿Me pasarías a la tuya?». «Mi madre siempre le ponía trampas a Menganita para saber si había limpiado bien la casa. Dejaba una pelusa grande detrás de la puerta del salón para pillarla. Si, al volver, la pelusa seguía ahí, significaba que se había pasado la mañana entera en el sofá viendo la tele. Menganita era un poco vaga, para qué nos vamos a engañar». Y mi favorita: «Fulanita lleva tantos años en nuestra casa que es como de la familia».

Mis padres entran en esta categoría. Siempre *han tenido* a mujeres de la limpieza en casa y siempre han estado dadas de alta en la seguridad social, con los papeles en regla y con sus treinta días de vacaciones por año. Algo nada obvio, ni mucho menos común, en todo este entorno de «Fulanita *es como de la familia*». Por mi parte, cuando el invierno pasado empezó a venir una mujer, Jacqueline, a limpiar la mía, no le di de alta porque *solo* venía tres horas por semana. No sé ni si ella quería. En realidad, aunque hubiese querido, no tengo ni idea de cómo se hace.

Todo cambió con la crisis del 2008: mi madre quiso recortar de ese lado y nos tocó limpiarla entre las dos. La casa es grande, así que nos la repartimos; a mí me tocaron los baños y las habitaciones, y a ella, la cocina y el salón. Las dos sabíamos que yo había salido perdiendo en ese reparto, pero aun así, me podía tanto la obediencia, que mi madre fue comiéndome el terreno hasta dejarme sola con todas las tareas. Se volvió loca con los roles, claramente me convertí en su mujer de la limpieza, hasta el punto de que un día me regañó porque no había limpiado bien su mesilla de noche. No me dolió el comentario, que fue despiadado viniendo de su parte, sino el hecho de que mi buen trabajo como limpiadora se pusiera en duda.

Cuando conocí a mi novio, hace diez años, era el conductor de Tom Cruise mientras rodaban en Sevilla la película *Knight and Day.* Me pareció increíble: un trabajo convertido en una anécdota constante. Por entonces, Tom Cruise solo dejaba que fuera mi novio el único de todo el equipo técnico que lo mirara a los ojos. No quería separarse de él ni un minuto. «Follow me everywhere», le repetía. Y yo quería seguir a todas partes al que todavía no era mi novio, una especie de triángulo amoroso con Tom Cruise de por medio. Hubo un momento en el que pensé que llegaron a quererse de verdad, que serían inseparables (algo típico de un rodaje: la creación de una familia intensa y efímera). Pero lo único que yo quería era que el que todavía no era mi novio novio volviera a Madrid para que pudiéramos empezar a ser novios novios de verdad, sin Tom Cruise de por medio.

Desde entonces, mi relación con él ha pasado a ser una especie de espera eterna: esperar a que vuelva de trabajar fuera, esperar a que vuelva de dejar a algún actor o actriz en su casa o, sencillamente, esperar a saber si lo tengo que esperar o no. A veces, cuando salgo a cenar por ahí, me propongo llegar lo más tarde posible a casa para que sea él quien me esté esperando, aunque casi nunca lo consigo. Intento compaginar mi vida y mi vida con él mientras lo espero. Yo creo que es porque mi personalidad no está a la orden del día, como si algo en mí no estuviera de moda: me gusta hacer más bien nada, no tengo casi ningún *hobby* (por no decir ni

uno), tampoco me gusta mucho viajar y me da igual perderme cualquier plan que a otro le parecería fascinante. Una vez coincidí en una cena de trabajo con Pedro Almodóvar y en lo único que podía pensar era en volver a casa y meterme en la cama. Cuando le di dos besos para despedirme, me dijo: «Disimulas los bostezos igual que yo», e hizo una mueca con la boca de medio lado mientras reposaba la mano en mi hombro. Supongo que su momento preferido del día es el mismo que el mío: cuando nos metemos en la cama. Aquella noche, en cuanto me tumbé, fantaseé con sus sábanas limpias, seguramente de hilo, de color azul marino con rombos rojos y un olor espectacular, suave y delicado, imperceptible pero que al mismo tiempo no puedes parar de oler.

Mi novio es opuesto a mí: a su día le faltan horas y a su vida le faltan más vidas para poder hacer más cosas. Por eso no entiende que la mía se reduzca a algo tan minimalista como no sentir especial emoción por ningún plan considerado socialmente como interesante. A mí me gusta la normalidad, la tranquilidad, volver andando del trabajo, tumbarme en el sofá, hablar por teléfono, ducharme y cenar. Por eso, las noches en que mi novio aparece por la puerta después de haber estado trabajando quince horas, con una sonrisa enorme que yo sería incapaz de lucir, es cuando me doy cuenta de que nuestra relación lo mismo podría durar veinte años más que terminar pasado mañana.

Jacqueline empezó a venir a limpiar nuestra casa de forma regular hace un año, aunque mi novio sigue sin saber si viene los martes, los miércoles o los sábados.

Mientras cojo de mi mesilla de noche el dinero para dejárselo a Jacqueline en la entrada, pienso en la conversación que tuve el otro

día con mi amiga Belén. Me contó que su novio no tiene el número de teléfono de la asistenta y que ella es siempre la que coordina todo. Él ni siquiera repara en que hay que ir al banco a sacar los treinta euros que le pagan por las tres horas. Hace poco se hartó y, al parecer, le dijo: «Hay que organizar cosas, ¿no lo ves? Tú es que no te enteras: los días que llueve le mando un wasap y le recuerdo que no ponga la lavadora porque, si tiende, claro, se empapa toda la ropa». La cosa no quedó ahí, porque él, que siempre tiene una respuesta para todo, le contestó: «Bueno, es que lo que yo pretendo es que esta mujer tenga la lógica suficiente como para saber que si llueve no hay que poner la lavadora y tender».

Coloco los tres billetes de diez encima de la cómoda, al lado de una foto en la que se nos ve en Machu Pichu vestidos de *trekking*, y pienso en que mi novio tampoco tiene el número de teléfono de Jacqueline y que, por supuesto, tampoco tiene ni idea de cuánto le pagamos. Solo sabe que hay un día (indeterminado) de la semana en el que llega a casa y que «parece que hayan limpiado hasta el aire», suele decir.

Fue entonces cuando apareció el primer cambio: Jacqueline me dijo que la tenían que operar del brazo, de modo que empezaría a venir con su hermana para enseñarle todo y que, así, en vez de estar tres horas, entre las dos lo limpiarían todo en hora y media. «Tenga en cuenta que a usted le costará lo mismo», recalcó Jacqueline en cuanto vio mi cara completamente descompuesta solo de pensar que tendría que empezar a pagar a dos personas en vez de a una. «Si le parece bien, lo hacemos así, porque yo no puedo hacerlo sola. Recuerde que solo tendré un brazo bueno». Acepté, porque lo que decidiese Jacqueline a mí me parecía bien.

La primera mañana que aparecieron las dos por la puerta sentí que su presencia era desproporcionada respecto al tamaño de mi casa y mi nivel de vida. Me dio vergüenza que pensaran que yo no trabajaba, que era una especie de mujer mantenida que deambulaba por la casa con un marido ausente. Imaginaba las miradas de los vecinos del edificio de enfrente, todos ellos asomados a la ventana mientras pensaban: «¡Mira esa! ¡Le limpian la casa dos latinas! ¡Y una tiene el brazo en cabestrillo! ¡Explotadora!». Así que fui de lo más simpática y agradable con ellas, aunque lo que quería por encima de todo era hacerles mi *performance* favorita, la de «tengo un trabajo en el que me pagan muy poco dinero». Vamos, una línea muy fina entre «Mira qué bien vivo» y «¡Ojo, que no me sobra el dinero para pagarte!».

Semanas más tarde, vino mi amiga Amalia a pasar unos días a casa porque inauguraba una exposición en Madrid. Amalia es artista. Y es dominicana. Por la mañana, cuando vinieron a limpiar, las presenté. En cuanto Amalia abrió la boca, no les quité ojo de encima porque quería ver su reacción al escuchar su acento. Me moría por ver en su mirada la relajación de sentir que estaban limpiando en casa de alguien que se relaciona con personas no caucásicas y que descartaran de un plumazo la posibilidad de estar trabajando en casa de alguien que es racista. Pero algo en Amalia no les cuadró: «Oiga, ¿usted con ese acento de dónde es?». A lo que Amalia respondió: «De Dominicana». Ellas no la creyeron. Le miraron el culo y les pareció que no lo tenía lo bastante grande, y así se lo dijeron: «Allá tienen unos culos bien grandes y una piel bien tostadita». Amalia se rio. Imagino que está acostumbrada a su blanquitud, a ser una dominiblanca. Entonces me di cuenta de que con Amalia me quedaba corta, de que a ojos de Jacqueline y de su hermana Diana

yo tenía una amiga dominicana, sí; ahora bien, una amiga dominicana blanca y seguramente rica.

Mis padres siempre me preguntan que qué tal está mi novio, que dónde está, que qué está grabando. Han ido a verle al rodaje varias veces y mi novio siempre se pone contento y les prepara un par de sillas bajo alguna carpa con ventiladores en verano o con calefactores en invierno. Les lleva botellitas de agua y les enseña las mesas del cáterin por si quieren picar algo; les cuenta qué papel tiene cada persona dentro del rodaje y de vez en cuando les pide un segundo con la mano para escuchar lo que le dicen por el *walkie*. A veces aprovechan para preguntarle que qué tal estoy, «¿Qué tal está Sol?», aunque hayamos hablado el día anterior. Mi novio siempre responde lo mismo, como un resorte: «Muy bien». Mis padres se quedan satisfechos porque mi novio les parece una fuente elemental de información sobre mí. Suelen hacerse un selfi y, después, cuando se despiden, cada uno me manda la foto por separado y yo les contesto con la misma respuesta: emojis de corazones. Por una parte, me enternece que los cuide de esa manera, que los tenga atendidos, pero, por otra, no puedo evitar pensar que mis padres están más orgullosos del trabajo de mi novio que del mío (y mi novio también). Les ofrece con suavidad la palma de la mano un segundo mientras se concentra en las palabras que asoman por el pinganillo y luego les dice: «Os dejo. Me tengo que ir a llevar a Menganita de vuelta al hotel». Les da un beso a cada uno en la mejilla, como si fueran sus propios padres, y se despide con una sonrisa tremenda.

Ya estoy viendo la cara de terror de mis padres cuando les diga que ayer me echaron del trabajo. Aunque, si digo «me echaron», parece que lo hubiera hecho un ejército de personas de recursos humanos; y la verdad es que nada más lejos: me ha echado Jan, el pintor para el que he estado trabajando durante doce años. He sido su asistente, o sea: su sombra, su psicóloga, su mamá, su papá, su contable, su fan sin ser su fan, su mono de feria, su crítica de arte, su almohada en la que hundir la cara y gritar cuando las cosas no salían como él quería, su minibar cuando había algo que celebrar y su limpiadora cuando «Sol, he salido corriendo de casa y he dejado un desastre, ¿puedes ir y limpiarlo, que Mery no viene a hacer la casa hasta la próxima semana?». Así durante doce años, trabajando pocas horas, pero con la trampa mortal de estar disponible el resto del día. Me ha echado porque dice que, después de tantos años, me merezco algo mejor, descubrir mi verdadera vocación, algo que a veces me pregunto si llegaré a encontrar algún día o, incluso, si es tan imprescindible siquiera ponerme a buscarla. Está convencido de que estoy demasiado acomodada, de que me he convertido en una especie de alfombra colocada en medio de un salón. Eso y un «uso indebido y prolongado de su tarjeta de crédito».

Poseída por el pánico de la desaparición de mi sueldo de un plumazo, lo primero que hice nada más salir del estudio de Jan fue enviarle un mensaje a Jacqueline: «Hola, Jacqueline! Espero que tu hermana y tú estéis bien y que tengas mejor el hombro. Te escribo porque estamos con muy poco trabajo y vamos a hacer nosotros la casa. Os deseo que os vaya bien. Muchas gracias por todo. Un abrazo!». A lo que ella me contestó: «Hola Sol sí no se preocupe a veces pasa, le pediremos a Dios estar estables pero bueno entiendo que ahora la cosa no está para tirar cohetes. Lo importante que estén bien y gracias por preocuparse por mi hombro le mando un

saludo estoy ahí a su novio un besito cuídese chao chao». Creo que quedó claro en el mensaje que no íbamos a tener el dinero suficiente para pagarles sin tener que contarle que me había quedado sin trabajo. Así que, a día de hoy, podría decir que volver a limpiar la casa va a ser la mayor de mis ocupaciones, el máximo de mis goces, mi paquetito de tabaco, algo que pueda aniquilar durante unas horas pensamientos tan venenosos como «Te vas a morir y habrás vivido sin más», «Les das pena a tus padres», «¡Espera! Pena no, mucho peor, una especie de vergüenza intrínseca que ni ellos serían capaces de verbalizar jamás». De ahí que limpiar me siente tan bien: ver desaparecer la suciedad como si fuera una verdadera maga del «aquí no ha pasado nada».

Hace ya dos semanas que Jan me echó y todavía no se lo he contado a nadie. A ratos siento como si me hubiera dejado un novio y que de un momento a otro me va a llamar para suplicarme que vuelva. Por eso mismo no quiero decir nada, por si la situación se revierte. Ni mis padres ni mi novio han entendido jamás mi poca ambición laboral, les desborda la idea de que una persona pueda tener un trabajo que ni fu ni fa y siga llevando su vida con normalidad. Estaría bien que Jan me pidiera que volviera a trabajar para él, no porque sea el mayor de mis deseos, sino porque eso me evitaría tener que pensar a qué me puedo dedicar. Es el único trabajo que he tenido en mi vida, nunca me ha dado por olisquear en otros jardines. He vivido tranquila en la comodidad, en un sueldo que no era para tirar cohetes, pero que, a cambio, me ahorraba la angustia de tener unas manos que te acarician el cuello hasta estrangularte. Una cosa por la otra.

A lo largo de todos estos años (tal vez, más al principio), mi novio y mis padres han venido a muchas de las inauguraciones de Jan en Madrid y siempre han dicho lo mismo: «Sol, este año tampoco entendemos nada de los cuadros. ¿Dónde hay más vino?». Podía ver en sus ojos la pena que les daba verme como una sombra que se paseaba por la sala, atenta a cada mínima necesidad de Jan, casi nunca relacionada con la exposición en sí. Supongo que, como padres, siempre han tenido la férrea convicción de que puedo aspirar a más (aunque en el fondo los ha tranquilizado pensar en el

buen sueldo de mi novio como un lugar en el que dejarme caer). Lo que no saben es que, para mí, el éxito de mi trabajo era trabajar pocas horas y tener ya más que controlado el carácter de Jan. De hecho, mi mayor logro en estos doce años ha sido conseguir manipularlo con una soltura arrolladora sin que él se diera cuenta. Los gastos de su tarjeta de crédito, quizá, han sido una pequeña grieta en mi modesto papel de *Artist's Assistant*.

En cuanto se hace de noche, me pongo el pijama y espero a que mi novio llegue a casa. Ya he aprendido a esperarlo después de cenar, comer o desayunar, nunca preparo comida para los dos. Aparece tres horas después de lo previsto, con una sonrisa de oreja a oreja. Podría parecer que su buen humor y su sonrisa permanente ayudan a mantener a flote nuestra relación, pero, con los años, es algo que hace que me lleven los demonios. El simple hecho de que viva con tanta pasión su trabajo me desquicia. ¿Será envidia? No lo sé. «Un carrozado de Arte se ha estrellado esta mañana contra la furgo de Luis, por los pelos no le ha dado a la mía. Imagínate, tener ahora dos semanas parada la furgo». «Imagínate», le contesto. «Imagínate tú dos semanas con la furgo parada y yo sin trabajo porque me ha despedido Jan». «Será broma», me dice. Y le respondo: «No, no. No es broma, dice que me merezco algo mejor», «Bueno, eso ya lo pensábamos todos». La ambición laboral, la carrera profesional, la vocación, todo junto como en una especie de sándwich listo para ser engullido.

Me meto en la cama para evitar cualquier tipo de pregunta; con los años, él ya ha entendido que los días en que me meto en la cama sin avisar son una señal de que no quiero hablar. Mi novio se ducha y se mete conmigo, tiene los pies fríos como un muertito. Me

da un beso en la mejilla, muy cerca del ojo derecho. Siempre me da ese beso cuando estamos en la cama a punto de dormir. Aunque esta vez sigue. Estamos un rato largo morreándonos, que es algo que siempre nos ha gustado mucho hacer. Quién nos diría más adelante que ese beso en la mejilla terminaría en un polvo y que ese polvo se convertiría en un bebé. Pero eso todavía no lo sabemos, así que, cuando terminamos, antes de apagar la luz de la mesilla, aprovecho y le digo: «Jacqueline y Diana ya no van a volver, les he dicho que no vengan. Ahora que tendré mucho tiempo libre, limpiaré yo la casa». Y a mi novio, en ese momento, la carne del cuerpo entero se le tensa, la sonrisa le desaparece de la cara, ¡por fin!, y me dice: «Pero si habíamos dejado de discutir por la limpieza gracias a ellas...». Y le digo: «No, tranqui, esta vez lo haré yo por decisión propia». Esa noche mi novio tiene pesadillas y yo, sin embargo, sueño con una tienda enorme llena de todo tipo de cosas y que la dependienta me dice: «¡Es todo gratis!, ¡llévate lo que quieras!».

Van pasando las semanas y cada vez resulta más obvio que mi novio daría lo que fuera por seguir llamando a Jacqueline y a Diana, porque el hecho de que yo limpie la casa le crea un malestar que la verdad preferiría ahorrarse. Le avergüenza de un modo casi teórico que sea solamente yo como mujer la que limpie y no él. Además, no termina de creerse aquello de que yo lo haga por decisión propia. Tiene la férrea convicción de que conmigo nada es gratis, que en realidad no sé llevar a cabo las cosas que decido hacer sin luego reprocharle que las estoy haciendo yo. Puede que tenga algo de razón: siempre termino cobrándome las cosas a mi manera, sobre todo, si no estoy recibiendo a cambio justo lo que espero. Por ejemplo: todos los martes hago una limpieza general, así que todos

los martes necesito que mi novio me esté dando las gracias toda la tarde por haberla hecho. Él no lo sabe, pero me está pagando la limpieza (igual que hacía con la tarjeta de crédito de Jan: cobrarme disgustos y estreses que estaban fuera de cualquier contrato laboral). Muchas veces pago cosas mías con la cuenta común o me dejo invitar a comer o cenar un par de veces durante el fin de semana por él.

No obstante, lo cierto es que nada de eso es suficiente, y, a pesar de ser una decisión que yo misma he tomado, no puedo evitar que una especie de rabia feroz habite mi cuerpo cada vez que paso la aspiradora con un ahínco casi laboral, pero sin cobrar un duro por ello. Lo que más me molesta son los días en que no se da cuenta de que los cojines están perfectamente colocados en el sofá y de que he cambiado las sábanas y las toallas. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de eso? La toalla limpia, colgada, tiene un peso y una forma distintos a cuando está requeteusada. Lo mismo pasa con las sábanas recién cambiadas, que gozan de esa tensión de hotel que desde luego pierden en cuanto llevan quince días puestas. Joder, a mí es que me llevan los demonios. ¿¿¿De verdad no ve que las he cambiado??? Pese a toda falta de percepción en ese ojo ajeno que es el de mi novio, mi sueño más reparador de la semana son los martes, porque una duerme entre las sábanas limpias de otra manera.

Esta mañana, mientras hacía la limpieza general, me he puesto a pensar en Jan, en su casa, en la de veces que le limpié la cocina y el baño tranquila, a mi ritmo, escuchando música y comiéndome todas esas galletitas saladas carísimas que dejaba en la despensa. Aunque también tenía que controlarme para no robarle pequeños detalles que sabía que no se daría cuenta si me los llevaba a mi casa: un posavasos, una camiseta negra básica de las muchas que tenía en el

armario, o mucho más sencillo: cepillos de dientes de la marca Vitis, que son carísimos, y guardaba varios de repuesto. Siempre he sido una buena limpiadora, a pesar de que ni mis padres ni mi novio ni Rita ni nadie sabían que le limpiaba la casa a Jan siempre que él me lo pedía. La verdad es que, cada vez que nos volvíamos a ver después de haberle dejado la casa impecable, me miraba fijamente, me cogía la cara con las dos manos y me decía: «Eres una maga de la limpieza», y a mí eso me hacía sentir increíble. Era un reconocimiento desorbitado, porque sabía que a Mery no le regalaba las mismas palabras que a mí, ni mucho menos. «Cada día limpia peor, y se cree que no me entero. El otro día la vi arrastrando el cubo de la fregona como si pesara yo qué sé, cien kilos, y le dije: "Mery, ¿te pesa el culo o qué?". Con cariño, ¿eh?». Y de ahí era capaz de saltar a la conversación de si mandábamos sus obras a la Bienal de Venecia o no. A decir verdad, creo que limpiarle la casa era lo que mejor se me daba de mi trabajo como *Artist's Assistant aka* mil trescientos euros al mes.

Cuando resulta inevitable que asome la creencia de que no es nada feminista ocuparme de la limpieza yo sola siendo dos las personas que habitamos en la casa, me justifico enseguida con la idea de que limpiar es el mayor acto de *mindfulness*. Es ahí cuando le doy la vuelta a la tortilla feminista y convierto el acto de fregar en una meditación consciente. Es más, mientras estoy agachada con la cabeza metida dentro del váter, lo puedo ver con claridad: es imprescindible que cada uno limpie su propia mierda. Es como matar a alguien y pedirle a otra persona que se encargue del cadáver. Así que todos los martes, en cuanto me pongo con la limpieza general, la dinámica es la siguiente: empiezo fuerte, con ganas, meditativa a tope, zen a más no poder, «aquí y ahora», «limpio y los problemas se esfuman», pero a medida que va pasando la mañana, después de haber vaciado tropecientas veces el cubo de la fregona porque necesito casi de manera desesperada llegar a ese punto en el que el agua al fregar salga cristalina, que empiezo a cagarme en el aquí y en el ahora, y el feminismo aflora de una manera incómoda llena de ira porque es obvio que este cadáver —nuestra mierda conjunta— es de los dos. Y creo que la rabia —ojo que sigo limpiando, porque nunca paro— viene de sentir dos cosas a la vez: la decisión propia de limpiar, y el convencimiento de que si ambos tuviéramos el tiempo suficiente para hacerlo, mi novio seguiría eligiendo pagar a alguien con tal de no hacerlo él mismo. Y esa es mi furia: que de mi tiempo libre no me importe sacar horas para limpiar. Es más, lo que

me angustia no es que no me importe, sino la simple idea de saber que es algo que disfruto haciendo mientras que hay gente que cobra por ello, y que, sin embargo, para él sería casi lo último que haría en esta vida: limpiar.

Me avergüenza tanto que la gente pudiera enterarse de que de los dos, soy yo la única que limpia en esta casa que intento hacerlo con los estores bajados porque no puedo soportar la simple idea de que la vecina de enfrente me vea. El otro día le dije a mi novio: «Me da corte que la vecina de enfrente piense que me paso el día limpiando». Y enseguida añadí: «Porque razón no le falta». Ahí saltó su particular alarma feminista, o sea, básicamente, exponer lo que está bien visto y mal visto sin llegar a plantearse del todo el porqué, y me insistió: «Es que lo suyo sería pagar a alguien para que lo haga por nosotros». Le faltó decir: «Porque, la verdad, a mí también me incomoda la idea de que la gente se entere de que en esta relación solo limpias tú». La gente, la gente, ¡¡la geeente!!

La habitación donde estudia y pasa gran parte del día nuestra vecina está justo enfrente de la ventana de nuestra cocina. Antes limpiaba sin pudor, pero desde este año (en concreto, el día 8 de marzo, cuando quedó con todas sus amigas en la terraza para hacer pancartas y pintarse símbolos morados en la cara), empecé a esconderme al entrar en la cocina, ya sea para limpiar, cocinar o pasar la aspiradora. Me genera tanto complejo que no puedo evitar que me acribille con un montón de preguntas: ¿estará preocupada por mí?, ¿creerá que mi novio es machista?, ¿que estoy sometida a él?, ¿le daré pena? Con lo cual, lo que hago es aspirar y fregar agachada para que le resulte imposible verme.

Roxana, la mujer que lleva unos quince años limpiando en casa de mis padres, ha decidido que va a volver a su país, Paraguay. «Y, señora, no sé cuándo voy a volver», le dijo a mi madre el día en que le dio la noticia. Hasta ahora limpiaba allí tres días por semana y en casa de mi tía otros tres. También cocinaba. Odiaba hacerlo, aunque todo lo que hacía estaba muy bueno, sobre todo el arroz con leche.

El último día de trabajo de Roxana en casa de mis padres me pilló allí por casualidad. Fue una despedida muy extraña. Roxana no es ni muy habladora, ni muy apasionada. Salió de la cocina, dejó su copia de las llaves encima del recibidor y dijo: «Pues hasta luego». Mi madre y yo la miramos como diciendo: «¿En serio te vas a ir así?». No pude evitar decirle: «Roxana, hasta luego hasta luego no creo, ¿no? Hasta luego es mucho decir». Entonces ella sonrió, pero lo mínimo. De modo que mi madre le dijo: «Bueno, danos un beso, ¿no?», como cuando se le obliga a un niño pequeño a saludar a una señora que ha visto dos veces en su vida. Ante tal encerrona, Roxana, tímida y perezosa, avanzó dos pasitos de nada. Nosotras nos acercamos a ella y, sin abrazo de por medio, le dimos un beso. En cuanto se dio la vuelta, mi madre se puso a llorar y le preguntó: «¿Has cogido los bombones?». Le había comprado unos Ferrero Rocher de imitación de Lidl. «Sí», respondió Roxana. «¿Y el sobre de Ramón?». Mi padre le había dejado un sobre con dinero que ponía «Roxana». Lo dejó cerrado, por supuesto, para que no lo abriéramos y viéramos cuánto había metido. Sobre todo, para que no lo viera mi madre. Porque sabe que es capaz de sacar algún billete, quedárselo y gastárselo en cosas como invitarte a comer, ofreciendo su cara más generosa con un dinero que no es el suyo. Roxana, en estos años, se ha comprado un terreno en Areguá, el lugar donde se crio. Quiere construirse allí una casa, retomar su profesión (maestra), visitar a sus padres cuando le salga del moño y dejar de ir a Money

Transfer todos los sábados. Mi madre dice que en algún momento volverá, pero yo no lo creo.

Desde que se ha ido, todos se han quedado medio huérfanos. Mi tía ha buscado enseguida a otra persona para que vaya a limpiar su casa. Cómo no, le preguntó a Roxana: «Roxana, ¿me puedes recomendar a alguien?». Y claro que sí, siempre tienen a alguien para recomendarte. Una prima que no es prima, una amiga que apenas conocen. Mi madre, sin embargo, dice que no quiere contratar a nadie más: «Limpiaré yo, que está claro que soy quien mejor puede hacerlo».

¿Quién limpia las casas de las personas que limpian nuestras casas? Jacqueline me contó un viernes todo lo que iba a hacer durante el fin de semana: ponerse pestañas postizas donde trabaja su hija, hacerse las uñas, repasarse el tatuaje que lleva en los labios para parecer que los lleva siempre pintados «y, por encima de todo, no limpiar mi casa», me dijo. ¿Quién quiere usar su tiempo libre después de matarse a limpiar las casas de los demás toda la semana para ponerse a fregar la suya? Jacqueline no, desde luego. Entonces fue cuando me contó que ella *tiene* una asistenta («una muchachita de Nicaragua») dos horas una vez por semana, nueve euros la hora. Me gustó esa información, fantaseé con Jacqueline siendo muy tirana, tratando fatal a la *muchachita*, dejándole trampas y motas de polvo detrás de la puerta, como hace la madre de mi amigo. Sin embargo, la verdad es que no creo que nada de eso suceda. Es más bonito imaginarme a Jacqueline llegando a casa muy cansada los viernes, después de haber estado partiéndose el lomo toda la semana, cargando el peso del cubo de la fregona lleno, y encontrar su casa limpia, con la finura que tienen los cojines después de haber sido aporreados y colocados con delicadeza encima del sofá, con las sábanas de la cama extendidas y todo listo para su merecido descanso de fin de semana.

Mi abuela siempre ha *tenido* mujeres de la limpieza en casa y, ahora, mujeres internas que, además de limpiar, la cuidan. Se separó de mi abuelo cuando todavía nadie lo hacía. Tenían un restaurante,

el Maison Maison en la calle Bailén, pero se llevaban muy mal. Hasta se peleaban por sus respectivos nombres; mi abuela se llama Antonia y mi abuelo se llamaba Antonio. Mi abuela exigía (a día de hoy aún lo sigue haciendo) que se le llame Toni. Algo que mi abuelo no podía soportar y siempre andaba repitiendo que Toni solo podía ser él, que qué mamarrachada era esa de llamar a una señora con un nombre de señor. Los dos juntos eran una bomba de relojería que estaba a punto de explotar. Tictac, tictac, tictac. Mi abuelo murió hace muchos años, casi al poco de separarse. Mi madre dice que se murió de pena, que los hombres no saben estar solos. Aunque la realidad es que se murió porque tenía cáncer de próstata, pero a ella le gusta eso de darle siempre una vuelta emocional a todo.

Toni no trataba bien a mi abuelo, así como mi abuelo no trataba bien a mi abuela. Y, a día de hoy, mi abuela tampoco trata bien a las mujeres que van a vivir con ella para cuidarla y limpiarle la casa. Le pone enferma sentir que no puede cuidarse sola, tener que compartir su espacio, cruzarse por el pasillo de noche con una desconocida en pijama, ver la ropa tendida y que las prendas no sean solo las suyas. Ayer me llamó: «Tienes que venir a visitarme —me ordenó—. No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza viviendo a cinco minutos de mi casa y estando sin trabajo, ¡sin nada más que hacer que preocuparte por respirar!». Tiene razón, la tengo abandonada. «Tienes que venir a verme. No se lo digas a tu madre: he echado a Nicole».

Mi abuela ha echado, en lo que llevamos de año, a seis mujeres internas; y solo estamos en junio. «¿Por qué no me buscas tú a una chica nueva? Las que me encuentran tu madre y tu tía son un horror». Se me cayó el mundo encima. ¿Cómo voy a buscarle yo a alguien? ¿Quién querría compartir espacio con una vieja tirana? ¿Cómo voy a encontrar a una persona que cuide de mi abuela a toda

costa aun sabiendo que, casi con toda certeza, esa mujer vaya a ser ignorada y sibilinamente maltratada? ¿Qué opina de las mujeres internas mi vecina de enfrente? ¿Acaso tiene una opinión al respecto? Me gustaría que fuera ella quien me dijera qué hacer y qué pensar. Necesito ser coherente, pero también me vendría bien que alguien se encargue de mi abuela porque ni mi madre ni mi tía ni yo vamos a hacerlo. «Claro, abuela, yo te busco a alguien».

Mi novio me ve salir de la ducha antes de irse a trabajar y me dice: «Tienes las tetas más grandes». Las miro de reojo, las toco. Es verdad, están más grandes y, sobre todo, duras como piedras. Se acerca, me da un beso aspirándome los morros y se va. «Luego te veo». Me miro en el espejo y, como por una casualidad cósmica, caigo en la cuenta de que este mes no me ha venido la regla. No sé, ni soy regular ni he estado atenta. El corazón me empieza a bombear a toda pastilla, un miedo desorbitado se apropia de mis brazos y mis piernas. Intento pensar en un sinfín de palabras para evitar que la más importante llegue a mi cerebro: *embarazo*. Pero ahí está, como si tuviera un cartel luminoso pegado en la frente.

Busco en Google: «síntomas de embarazo». Y de inmediato los tengo todos a la vez: náuseas, olfato exacerbado, fatiga, sensibilidad en las mamas. Un sudor helado recorre mi frente. Siento que podría desmayarme en este momento. Me visto rápido, con las bragas y la camiseta del revés, todas las etiquetas por fuera, y bajo corriendo a la farmacia. En cuanto subo a casa, llamo a mi novio, que responde susurrando porque está en medio del rodaje: «He comprado un test de embarazo porque creo que estoy embarazada». Puedo sentir su sonrisa al otro lado del teléfono. «Me lo voy a hacer ya. ¿Cómo voy a esperar a que vuelvas a casa? Eso serían diez horas más por lo

menos». «Espérame, anda, que no te cuesta nada», dice desde una relajación que, por supuesto, me ofende. «No sé si podré aguantar».

En cuanto cuelgo, empiezo a limpiar la casa completamente poseída, aporreo los cojines, las almohadas, el sofá. Cocino tres platos distintos, pongo dos lavadoras, me lavo los dientes varias veces. Miro el reloj, solo han pasado cuatro horas, todavía quedan seis. Salgo a la calle y empiezo a caminar rápido. Por momentos siento una alegría inmensa, aunque el miedo me acorrala enseguida y necesito sentarme en un banco a llorar sin control. Mi novio siempre ha querido que fuéramos padres, claro, desde ese lugar de inconsciencia y sencillez, de «lo que hay que hacer». Yo, sin embargo, siempre he tenido dudas: un salario anecdótico, una independencia cogida con pinzas y un novio con un trabajo que adora y que le roba la vida al mismo tiempo (sin que él sienta que nadie le está robando nada, que es peor). La idea siempre ha estado ahí, pero así, como una idea que nunca llegaba a tomar forma. Por miedo. Por puro pánico escénico.

Vuelvo a mirar el reloj: quedan cinco horas. Llego a casa y me como casi todo lo que he cocinado: albóndigas, chipirones y tortilla de patata. Me tumbo en el sofá llena como una boa constrictor y decido dejar pasar un par de horas más mirando al techo. Un wasap de mi novio: «Ya salgo. Espérame una hora más». La más larga. Estoy exhausta, incluso mareada. Siento que podría empezar a reír como si estuviera en un taller de risoterapia y, al mismo tiempo, ponerme a llorar hasta preocupar a los vecinos. No he bebido agua en mucho rato para que el pis salga reconcentrado.

Lo espero en el baño y en cuanto entra por la puerta le digo: «Ven». Aparece con la cara desencajada de nervios. Le insisto: «Ponte aquí, pero relájate, porque te lo estás tomando muy en serio». Meto el palito entre mis muslos y dejo que el pis lo empape.

Le pongo el capuchón y esperamos. En esos eternos segundos pienso en mi amiga Belén. Un día le dejé caer que a veces pensaba en ser madre y ella me respondió muy ofendida que ser madre no era feminista. «¿Es que no lo ves? Ser madre es sinónimo de tirar a la basura todo aquello por lo que estamos luchando. Es el mayor acto de irresponsabilidad que se me ocurre a día de hoy, es cargarte la igualdad de un plumazo. Significa convertirte en un horno, luego en un surtidor y, más tarde, en una esclava de los cuidados». Pues ahora resulta que estoy embarazada.

Llevo semanas vomitando, con unas náuseas demoníacas y un cansancio que me lanza del sofá a la cama y de la cama al sofá. Por un lado, estoy aterrorizada por mi estado vital laboral, pero, por otro, soy incapaz de ponerme a buscar algo con este malestar constante. También me avergüenza pensar en la posibilidad de ser una madre poco productiva, en no tener un futuro laboral claro, y mucho menos, despampanante. ¿Qué contestaré el día en que tenga que rellenar el apartado «ocupación de la madre» en el papelito de la guardería?

Sigo limpiando la casa, por supuesto, bajo el ojo de total desaprobación de mi vecina, que no quita en todo el puto año su cartel morado con el puño en alto. Ahora bien, me encantaría decirle: «Oye, que yo también soy feminista, ¿eh? Que soy de las tuyas. Déjame limpiar tranquila mi casa. Ya sé que no ves al hombre que vive conmigo pasar la fregona. Es que trabaja catorce horas al día y luego está fundido. La cosa está en que él quiere pagar a alguien para que limpie y yo no. Me da cargo de conciencia mi tiempo libre porque, no sé si te has enterado, ¡pero es que no tengo trabajo! Así que solo se me ocurre ocupar las horas limpiando, limpiando mi mierda para ver con un poco más de nitidez todo este agujero negro que tengo delante». A lo que la vecina contestaría: «¿Y tú quién eres? Si no te he visto en mi vida. ¡Ególatra!». Y yo, por fin, caería en la cuenta de que no todo el mundo gira a mi alrededor, que le importo una mierda a la vecina de enfrente. ¡¡Pero

es que ella a mí sí que me importa porque es todo lo que imagino que yo misma debería ser!! Sin lugar a dudas, estoy enloqueciendo: me paso el día pendiente de todo lo que hace, preocupada porque se alimenta mal, solo la veo comer cereales y renovar constantemente su brik de leche de vaca.

Estando embarazada es difícil agacharse para agarrar el cubo de la fregona y llenarlo de agua. Más que nada porque, cada vez que lo hago, siento una arcada inmensa.

Esta mañana, sin ir más lejos, me he resbalado mientras limpiaba la ducha, me he caído de cabeza y ha empezado a sangrarme muchísimo la nariz. Mientras estábamos esperando en Urgencias, mi novio ha encontrado la oportunidad perfecta: «Mira, hasta aquí hemos llegado, hay que volver a llamar a Jacqueline. La voy a escribir». Lo he observado mientras hacía *scroll* en su lista de contactos, convencido de que tenía su número de teléfono. «No lo tienes. No lo has tenido nunca». «¿No lo tengo?», me ha preguntado muy serio, como cuando a veces me pregunta: «¿Me he lavado ya los dientes?». He decidido no responder y, a continuación, me he hundido un poco más el tapón de papel higiénico hasta el fondo de la nariz. Esta misma tarde le mando un mensaje a Jacqueline: «Hola Jacqueline, qué tal estás? Necesitaríamos ayuda en casa. Seguirías teniendo disponibilidad y volver como antes, una vez a la semana?». A lo que ella ha contestado: «Hola Sol linda como están. Sí tengo, iré con mi hermana Diana si a usted le parece bien. Me cuenta qué día quiere que le vayamos. Un besito a usted y a su novio. Chao chao».

Así que Jacqueline y Diana están de vuelta los martes. Hoy, antes de que llegaran, he ido a dar un paseo porque no me apetecía

cruzarme con ellas. En la pizarra de casa pone «Lunes 22, matrona». Al volver (he calculado mal y, cuando he entrado por la puerta, seguían ahí), Jacqueline y Diana me han dicho: «¡¿Está usted embarazada?! Ya verá lo que le recomendaremos para el día en que se ponga de parto. De momento, coma mucha gallina y alimentos con grasa». Así que he salido al mercado a comprar morcilla y cuartos de gallina porque veo en ellas una capacidad de gestar y parir mayor a la mía, como si habitaran un lado animal que yo todavía no he descubierto.

Mi cerebro de embarazada funciona no prestando demasiada atención a nada. Incluso, he perdido esa medida que te ayuda a diferenciar entre las cosas que son importantes de las que no lo son tanto. Vamos, que todo me da igual. Sin embargo, mi abuela, que no perdona una, cada día me llama, no para saber qué tal me encuentro, sino para preguntarme si he entrevistado ya a alguna chica. «Abuela, para no querer vivir acompañada, no paras de insistirme. Déjame un tiempo, esto no es cuestión de un día». «Pues entonces llévame a comer a un restorán». A mi abuela le gusta pedir. Su filosofía de vida siempre ha sido la de «por pedir que no falte» y casi siempre le ha salido bien; no cabe duda de que se debe a su tiranía combinada con algo de carisma. Rafael, el último novio que tuvo, que la verdad le duró más años de los que ella jamás hubiese imaginado, le concedía todas y cada una de sus peticiones/exigencias. A mi madre y a mi tía, Rafael les ponía de los nervios porque decían que era bueno y tonto. Por supuesto, una combinación letal para estar al lado de mi abuela.

Llevo a mi abuela a un restorán, por petición suya, «español o francés». Se ha atusado el pelo, lo lleva impecable, colocadito hacia atrás, blanco blanco como una perla, con un vestido de seda de los años setenta y la riñonera de Uniqlo. «Cuéntame qué plan tienes

para buscar a alguna muchacha. Porque no tengo mucha fe en que puedas encontrar a alguien digno de vivir conmigo, no te voy a engañar. Pero como todos insistís en que no me puedo hacer ni un mísero huevo frito, pues nada. Qué remedio. La vejez es un asco. De los ochenta en adelante, la vida sobra».

Me cuesta escucharla, he entrado en bucle intentando buscar el cartel que pone «aseo» por si tengo que salir corriendo a vomitar. Mi abuela ni se acuerda de que estoy embarazada. «Abuela, ¿tú te acuerdas de que estoy embarazada?». «¡Qué estupidez!, ¿cómo me voy a olvidar con esa cara de acelga que tienes todo el rato?». Se mete una gamba en la boca, la saborea tantísimo que me da asco. Tiene impoluto el carmín en los labios. «Sol, la servilleta», dice señalándomela con las cejas. La cojo, la despliego y me la pongo encima de los muslos. Se mete otra gamba en la boca. ¿Cuántas lleva ya? ¿Cuál es el límite de gambas que puede comer una señora mayor antes de morirse? Tengo la boca llena de saliva acumulada que no me atrevo a tragar porque me da asco. De un segundo a otro estoy con la cabeza metida en el váter. «Hija, ¿cómo te vas corriendo así sin decir nada? Anda, vamos a pedir una tatín, que me muero de ganas por comer algo dulce». Me gustaría decirle que soy incapaz de encontrarle a una persona, que me libere de este encargo, de esta misión pesadillesca, clasista y antifeminista. «Abuela, no sé si seré capaz de encontrarte a alguien. ¿Por qué no se lo pides a mamá? Es que yo estoy embarazada. ¡Y no conozco a nadie!». «Y dale con que estás embarazada... ¡Todas lo hemos estado! Tómatelo como un trabajo, te daré un dinerillo. ¿Estaba limpia la *toilette*? La última vez que estuvimos aquí, estaba hecho una mierda. A la gente se le olvida que en un restorán que esté limpia la *toilette* es tan importante como que esté limpia la cocina.

En el Maison, si te daba la gana, te podías comer hasta un solomillo en el suelo del baño».

Ya es oficial que Jacqueline y Diana van a venir todos los martes. Mi novio está contentísimo porque no le echo en cara que estoy embarazada y limpio la casa al mismo tiempo. Ahora solo le echo en cara que yo estoy embarazada y él no. Jacqueline me ha dicho que entre Diana y ella pueden limpiar todo en hora y media, pero, con lo que hablan, siempre terminan más tarde, algo que hace que yo me pregunte: ¿tengo que pagarles más? Siempre se alargan, no porque no les dé tiempo, sino porque lo gastan charlando. ¿O sigo pagándoles la hora y media? Vuelvo a sentir una vergüenza horrible de que los vecinos de enfrente vean nada más ni nada menos que a DOS mujeres latinoamericanas limpiando las ventanas del salón, moviendo el sofá, levantando las alfombras, subiéndose a la escalera para limpiar la parte de arriba de la nevera. Con guantes y, en el caso de Jacqueline, con los labios pintados.

Le he contado a mi amiga Rita la angustia que me da el hecho de que vengan a limpiar. La angustia, por supuesto, de que pudieran verlas los vecinos (si por mí fuera, bajaría las persianas y las dejaría limpiando con luz artificial), sumada a la vergüenza que me da pagar a alguien para que limpie, porque, claro, ¡limpiar la mierda de otro es muy indigno! Rita me ha cortado enseguida. A veces creo que le da una pereza sobrehumana escucharme: «Oh, pobres mujercitas latinoamericanas que vienen a limpiar mi casa... ¡¡Sol, basta ya de ser paternalista!! ¡¡Están trabajando!! Dales de alta si te quedas más tranquila». ¿Debería hacerlo? Supongo que sí. Si lo hiciera, me gustaría colgar un cartel informativo en la fachada para decirles a los vecinos de enfrente: «No os preocupéis, están dadas de alta en la

Seguridad Social». Pero ¿les serviría a ellas estar dadas de alta con la de pasta que se dejarían en impuestos y cotizaciones? Sea como sea, creo que, siempre que hacemos algo considerado moralmente como lo correcto, todos intentamos conseguir, con mayor o menor éxito, que el resto de las personas se enteren a toda costa.

Jacqueline y Diana son dos mujeres grandes, tienen la piel marrón, el pelo negrísimo y unos labios carnosos. Todos y cada uno de los viajes que hacen son con la iglesia. Jacqueline estuvo la semana pasada en Lourdes y no pudo venir a limpiar, así que apareció Diana sola. Como no estaba su hermana para darle conversación, me secuestró en la cocina y no paró de hablar en todo el rato que estuve ahí. «No sabe usted cómo vive de bien mi hermana Jacqueline, es una derrochona. ¿Sabe que incluso tiene una muchachita que le hace la casa? Desde pequeñas, ella siempre creyó que era una señorita. Unos delirios... Yo ni loca dejo que alguien limpie mi casa, que toquetee mis cosas. No, no, de eso nada. Además, a mí me gusta a mi manera».

A Jacqueline la veo todos los miércoles en el 100 Montaditos que está debajo de mi casa porque se lleva a Loli, la anciana a la que cuida. Siempre que van, hace un hueco en la mesa para que quepa la silla de ruedas de Loli, la pone cerca de la mesa, le pide un descafeinado de máquina con leche y, para ella, una jarra de cerveza. Diana me dijo que Jacqueline se empeña en llevar a la señora Loli al 100 Montaditos, aunque está segura de que «a la viejita no le gusta nada». Pero Loli, como es una señora mayor, no tiene ni voz ni voto, como casi todas las señoras mayores. Los señores, sin embargo, tienen que estar muy muy viejos y muy muy decrépitos para dejar de tener voz y voto.

Cada vez que Jacqueline y Diana entran en casa, Tapón las saluda metiéndoles el hocico entre las nalgas, empezando por Jacqueline. Ella suele pegar un salto mientras se ríe y se tapa la boca. Diana también se ríe porque le hace gracia que un perro hunda el hocico en el culo de su hermana. En cuanto se da por saludado, Tapón resopla y se vuelve a su sitio. «Ay, Tapón, Tapón, ¡cómo eres!», le dice Jacqueline. Tenemos un perro de carne y hueso y otro de cerámica que nos regaló un amigo. Cada vez que las veo pasar el polvo al perro de cerámica, me da un calambre de pudor en la tripa. La mano de Jacqueline acariciando con el trapo al perro es para mí como si abrieran la puerta del baño sin querer y me encontraran haciendo caca. Todos los martes, en cuanto ponen un pie dentro de casa, mi intimidad queda atrapada en sus manos. Siento que podrían hacer conmigo lo que les diera la gana: saben dónde tengo las bragas, dónde están los cuchillos, cuánto gasto en papel higiénico y lo mal que huele el cesto de la ropa sucia. Con lo que, dentro de ese callejón sin salida, mataría por saber lo que piensan de mí para poder dejar de fantasear con sus conversaciones: «¿De dónde sacaron al perro este feúcho, ah? Qué cosa más fea. ¿Y la mentira esa que nos dijo el otro día? Con ese cuento chino de que la gabardina que llevaba era de Humana... ¡Si vi la etiqueta de Oysho en la basura! Bien mentirosota esta Sol... ¿Tendrá mucho dinerito? Seguro que sí».

Siempre me ha llamado la atención la relación que tiene mi amiga Marina con su mujer de la limpieza de toda la vida. Y digo «de toda la vida» porque Corinna empezó a trabajar en esa casa cuando Marina tenía tan solo tres años y ella dieciocho. De hecho, Corinna acababa de tener una hija y la tuvo que dejar en su país porque sus padres la obligaron a venir a España «a vivir una vida mejor». Los años han ido pasando y Corinna lleva trabajando para ellos

veintisiete años. Por supuesto, la familia de Marina la ayudó a traer aquí a Martha, su hija, para continuar teniendo una vida mejor. Desde entonces, todos juntos conforman una gran familia. Para mí, lo mejor de esta historia es que Corinna, después de tantos años, se ha convertido en la puta ama de la casa. Corinna limpia en casa de su madre y, desde que Marina se independizó, también en la suya. Se ha hecho tanto con el cotarro que le ha dicho a Marina que necesita subcontratar a una chica para que la ayude, porque sola no puede con todo. Así que Marina, que hace todo lo que dice Corinna, ha contratado a otra chica. Entonces Corinna se pasa el día en la peluquería (la misma a la que va Marina), comiendo por ahí y dando órdenes a Rosmary, la chica nueva. «Rosmary, a la señora Marina le gusta que primero quede hecha la cocina, te lo he repetido muchas veces». La «señora Marina» tiene treinta años.

He colgado un cartel en el centro de salud al que voy a la matrona. «Busco cuidadora para mi abuela». Me ha parecido más personal que usar un «Se busca interna». Mi novio dice que le parece ñoño y engañoso, que hace pensar que se trata de una abuelita tierna con la movilidad de un peluche y la realidad es que luego van a encontrar a una vieja despiadada. Lo que me pasa con mi abuela es que la quiero y no la quiero al mismo tiempo. Cuidar a tus padres y a los padres de tus padres es un tema complejo. No lo hacemos por inercia, sino casi por obligación y cargo de conciencia. Mi madre dice que lo único que quiere es tener mucho dinero de vieja para que ni mi padre ni yo tengamos que cuidarla. «El día que tenga que llevar pañal, pedís que me pongan la inyección». Hay cierta neurosis en las mujeres de mi familia por no morir ni demasiado tarde ni demasiado decrépitas. Priorizan una muerte a tiempo antes que una vejez

soporífera. Les aterroriza la idea de ser cuidadas porque les da grima el simple contacto con una piel ajena, la posibilidad de algo tan macabro como que te cojan por las axilas y te muevan de un sitio para otro. Sé que a mi abuela le parece un pasatiempo que yo esté deslomándome para encontrarle a alguien, como quien se entretiene con las tacitas y las casitas. Ella quiere jugar a los cuidaditos, a las muchachitas y a las limpiecitas, torearnos a mi madre, a mi tía y a mí. Como si quien fuera a venir a cuidarla lo hiciera por amor al prójimo, cuando, en realidad, la primera pregunta siempre es: «¿Cuáles son las condiciones económicas?».

Y aquí es donde viene el segundo cambio: el día en que Jacqueline me dice que no va a venir más a casa porque la señora Loli, la anciana a la que cuida por las tardes, necesita que esté con ella todos los días. De manera que, a partir de ahora, Diana va a empezar a venir con su hija Emily, de veinticinco años. «A usted no le importa, ¿verdad? Emily limpia muy bien. Ya verá que, además, es calladita calladita; parece que no tenga voz».

Emily es grande, con el pelo como una princesa, ondulado y largo hasta la cintura, lleva unas gafas de pasta como si fuera Isabel Coixet y tiene los dientes rectos y blancos. Al llegar a casa, su madre me cuenta un par de intimidades mientras ella enseguida se pone los guantes y desaparece por el pasillo. Diana me contó el otro día que el padre pegaba a todas sus hijas con un cinturón. «Tenía un carácter...», me dijo. Rápidamente, vi cómo los párpados se le juntaban con las cejas, que lleva perfiladas al detalle, y los ojos se le oscurecieron un poco. Yo le dije: «No me digas, Diana, eso es muy fuerte». Entonces ella hizo una mueca con los labios, llevándose el hombro hacia la oreja: «Bueno, tampoco tanto», y en un segundo se fue a la habitación donde estaba Emily.

Ver a Emily en casa me hace pensar en cuando yo tenía su edad. Por entonces, empezaba a trabajar para Jan, algo que me consiguió mi tía ante la desesperación de mis padres por que me fuera de casa. Algo así como: «Llévatela de aquí, ¡por Dios!». Mis padres siempre me insistieron mucho, desde que cumplí los dieciocho, en que era fundamental que me fuera de casa. En realidad, no les importaba lo que yo hiciera o adónde me marchara. Lo que más deseaban era quedarse solos, vivir su relación de pareja a su manera, campar a sus anchas. Pero mi independencia cada vez parecía más lejana (y su angustia, cada vez más latente) al verme empezar distintas carreras (Veterinaria, Periodismo, Historia del Arte) y abandonarlas al segundo año. Mis padres se subían por las paredes, insisto, creo que debido a mi futuro incierto y, por tanto, a su también lejana y dudosa independencia.

Cuando comencé a trabajar con Jan, lo primero que hicieron fue aplaudirme, y lo segundo, invitarme a salir de casa; eso sí, siempre presentado todo como en una bandeja de plata: «Sol, hija, compartir piso con gente de tu edad es lo mejor que te puede pasar». Y lo siguiente que recuerdo fue salir de su casa con una maleta gigante un día de invierno con un frío helador que me hacía temblar, no sé si de congelación o de puro miedo. Desde el principio, mis padres creyeron que trabajar para Jan iba a ser como una especie de pasarela que me llevaría a otro lugar mejor. «No vas a ser siempre secretaria, ¿no?», me preguntaban cada año cuando volvía de las vacaciones de verano. Les daba alergia mi comodidad, mi falta de movimiento, mi fiel conformismo.

El otro día, cuando fui a comer a su casa, me levanté para recoger y fregar y mi madre me recordó lo siguiente: «¿Tú sabes que de pequeña eras muy maniática con que todo estuviera limpio y ordenado?». Me lo dijo como si fuera un secreto guardado con llave,

como algo que no se debía recordar nunca para no dar ideas, no vaya a ser que... «Tan cuidadosa, tan pulcra. Cuando íbamos de viaje tardabas tres horas en salir del baño del hotel, venga a frotar la bañera, venga a frotar el váter. Lo hacías con la esponjita esa que daban para limpiar los zapatos. Con eso sacabas brillo a todo y te quedabas tranquila un rato». Intenté rescatar lo que imaginé que era aquella sensación para mí, el goce de jugar a limpiar, la tranquilidad del hotel, la cueva, un escondite para evitar tener que salir a la calle y esquivar el aturdimiento ante todo lo nuevo de una ciudad que no conoces. Hasta que mi madre remató con un: «Y así sigues, tan obsesa que no puedes ni ver un plato sucio. No es por nada, pero igual te lo tienes que hacer mirar». A veces dudo de que mi madre sea capaz de querer.

«¿Ha visto lo bien que limpia Emily?», me pregunta Diana, cogiéndome del brazo sin avisar. Emily se esconde detrás del marco de la puerta del baño, haciendo como que sigue limpiando con tal de no presenciar la conversación. «Preferiría que tuviera otro trabajo, pero ¿a qué se va a dedicar? Ella tiene un curso de Turismo, aunque ya le digo que es como si no tuviera nada. ¿Sabe lo malo? Que lleva mucho tiempo limpiando conmigo, por eso lo hace tan bien».

Las semanas han ido pasando y mi abuela sigue sola en casa, como un barco a la deriva. Nadie la controla: desayuna cruasán con mantequilla y cena helado todas las noches. El funcionamiento de mi familia siempre ha sido así: si se come, se come mucho; si se hace deporte, se hace mucho deporte; si se ve la tele, se ve mucho la tele; si se lee, se lee mucho; si se bebe vino, se bebe mucho vino. De manera que a eso se dedica Toni: mucha mantequilla, mucho Netflix, muchos cigarrillos y mucho blablablá por teléfono. Pero, igual que un barco a la deriva tiene posibilidades de chocar contra tierra firme, mi abuela siempre está esquivando las rocas.

Me llama mi novio: «Ha salido fuego de la vitro de Toni. No sabe lo que ha podido pasar. Han estado los bomberos. Les ha ofrecido un botellín. Está enfadada porque no se lo han aceptado. Me ha pedido que te diga que a ver cuándo le encuentras a alguien. Le he dicho que estás en ello».

Me asomo por la ventana con las gafas de sol puestas para que la vecina de enfrente crea que estoy tomando el sol y no se dé cuenta de que lo que en realidad quiero es quedarme un rato mirándola. Me pregunto si tiene abuela. En caso de tenerla, ¿dónde está?, ¿quién la cuida?, ¿cómo es?, ¿lleva pañal? La veo sentarse a la mesa, abrir un brik de leche y bebérselo a morro. ¿Sabe la de gases que dan los lácteos? ¿Tendrá algo que ver con su infancia esa manera compulsiva de beber leche a los veintipocos? Me gustaría sentarme a su lado en el sofá para mendigarle un rato largo de caricias en el

antebrazo. Estoy agotada. Aunque lo bueno de estar embarazada y en el paro al mismo tiempo es que tengo una buena excusa para aplazar la pregunta que me aterra: «¿A qué coño me voy a dedicar?». O, peor aún: «¿A qué coño me quiero dedicar?».

En lo que llevamos de semana, he hablado con cinco chicas y a todas les he dicho lo mismo: «Mil cien euros al mes con contrato, cuarenta horas semanales, trabajo de lunes a sábado (el sábado solo hasta mediodía). Las noches son para el descanso, mi abuela no requiere de cuidados. Treinta días de vacaciones por año. Tienes tu propia habitación y tu propio baño. Necesita que sepas cocinar. Solo toma una pastilla al día, para la tensión. Suele dar un paseo por la mañana que termina en aperitivo. Luego da otro por la tarde, pero ahí ya nada de aperitivos. Creo que no me olvido de nada. ¿Tienes alguna duda?». «Sí. Tengo una duda», responde un hilillo de voz al otro lado del teléfono. Me llama la atención, es la única que hasta ahora me responde que sí. «¿Su abuelita anda bien de la cabeza?». Le digo media verdad media mentira, habría que definir, acotar más a qué se refiere con «estar bien de la cabeza». «Sí. No tiene demencia ni Alzheimer. Ella está bien, solo que necesita que alguien esté ahí porque ya está mayor, le cuesta apañarse para cocinar, limpiar la casa, a veces se despista...». «¿Y necesita que hagamos ejercicios físicos? ¿Gimnasia?». «No, no, nada de eso. Solo acompañarla en el paseo hasta el bar en el que le gusta tomarse el aperitivo. Tener cuidado con que no beba demasiado vino y no coma demasiado azúcar. Eso es todo». «Está bien. Ya no tengo más dudas». «Gracias, Jéssica, estoy hablando con varias personas, así que a finales de semana te llamaré tanto si es que sí como si es que no».

¿Cuántos viejitos y viejitas hay en España comiendo platos que les preparan las mujeres que los cuidan y que jamás hubiesen imaginado comer? Ají de gallina, pachamanca, seco de carne, encebollado, anticucho, ceviche, humitas, silpancho, lomo saltado, locro de papa, guatita, baleada o mi favorito: caldo de bolas.

Diana y Emily me preguntan que qué tal está «mi beba». Me encanta que la llamen así. El día que voy a hacerme una ecografía, miro la pantalla y pienso: «Mi beba...». El martes pasado me enseñaron fotos de una sobrina que acaban de tener, era una bebita calva con un lazo gigantesco en la cabeza. Me pareció horrible. La hermana de mi novio, que vive en Francia, nos mandó hace unos días una caja enorme llena de ropa de bebé . Tuve la suerte de que llegó justo en el rato en que ellas estaban en casa, cosa que me vino genial, porque pude demostrarles que no voy a gastar ni un euro en eso. «¡No tengo dinero para estas cosas! ¡Desde que estoy embarazada, no me llama nadie para trabajar! ¡Qué mala suerte tengo! Debería sentarme y hacer números. ¡Poner orden en mi lista de prioridades! ¿Habéis visto? ¡Soy genial! ¡No tengo tanto dinero como creíais que tenía! ¡Acepto todo tipo de ropitas para mi bebé! ¡Ropitas con manchas y con cacas!». ¿Por qué me pasa esto? El otro día también sentí la necesidad de contarles que la cuna la vamos a comprar por Wallapop. «Todo lo vamos a comprar en Wallapop. ¡Todo!». Me dijeron: «Este carrito se ve bueno. Nuestra sobrina se gastó trescientos euros en su carrito». Me dio vergüenza que googlearan la marca de nuestro carrito, un Bugaboo, y que vieran que nuevo cuesta mil doscientos euros. Ojo, que se lo tuve que dejar claro también: «Sí, sí, es bueno, pero es heredado». Me dejé caer en el sofá en cuanto salieron por la puerta, exhausta, agotada

de mí misma, de mi teatrillo, de esa necesidad de justificarme todo el rato delante de ellas. La autocompasión me duró un segundo: solo necesité mirar a mi alrededor para ver que la casa estaba impecable, sin una mota de polvo suspendida en el aire. Ojo, que yo paso la aspiradora antes de que vengan porque me aterra lo que puedan pensar de nosotros, o sea, que parte de la limpieza la hago yo también. Ahora bien, ¿qué es esta maravilla de estar en paro, embarazada, y tener la casa limpia?

La gente me dice: «Aprovecha para dormir. Tienes que dormir mucho antes de que nazca. Descansa. Sal por ahí a cenar. ¡¡Tienes que salir a cenar todo lo que puedas porque, luego, ¡¡¡¡olvídate!!!! Que te limpien la casa, que te traigan tápers, ¡¡iten el congelador lleno para las primeras semanas!! Dale besos a tu novio, luego te dará pereza. Y dile que te los dé él también, porque luego no querrás que te los dé. Duerme, de verdad, duerme mucho. ¡¿Qué haces despierta?! Duérmete. Duérmete, que luego no vas a dormir nada. ¿Sabes que el sueño es lo primero que le alteran a la gente en las sectas? Pues tener un bebé es como meterte en una». Leo en internet: «Mientras su bebé duerme la siesta, aproveche para ocuparse de usted. ¡Descanse también!».

Le pregunto a mi novio qué es lo que más miedo le da y me contesta: «Que nuestra relación se vaya a la mierda». Y ahí un dardo se clava en el centro de la diana, en su pecho y en el mío, como una punta muy afilada que sabe perfectamente adónde dirigirse, haciéndome sentir miserable durante unos segundos porque yo ni siquiera había pensado en nuestra relación. «Me refería más a miedos como que me muera en el parto, que se muera la bebé en el parto, que se me caiga de los brazos, querer tirarla por la ventana, que Tapón la muerda, no quererla, que la tengan que ingresar en neonatos... No sé, a eso me refiero». «Ah, no, a mí la

verdad es que ni se me ha pasado nada de eso por la cabeza. Insisto, lo que me da miedo es nuestra relación». «Vale, vale». Entiendo (y, al mismo tiempo, no quiero entender) el miedo de mi novio. Me molesta que sus miedos no sean algo relacionado con la bebé, que no diga exactamente las palabras: «Me preocupa no poder pasar tiempo con ella, estar todo el rato trabajando y que seas tú la que se tenga que encargar de todo». Pero, de pronto, lo comprendo. «Que nuestra relación se vaya a la mierda». Los cimientos. Como si el muro de cemento que carga nuestra relación pudiera convertirse en algo frágil, en un bloque de arena que con un solo soplido pudiera deshacerse. La obcecación por un miedo común desaparece de mi pensamiento para dejar paso a algo mucho más claro: que él no lleva flotando a un ser vivo en su interior y le resulta imposible ver más allá de las dos personas que ahora mismo somos, a pesar de que tal vez sea precisamente eso lo que sostenga nuestro muro en un futuro.

Después de casi nueve largos meses, estoy a punto de parir a mi bebé. Por supuesto, la casa está impoluta y ordenada. Me encuentro en plena fase de lo que llaman «instinto de anidamiento». De golpe, me atraviesa un pensamiento: ¿le molestará a mi bebé el ruido de la aspiradora?, ¿cuánto tiempo tendrá que pasar desde que lleguemos a casa hasta que podamos pasar la aspiradora? Quiero que mi bebé viva en una casa limpia, pero también quiero que pueda disfrutar de un sueño profundo y reparador, algo incompatible con pasar la aspiradora al lado de su orejita recién creada. Diana me llama por teléfono para preguntarme qué tal estoy. «Ayer, cuando nos fuimos de la casa, en cuanto Emily cerró la puerta, le dije: "Va a dar a luz bien pronto". Y se me olvidó comentarle, porque ya le digo que no le

queda mucho, Sol. En cuanto sienta un dolor, hágase una infusión muy muy grande de panela mezclada con algo de cartílago. Está malo, no la voy a engañar, pero se lo debe tomar. Lo peor que puede hacer es ponerse con el no. Créame: el dolor desaparecerá. Usted solo respire. Ya verá como al próximo día le conocemos a la beba. Cuídese, Sol. Chao, chao».

Segunda parte

El 10 de enero llegamos a casa con nuestra bebé en brazos. Mi novio y yo nos recochineamos en el ascensor riéndonos de la posibilidad de que Diana y Emily nos hayan dejado su habitación llena de globos rosas y las letras de su nombre colgadas en la pared formando un gran *smiley*. Sin embargo, en cuanto entramos, nuestra fantasía se desvanece porque lo que vemos es un paquetito encima del recibidor en el que pone: «Para la beba». Lo abro. Es un pijamita monísimo. Acto seguido, me pongo a llorar; porque estoy recién parida y todo me emociona. Lloro lágrimas de oxitocina. Entonces mi novio me corta toda la emoción diciendo: «Joder, se han gastado en el pijama más de lo que les pagamos por una hora de trabajo». Me tenso enseguida y lo miro con los ojos muy abiertos, con una angustia que flota entre los líquidos sobrantes acumulados en mi tripa. Me asomo a la ventana para fustigarme más: trato de tener contacto visual con la vecina de enfrente. ¡Oh! Ahí está, volcando un brik de leche encima de un bol de cereales. La he echado de menos estos días de hospital.

Me llega un wasap mientras estoy en el baño. Le pido a mi novio que lo lea en voz alta porque doy por hecho que es otro de esos mensajes de felicitación. Me dice: «Es Jan». Salgo corriendo y le arranco el móvil de las manos, necesito ver su nombre en la pantalla con mis propios ojos. «Jan». Sin leer todavía el mensaje, siento un descanso infinito en el cuerpo, una especie de masaje relajante en la distancia. Me digo: «Por fin, por fin quiere que vuelva. Tengo el

futuro resuelto». Mi novio grita: «¡¡Pero qué pone!!». Y yo leo en voz alta: «Hola, Sol, solo quería saber qué tal estás. Yo bien, inauguro en Hong Kong el mes que viene. Bss». Como llevo ya dos días siendo madre, y eso me convierte automáticamente en una persona madura, práctica y directa, me dejo de estrategias y le contesto al momento: «Hola, Jan, qué bien saber de ti. Pues acabo de tener un bebé :), mucho éxito en Hong Kong. Hablamos!». Y le mando la foto más bonita que tengo de la bebé, que resulta ser la foto que menos parece mi bebé en estos momentos.

Mi hija es genial. Es un animal pequeñito recién hechito, con la carnita tierna y las manitas arrugaditas de haber estado nueve meses en remojo. Todos los martes, cuando vengan Emily y Diana a casa, le pondré el pijama que le han regalado. Se lo pienso poner hasta que le salgan pelotillas.

Mi novio ha preparado la casa para la visita de mi abuela, mi madre y mi tía. «¿Y papá?». «Tu padre vendrá otro día, hoy es visita de chicas». Mi madre llora, a pesar de haberla visto ya varias veces. Mi tía también llora, a pesar de haberla visto también varias veces. Mi abuela, sin embargo, no llora, a pesar de no haberla visto antes. «Qué monada, parece mentira que todos hayamos sido así de pequeños alguna vez. Bueno, menos tu madre, que pesó casi cinco kilos al nacer. Se parecía más a un jabalí que a un bebé».

Se pasan a la niña entre ellas. Primero la sujeta mi tía y se sienta al lado de mi abuela para que mi madre les haga una foto. «Ahora ponte tú». Mi madre se sienta al lado de mi abuela, mi tía le pasa a la bebé y les hace una foto. «Ahora con la bisabuela». Mi madre pone a la bebé en los brazos a mi abuela. «Sol, ponte tú y hacemos una foto de las cuatro generaciones». Mi novio nos hace la foto. Veo

a mi abuela mirar de cerca a la bebé, la huele, le tiembla un poco la nariz. Se le suavizan los ojos y parece otra persona.

Mi novio saca un aperitivo: queso, aceitunas, patatas y mejillones. «Qué apañaditos, los hombres de hoy en día». Todavía no lo sé, pero será una de las frases que más escucharé durante las siguientes semanas: «Cómo te ayuda, cuántas cosas hace, ¡qué bien agarra a la niña!, qué bien se apaña, tienes que sentirte muy agradecida, ¿va a pedir la baja?, ¡qué lujo!, ¿cuatro meses de baja?, ¡qué exageración!».

«¿También haces tú la casa? ¡Porque ya lo que me faltaba!», le pregunta mi abuela. «No, no, qué va, Toni. Yo aspiro las alfombras y la limpieza general la hacen Emily y Diana, ¿sabes?, las chicas que vienen una vez por semana». «¡¡Cómo que dos!! Menudo par de marajás progresistas. ¿Por qué no me pasáis a una de ellas? Seguro que estaría encantada de venir a vivir a mi casa». Reposa unos segundos antes de deleitarnos con sus mejores ideas: «Antes íbamos de frente. Ahora, que si feminismo por aquí, que si clasismo por allá, ¡y con dos muchachas en casa! Una de ellas tiene que ser para mí». «Abuela, si ya está Jéssica viviendo en tu casa». Ni mi madre ni mi tía se involucran en la conversación, se entretienen con la mirada en otra parte, observando las paredes blancas como si las vieran por primera vez, hasta que mi abuela remata con un: «¿Jéssica? Esa es una idiota».

Desde que ha nacido la bebé, mi novio está obsesionado con poner lavadoras y pasar la aspiradora. Lo observo cada vez que lo hace: hunde medio cuerpo en el cesto de la ropa sucia y, como los ganchos de las máquinas de los recreativos, agarra toda la que hay dentro con ambos brazos. Lo mete del tirón dentro del tambor de la

lavadora, cierra la puerta con la rodilla, ¡clac! Uf, creo que le encanta ese sonido. Saca el detergente, lo mide al dedillo y lo deja caer en su compartimento. Gira la rueda. Eso creo que también le da gusto porque con cada cambio de programa hay un saltito, una especie de vibración, y, hala: modo «algodón», temperatura «frío».

De manera que a mí los días recién parida se me pasan así: con el sonido de la lavadora centrifugando, teta arriba y teta abajo. Mi novio, sin embargo, creo que está llevando medio mal el hecho de pasar tantas horas en casa, sumado a la falta de una voz dándole órdenes por el pinganillo o, incluso, la carencia de kilómetros en la carretera. Algunos días baja al garaje y se sienta un rato con las manos pegadas al volante con los ojos cerrados. No se esconde, me lo dice tal cual: «¿Me necesitas? Bajo un rato a la furgo». Lo otro no me lo cuenta, pero estoy segura de que también aprovecha para hacerse una paja sin soltar el volante con la otra mano.

El momento crítico de ansiedad total de mi novio tiene lugar cuando la bebé está dormida: saca la aspiradora, le cambia el cabezal y viene a aspirarnos la alfombra. Yo quiero matarlo y entonces él insiste: «Tengo que aspirar, tengo que aspirar. ¿Es que no ves que cada vez que aspiro parece que he sacado un hámster de lana? ¿Qué coño le pasa a esta alfombra? ¿Hasta cuándo va a estar soltando lana?». «No sé, mi madre me dijo que las alfombras buenas pueden estar años así». Lo veo sacar un nuevo hámster naranja de lana y tirarlo a la basura. Antes de que naciera la niña, me insistía: «Por favor, diles a Diana y Emily que no pasen la aspiradora por la alfombra porque hay que hacerlo con el cabezal específico de alfombras. Sol, sé que ellas no lo cambian». Yo se lo decía y luego ellas hacían lo que les daba la gana. A mí, la verdad, me era absolutamente indiferente.

Ahora, sin embargo, está contento porque gracias al permiso de paternidad tiene el control total de la alfombra, que es lo más parecido a tener la certeza de que eso por lo menos lo va a hacer bien, ya que siente que todo lo demás (la bebé, nuestra relación) es algo que se escapa de su alcance, como un miedo latente, una profecía autocumplida de que vaya a hacerlo todo mal. No se lo digo, pero a mí también me da miedo que lo haga todo mal; es decir, que no haga las cosas como yo las haría o no tome las decisiones que a mí me gustaría que tomara. En fin, lo único que me consuela es pensar que a los bebés les encanta este tipo de ruidos: la aspiradora, el centrifugado, la campana extractora. Lo que no me consuela tanto es sentir que la desubicación de mi novio en nuestra nueva vida se materialice en una aspiradora: creo que quiere limpiar a toda costa cualquier tipo de rastro que indique que él ha estado aquí, encerrado en casa, cuidando de un bebé; o sea, siendo improductivo.

A las cuatro de la tarde, cuando estamos los tres dormidos como un ceporro, suena el telefonillo. Mi novio abre sin preguntar quién es. Le ruego que se quede cerca de la puerta para evitar que llamen al timbre y se despierte la bebé. En cuanto se oye el ascensor en nuestro rellano, se asoma por la puerta. Yo solo escucho: «Una firmita por aquí». Mi novio se da la vuelta y veo que sostiene entre los brazos un marco enorme envuelto en papel de burbujas. Deambula por el salón buscando el mejor sitio para apoyarlo mientras intento incorporarme con la bebé frita en el pecho.

Quitamos una cantidad ingente de precinto y desenvolvemos con cuidado el papel de burbujas. Desde donde estoy solo puedo ver las esquinas del marco y un poco del lienzo. Todo empieza a sonarme, pero hasta que no veo el cuadro de frente no lo reconozco. Es una obra de Jan: dos montañas naranjas, un cielo negro y rayos verdes

que salen por todas partes. Ahí está: el cuadro que nunca le gustó, el que menos interés generaba, uno de los que jamás conseguimos vender. Un retal, una sobra. Lo miro con cariño y le digo a mi novio que lo cuelgue en el salón, cerca de mi escritorio, «aunque quede apretado, no me importa». Mientras mi novio va a buscar las herramientas, piensa en la tranquilidad que le produce el hecho de que ya no trabaje para él. Lo odiaba a más no poder. La excusa de repetir todo el rato que no era un buen trabajo para mí porque le parecía que estaba explotadísima escondía la realidad de que Jan lo incomodaba (no tenía miedo de que nos enrolláramos, pero claramente habría preferido que fuera gay), y mi novio siempre se defendía con la misma gran ofensa: «Este tío es un pijo».

Aporrea la pared con el martillo para clavar una alcayata y, al agarrar el cuadro por los laterales del marco, se da cuenta de que tiene una nota pegada por detrás. Le pido que me la dé. Quiero olerla, ver la letra, el papel elegido. Leo: «¡Enhorabuena por el nacimiento de tu bebé!» escrito con una caligrafía cursi y pomposa que, por supuesto, pertenece a la nueva persona que trabaja para él. Y en ese momento, después de todo este despliegue de ruidos, en cuanto vuelve el silencio, el bebé se despierta.

Por lo que veo con mis ojos (mujeres conservadoras que rara vez amamantan) y por lo que leo en internet (#mujer, #empoderamiento, #crianzarespetuosa), dar el pecho es superfeminista. Pero ¿no sería dar leche de fórmula lo más feminista, lo más conciliador? Ahora no sé. Espera. Sí, creo que funciona así: dar el pecho es ecologista y anticapitalista porque no haces gasto, no le das de comer al sistema y no generas desechos. Por otro lado, dar leche de fórmula es feminista porque es conciliador a más no poder, ya que las tareas se reparten: ahora le das tú el biberón, luego le doy yo. Esta noche le das tú, la siguiente noche le doy yo. Y así dormimos los dos. La leche de fórmula es una solución emancipadora para la mujer, que ya no es una esclava del bebé. ¡Podría volver a trabajar al día siguiente si quisiera!

Estoy con las tetas al aire todo el día, y eso es lo más de lo más feminista. En casa hay tres seres vivos a quienes les gustaría chupármelas: mi novio, mi bebé y mi perro. Cada vez que me sale un chorro de leche y mancho el suelo, Tapón va corriendo a chuparlo. «Ñam, ñam, lechita». Y eso mismo dice mi bebé con voz de bebé: «Ñam, ñam, lechita». A veces me pongo a hablar por teléfono en la ventana, con las tetas al aire, mirando fijamente a la vecina de enfrente. Quiero que me vea las tetas. Es más, necesito que me las vea para poder decirle: «De estas tetas sale leche, ¿no te parece increíble? ¡Pero, ja, no es para ti! No es para esos boles de cereales que te comes, que, por cierto, no es nada feminista porque

no es bueno para tu cuerpo. ¿Dónde quedan los autocuidados? Los cereales son un ultraprocesado de mierda, que lo sepas. Nada nutritivos. Todo azúcar». A lo que ella me contestaría: «¿Y tú qué? ¡Surtidor, que no eres más que un surtidor!». Y ahí me daría cuenta de que en esta nueva fase de mí misma me puedo permitir discrepar de algunas de las cosas que piensa de mí la vecina de enfrente y de todo lo que vaticinaba mi amiga Belén sobre la maternidad: me gusta cuidar de mi hija (y tener las tetas más grandes), pero, sobre todo, me encanta ser su propia huerta.

Mi novio sale con Toni a tomar el aperitivo. A mí el aperitivo nunca me ha gustado. Jamás en mi vida. Me pone de los nervios. Odio llegar sin hambre a la comida. Mi novio dice que soy una psicópata y mi abuela dice que soy poco española. Por tanto, ahora mi novio se va con Toni y la bebé a tomar el aperitivo los domingos al bar Horóscopo mientras yo me quedo en casa. Así nos aireamos todos: mi abuela, mi novio, la bebé y yo. La casa sin ellos se convierte en algo extraño, en un falso silencio que se desvanece en cuanto escucho el primer llanto fantasma.

Dedico mis dos horas a estar tumbada tomando el sol hasta que se me cuartea la piel. También aprovecho para beber agua, depilarme el bigote, ordenar mi cajón de las bragas y acariciar unos segundos a Tapón. Lloro un poco en el borde de la cama, unas lágrimas pequeñitas como pepitas de uva. A ratos me aterroriza la idea de acomodarme en el concepto de ser «solo» una madre, mientras que, al mismo tiempo, no me disgusta. ¿Me pasa esto por mi absoluta ausencia de ambición laboral? Me da miedo pasar por la vida sin más y, a la vez, pensar en vivir así ¡me da una paaaaaaz! Quizá sea solo un atajo para evitar darle una vuelta a aquello que

llaman «propósito en la vida». Así que, en vez de pensar en el mío, repaso los propósitos de las mujeres de mi familia: el objetivo de mi abuela siempre fue ser independiente; el de mi tía, vivir tranquila (o sea, tener dinero para siempre), y el de mi madre, que la dejen tranquila. La maternidad, sin embargo, es algo a lo que ni mi abuela ni mi madre han dado la mayor importancia, como si fuera una simple consecuencia de la vida; un pim, pam, pum; ni muy madres ni poco madres.

Cuando la leche de las tetas empieza a desbordarse, que es un síntoma parecido a echarlos de menos, aparecen por la puerta. «He conocido a Jéssica». «¿Cómo? Si hoy es su día libre. Es domingo». «Ya. Toni le ha insistido en que fuera a tomar el aperitivo, que era algo típico español. Ella se ha puesto nerviosa y ha bajado con el uniforme puesto. A mí es que, joder, me ha dado mucha impresión estar ahí los tres sentados y ella con el uniforme. He estado todo el rato tenso, pendiente por si pasaba alguien que pudiese reconocerme». «¿De qué has hablado con la abuela?». «Ha sido complicado; yo intentaba desviar los temas de conversación que me parecían peliagudos. Toni estaba en plan chulita porque quería pavonearse delante de Jéssica. Que si Francia, que si el Maison, que si el ministro no sé quién. Ella en su fantasía se creía la polla en vinagre; pero, la verdad, parecía una pobre rica venida a menos».

Le huelo los dedos de la mano derecha, como me hacía mi madre siempre que llegaba a casa después de estar tomando algo por ahí. Mi novio solo fuma cuando está con mi abuela, no lo hace con nadie más; ni con sus amigos, ni con la gente del trabajo. Solo con Toni. Cuando fuman, lo hacen como si estuvieran siguiendo una coreografía, unidos por una danza velada por el humo y las colillas. Me sigue contando. «Y le dice: "Bueno, señora, me voy a dar un paseo". Así, de la nada. Yo he mirado a Toni por si le contestaba

algo, pero no ha dicho nada. Una calada al piti, una sonrisa y fuera. Los tiene *cuadraos*». La bebé berrea, la beso, le acaricio la cabeza, me saco una teta, luego la otra. «Nenita, nenita, ya», le digo avergonzada de mi estirpe a más no poder.

Antes de todo este acontecimiento de tener una hija, pasaba muchas horas en el barrio de Salamanca, porque el estudio de Jan está en la calle Ayala. Iba con el autobús 19 y me bajaba en Velázquez con Ayala. En todo el meollo. Dos paradas antes de la mía, en la terraza del Wellington, siempre veía a grupos de señores tomándose el aperitivo o el café mientras un limpiabotas les frotaba sus zapatos de charol. ¿Cómo puedes estar teniendo una conversación con tu amigote como si nada? ¡Macho, que tienes a un tío ahí *agachao* limpiándote los zapatos en público! Desde la parada del autobús hasta el estudio tenía que caminar diez minutos y pasar por delante de dos colegios concertados de monjas. Me impactaba ver a todas esas mujeres latinas vestidas de uniforme paseando a bebés o volviendo de guarderías con carritos vacíos. Mujer latina y bebé blanco. Cada vez que mi novio y yo veíamos a una mujer latina con un carrito, siempre decíamos a la vez: «¡Mujer latina y bebé blanco!». Como si fuera un juego, a ver quién veía más. Pues, ¡oh, sorpresa!, en eso nos hemos convertido nosotros.

Me salió un trabajo la semana pasada gracias a Rita, que en realidad fue la persona que me presentó en su día a mi novio porque tiene la gran fortuna (o la gran desgracia) de trabajar en lo mismo que él, pero en otro departamento. El martes pasado me mandó un audio con esa ansiedad en la voz que tienen las personas que se dedican a esto, como si su tono estuviera cargado de prisa: «Sol, mira, te cuento rapidito. Se les ha caído la tía que les estaba

haciendo todo el inventario de las obras en la peli que estoy ahora y necesitan a alguien cuanto antes, o sea, para mañana. Dime si te interesa, pero dime ya». Cuando terminé de escucharlo, miré a la bebé, que en ese momento la tenía en brazos, como la tengo casi todo el rato, y, antes de ser capaz de formular un solo pensamiento, me tuve que ir corriendo al baño y hacer caca con ella encima de los nervios que tenía.

Desde que ha nacido, vivo en una especie de calma chicha constante, un ritmo caribeño del que es muy difícil salir. Me habría encantado tener unos días para pensar si podía hacer el trabajo, si era capaz, si podía organizarme con la bebé. Sin embargo, sabía que tenía que contestar ya de ya («que, si no eres tú, es otra»), así que me asomé por la ventana para mirar un rato a la vecina de enfrente. Estaba desayunando (once de la mañana), con su melena frondosa y despeinada y una camiseta con la forma de dos tetas pintadas. ¿Qué pensaría de mí si se enterara de que me han ofrecido un trabajo y me aterroriza aceptarlo? Me sentí antiempoderada, me cagué en la independencia económica y en la maldita necesidad de ser una persona funcional dentro de un mundo laboral asqueroso.

Me sonó el teléfono. Era mi madre: «¿Qué tal está mi nieta?». «Bien, aquí la tengo, en la teta», contesté con la mirada clavada en la camiseta de la vecina de enfrente. «No sé cómo no te aburres de estar así todo el día, la verdad», me dijo sin definir a qué se refería con «estar así». Siempre creí que, al ser madre, dejaría de importarme lo que pensaran de mí, pero parece ser que incluso va a ir a peor. «A ver, mamá, es que me ha salido un proyecto». Se quedó en silencio. Y continué: «En una película, voy a hacer el inventario de las obras que salen». «¿En un rodaje?, ¿como tu novio?, ¡qué bien!». Y ya solo por ese detalle, por su satisfacción,

por el hecho de equipararme con mi novio, estuve convencida durante un rato de que aceptar el trabajo iba a merecer la pena.

En cuanto colgué, llamé a Emily para proponerle que cuidara de la bebé porque descarté el resto de las alternativas de un plumazo, más o menos de la siguiente manera: ¿hay alguna posibilidad de que sea el padre quien cuide de su hija mientras trabajo? No, imposible. Al día siguiente de terminar su permiso de paternidad, a las seis y media de la mañana, ya estaba montado en la furgoneta con una sonrisa de oreja a oreja yendo a buscar a Fulanito al aeropuerto. ¿Es completamente inviable que sea la abuela quien cuide de la bebé mientras trabajo? Sí, inviable inviable. Así que le pregunté a Emily: «¿Diez euros la hora te parece bien?». Y eso me llevó a pensar: ¿tiene el mismo precio la hora de limpieza que la hora de cuidar a la bebé?, ¿el precio de la hora se relaciona siempre con la responsabilidad de lo que estés haciendo?, ¿te parece bien por diez euros tener entre tus manos una vida pequeñita de la que cuidar? Parece obvio, pero lo que pasa es que siempre queremos que todo nos salga lo más barato posible. «Sí, diez euros me parece bien». «Pues perfecto».

El primer día que bajé con Emily las escaleras de nuestro portal, nos cruzamos con una trabajadora de Correos; Emily era la que llevaba el carrito y la mujer le dijo: «Oh, qué hija más guapa tienes. ¡Qué! ¿Al parque?». Entonces miró a Emily de nuevo y vio que era una mujer latina con un bebé blanco. Puso cara de normalidad, aunque yo pude leerle la mente en cuestión de un segundo: «Otra más a la que le cuida el bebé una chica latina, ¡¡los parques están llenos!!». Emily, sin embargo, sonrió sacando pecho, agarrada al carrito con fuerza.

Uno de esos días de posparto en casa, mi novio preguntó a Emily y a su madre si les gustaba limpiar con música puesta, porque su hermana Jacqueline siempre lo hacía. «Lo digo por si queréis que os deje un altavoz». Diana y Emily se rieron. Casi siempre que mi novio les dice algo, lo primero que hacen es lanzarle una sonrisa. A pesar de su «estamos bien», mi novio insistió: «Venga, ¿qué os gusta escuchar?». Él siempre actúa con mucha más naturalidad que yo, no ve ningún problema moral en que dos mujeres latinas estén limpiando su casa. Para él, tan solo están trabajando. «Pues, Sol, como hacemos todos: trabajar». No piensa en nada más. Lo que le pasa es que tiene la creencia de que todo el mundo adora su trabajo tanto como él. «¿Rosalía?». «Uy, no, no». «¿Bisbal?». No respondieron nada, de modo que mi novio les puso una lista de reproducción de éxitos de Bisbal. Al cabo de un rato, Emily dijo: «Nosotras escuchamos la música que nos ponen en la iglesia». Mi novio, en ese momento, hizo crac. Se quedó sin saber qué decirles, su espontaneidad se esfumó y se quedó sin ideas para contentarlas. «¿Y qué música es esa? Es que ahí me has pillado». «Nada, déjelo. Apague el altavoz, estamos bien sin música». Mi novio bajó la cabeza, sintió algo de vergüenza y enseguida el ambiente se volvió aséptico, frío, un bloque de hielo que hizo evidente nuestra distancia, como si nos estuviéramos diciendo los unos a los otros: «No, no, mírame, si yo no tengo nada que ver contigo». De repente, las vi a ellas agachadas, limpiando, fregando, ordenando, y a nosotros en pijama deambulando por el salón con el pelo sucio, sin nada más que hacer que mirar a nuestra hija. Quizá por eso mi novio se empeñó en ponerles música, para tapar esa diferencia que flotaba en el aire. En cuanto salieron por la puerta, me dijo: «¿No podemos irnos de casa cada vez que vengan? Por dejarlas a ellas tranquilas, digo».

Esta mañana, mientras estaba aporreando las teclas del ordenador como una posesa, con veinte pestañas abiertas en el Explorer y una taquicardia propia de un corazón después de salir del after, me ha llamado Rita: «Qué tal, cómo te va, cuéntame qué tal se te está dando el curro; me dijeron que no iba a ser muy estresante, pero ya sabes cómo funciona esto, que salen fuegos todo el rato, solo es cuestión de apagarlos». Nunca había hablado con Rita en esos términos, nunca había escuchado su voz de trabajo, y la verdad es que parece idiota. Se lo digo: «Rita, pareces idiota en el trabajo. La verdad es que no me está gustando nada. Estoy todo el día de los nervios, me pica la piel, tengo las tetas que me explotan, me tengo que estar sacando leche cada dos por tres en el baño, no entiendo por qué hay tanta prisa, casi todo el dinero que gano va directamente al bolsillo de Emily y me va a estallar el estómago. Encima, cuando llego a casa y por fin creo que puedo estar tranquila con mi hija, ¡¡me siguen llamando por teléfono!! ¡¡Y, para colmo, mi novio nunca está cuando he llegado a casa!!». Se ríe, claro, porque le parezco una blanda. «Somos de otra pasta», me dice con un tono condescendiente lleno de un exceso de seguridad en sí misma y en su capacidad para trabajar que hace que quiera esconderme en un armario y no volver a salir nunca más.

Siempre he creído que hay una clara división entre las personas (¿o solo entre las mujeres?) que limpian bien y las que alardean de no saber hacerlo. Una amiga del colegio, una vez empezamos a independizarnos, me dijo: «Yo es que no sé limpiar, de verdad, soy pésima limpiando». Lo primero que pensé fue que mi amiga era una

pija y también sentí cierta incredulidad, ¿cómo no va a saber alguien limpiar? Sin embargo, al instante me di cuenta de que yo sí sabía limpiar. Y que había una clara distinción entre las dos: ella llegaría más lejos porque en un futuro no muy lejano le limpiarían la casa, y yo, sin embargo, me vería metiendo hasta el codo en el váter para limpiarlo o, lo que está mucho peor visto, disfrutando de hacerlo.

La vecina de enfrente, a diferencia de mi amiga, lo intenta (qué remedio). Tiene en el suelo del balcón cinco bayetas amontonadas (lo más probable es que las deje ahí para que se sequen y, la verdad, le da bastante mala imagen a su fachada). A mi novio le espanta. «¿Por qué cojones lo deja todo ahí? ¿No tiene otro sitio donde guardarlas? Se le van a quedar tiesas. Seguro que están putrefactas». Mi vecina no tiene ni puta idea de limpiar, no como nosotros, que hasta sabemos que para aspirar la alfombra hay que cambiar el cabezal de la aspiradora.

Visito a mi abuela con la bebé mientras mi novio trabaja. Lo primero que hago al entrar en la casa es saludar a Jéssica. Quiero que piense de mí tres cosas: que la tengo en cuenta, que soy educada y que soy mejor persona que mi abuela. Mi abuela me sonríe con una de sus carcajadas en las que cada «ja» es más terrorífico que el anterior. Tengo claro por qué se ríe: sabe que quiero agradar a Jéssica a toda costa para que así nos sintamos bien las dos. Mi abuela lo interpreta como que soy una retorcida porque entiende que, en el fondo, lo único que quiero es que Jéssica esté a gusto para poder dejar mi conciencia tranquila y borrar del mapa cualquier rastro que pueda reflejar que estoy por encima de ella en la jungla social. En cuanto suelta su último «ja», me dice: «Esta, que ayer me sacó las cartas. Mi baraja española. Y va y me dice que me va a

predecir el futuro. Yo enseguida la dije que qué futuro, que, con suerte, si eso, me muero pronto. La muy cabrita me responde: "No se ponga dura, señora, que esto le va a hacer bien. ¿Qué quiere saber?". Vamos, es que estaba claro. Pensé: "A esta no me la quito de encima hasta que no la diga que sí". Pues nada, a ver, dime algo de mi nieta Sol: ¿va a tener dinero?, ¿la va a durar el novio? Mira que va y me dice que no puedo preguntar algo que no sea para mí. ¡¿Cómo que no?! Yo pregunto lo que a mí me da la gana. Y ñiqui, ñiqui, ñiqui, me seguía pinchando. "Pues venga, pregúntale a las cartas que hasta cuándo vas a estar viviendo en mi casa". Ahí ya me la quité de en medio porque se puso blanca como la leche y se fue. Pero yo me quedé con la intriga de si tú vas a tener dinero. "¡Jéssica! Hágale a mi nieta lo de las cartas". Mira, hija, vete, vete. Vete ahí con ella».

Me acerco con la bebé en brazos, mi abuela no hace ni el amago de querer quedarse unos segundos cuidándola. Hablo con Jéssica en la cocina, bajito para que mi abuela no nos oiga. No quiero que me eche las cartas, no quiero saber nada de mi futuro. Me fijo en sus ojos, los tiene caídos por los lados, como un perrillo triste. Me resisto a caer en el paternalismo, intento evitar encasquetarle una tristeza que en realidad no sé si tiene. «Mire, he comprado dos esmaltes de uñas para hacerle la manicura a su abuela. Como fuma tanto, he pensado que le quedarán bien las uñas rojas para cuando tenga el cigarrillo entre los dedos. No le diga, que es una sorpresa». Salgo de la cocina ansiosa, así que disimulo en cuanto miro a mi abuela. «Me ha dicho que no me va a faltar nunca dinero y que me voy a casar dos veces». Mi abuela me mira como diciendo: ¿casarse?, ¿dos veces? «Esta es una idiota. Ven que te vea de cerca», me dice.

Me siento con ella en el sofá. Se chupa las yemas de los dedos gordos y me peina las cejas despacio. «Me alegro de que se te haya

quitado por fin esa cara de uva pasa que tenías. Ahora ya estás guapa otra vez». Me acaricia el antebrazo y aparta rápido la mano. «¿Qué tienes en la piel?». La miro como si no pasara nada, dándome un poco de importancia ahora que tengo un trabajo que todo el mundo parece valorar. «Nada, un eccema que me salió del estrés del trabajo». «Madre mía, estás hecha de meaos», me dice en voz baja porque sabe que lo que acaba de decir es una ordinariez. Le toca la cabeza a la bebé a toquecitos, con las puntas de los dedos, en una muestra de afecto un tanto peculiar. «A ver si me pilla viva para cuando la niña hable. Que sin duda es la única parte divertida de esto que llaman *vivir*. Poder decir lo que te salga del bolo. ¿A que sí, bebé?».

No sé cuál es la historia del padre de Emily, lo único que sé es que no está. Viven solas, mano a mano. Mientras Emily limpia la habitación de la bebé, Diana me habla de ella como si no pudiera escucharnos, ¡pero claro que lo hace! Emily siempre tiene puesta la oreja en nuestra conversación. «Mire, mi hija se la pasa el día en la casa. No le gusta salir. Yo siempre le digo: "Emily, sal de la casa". Pero ella está allá, a oscuras, con el televisor. Con el móvil. Solo la saco para ir a la iglesia. O para venir acá donde usted». Siento un retortijón. Un retortijón real. La intimidad del otro se me atasca. Mi estómago no consigue digerirla. ¿Qué será lo que quiere Emily en realidad? «Lo que yo quiero es apuntarla a un curso de manipulación de alimentos para meterla en el comedor del colegio en el que trabajo por las tardes». Los pasos de Emily por la casa no se oyen; se desplaza en silencio, como si no existiera.

La siguiente vez que Emily viene a cuidar a la bebé, le pregunto si le gustaría hacer el curso ese de manipulación de alimentos del que

habla su madre. «No». «¿Y qué te gustaría hacer?». «A mí lo que me gusta es el diseño de interiores, ya he buscado un curso». A pesar de ver el brillo en sus ojos, siento una especie de indignación al pensar que no está siendo nada realista. ¿Cómo no se da cuenta de que ni en cien años conseguiría un trabajo como diseñadora de interiores? Es extraño, pero me siento furiosa ante su vulnerabilidad, porque sé que jamás podría conseguirlo y no sé en qué página de internet le habrán hecho creer lo contrario, así que decido salvarla de las garras del elitismo y reducir al máximo su lista de posibilidades dentro del mundo laboral. «Uf, qué difícil encontrar un trabajo en ese mundillo, tienes que tener muchos contactos. Contactos que hayan visto tu casa y digan: "Mira qué buen gusto tiene"». Me mira impasible por encima de la montura de sus gafas. Soy incapaz de descifrar qué estará pensando y decido continuar: «Ah, claro, y dinero. Hay que tener dinero». Con este remate tan obvio, doy por concluida mi aportación, sintiéndome bien y mal al mismo tiempo. ¿Quién me he creído que soy?

Hace exactamente quince días que ni la bebé ni yo vemos a mi novio. Está rodando por la noche y, cuando eso sucede, me convierto de forma automática en madre soltera mientras él me repite a modo de consuelo: «Este mes voy a ganar una pasta». Es algo que no puedo soportar: que todo lo deje en manos del dinero, que crea que la gestión de un hogar se pueda resolver así, pagando. Mientras tanto, me paso el día entero odiando el trabajo en el que estoy metida, rascándome la cabeza y los brazos como si fuera un mono, llegando a hacerme sangre en el cuero cabelludo. A mi madre le he dado hoy tanta pena que, de entre todos sus planes, ha decidido regalarme un par de horas para cuidar de la bebé. Su tiempo siempre está muy cotizado, nunca es ilimitado, así que le doy las gracias por el detalle. Aunque, nada más entrar por la puerta, me suelta las siguientes palabras: «Qué mal color de piel tienes. Estás amarilla. Totalmente cetrina». Antes de irme de casa me miro en el espejo, y así es: estoy amarilla. Y me doy pena porque tal vez sea el color que se te pone en la piel cuando te encuentras más sola que la una.

Han pasado ya veinte días desde que la bebé y yo vimos a mi novio por última vez, y es increíble porque hay instantes en los que me cuesta recordar su cara al detalle. Me doy cuenta, y no solo por su ausencia, de que durante estos últimos meses apenas nos miramos durante los ratos que estamos juntos y que, cuando hablamos, lo hacemos en paralelo: mientras uno habla, el otro

piensa en lo que quiere decir. Ahora, más que nunca, me da rabia que mi novio no sea como yo necesito que sea. Que, de nuevo, no me diga: «¿Cómo está mi niña? Me muero por verla este fin de semana», sino que me plantee por teléfono todo lo contrario: «Te veo tan agobiada con todo... He pensado que estaría bien proponerle a Emily que venga a vivir a casa, por lo menos una temporada. Así podríamos trabajar tranquilamente los dos y que siempre haya alguien en casa para cuidar de la bebé. ¿Cómo está, por cierto? Mándame alguna foto, anda». Es increíble lo rápido que puede partirse un corazón en dos, porque en ese instante me echo a llorar y puedo notar cómo su eterna sonrisa desaparece de su cara. Al otro lado del teléfono solo escucha a alguien llorar, espera unos segundos y dice: «¿Hola?».

Rita me dijo el otro día que el seguro de hogar incluye una limpieza a fondo anual. «Te vienen con máquinas profesionales y toda la pesca». Yo siempre dejo la casa limpia y la cama hecha antes de que vengan Emily y Diana, por lo cual no sé qué sería de mí si me diera por solicitarla y aparecieran los del seguro para hacer semejante limpieza profunda. «Imagínate cuánto de profundo limpian que creo que van vestidos hasta con EPI», me seguía diciendo Rita. Desde luego, hay que amortizar los seguros, pero yo solo puedo pensar: ¿cómo de sucia tiene la gente su casa como para que tenga que venir un señor (es su gran momento, porque la limpieza así no parece limpieza: máquinas, ropa especial, fuerza) con un traje EPI a limpiar su mierda?

Mis padres viven en un barrio residencial a las afueras de Madrid, o sea, un barrio en el que no hay nada más que gasolineras para repostar porque es gente que solo se desplaza en coche. Ni siquiera las aceras están bien pensadas (son estrechísimas) ni cuidadas; están llenas de baches, adoquines rotos y setos que caen por las fachadas de los chalés de la gente que ha dejado campar a sus anchas «la naturaleza» de su jardín. No están bien pensadas y no las van a arreglar nunca, porque ¿quién camina por las aceras de este barrio? ¡Las personas que van a limpiar sus casas! Que no solo no viven ahí, sino que ¡van andando!

El otro día, paseando a Tapón por el medio de la calle, porque ya digo que las aceras son del todo intransitables, me crucé con María Luisa, la mujer que vive desde hace veinte años en casa de los del número 42. María Luisa es asturiana, de piel blanquísima, es gigantesca y tiene un lunar precioso cerca de la nariz. «¡Hola, bonita!», me dice con la mayor dulzura con la que nadie podría hablarme nunca. María Luisa está paseando al perro de la casa, un perro de no sé qué raza que tiene un pelo negro brillante brillante. Se pone muy contenta al verme: «¿Qué haces por aquí? ¿Viniste a ver a tus padres, oh?». Sabe que mi padre es asturiano, como ella. «Sí, huyendo un poco del calor». No me deja continuar porque se abalanza sobre Tapón y le da besos en el morro, algo que Tapón odia con todas sus fuerzas. «¡Pero bueno! ¿De dónde ha salido esta preciosidad? ¡Ay, ay, el perrín!». «Pues se llama Tapón. Lipa murió hace cuatro años». «Ya me imaginé, porque de un día para otro desaparecieron los ladridos».

Pensar en Lipa me da ganas de llorar porque la quería más de lo que quiero a Tapón, y eso, claro, me hace sentir una malísima persona. Cuando todavía vivía en casa de mis padres y paseaba a Lipa, siempre me juntaba con María Luisa. Ella llevaba puesto su

uniforme de asistenta interna. Y yo todo el rato pensaba: ¿cómo ha terminado esta mujer asturiana en este barrio tan soporífero? Aunque la pregunta real era: ¿cómo ha podido una persona blanca dejar su vida en Asturias durante veinte años e ir a vivir a casa de otra gente blanca para limpiarles la casa, cuidar de sus hijos (y ahora, sin duda, también de los nietos), sacarles al perro y plancharles la ropa? No había día que María Luisa no me contara intimidades de los dueños de la casa. De sus jefes. «No veas cómo le gusta a Toby subirse en la cama de sus dueños. Luego duermen con todas las sábanas abarrotadas de pelos. Cada vez que les hago la cama por la mañana pienso: "Menudo asco"». El otro día, sin embargo, mi percepción sobre María Luisa cambió. Nada en su cara reflejaba que estuviera mal. Es más, se la veía resplandeciente y pensé: «Mírala a la María Luisa, qué bien se lo ha montado en casa de esta gente, dándose un paseo con el perro a las doce del mediodía un lunes».

Mi novio ha llevado a Tapón a correr a una zona con un césped verde y mullido que hay en el barrio de mis padres. Cuando ha vuelto, me ha contado que ha estado charlando con una mujer y su asistenta. «¿Cómo sabías que era su asistenta?». «Bueno, era una mujer latina vestida con el típico uniforme». Resulta obvio. «La cosa está en que la mujer, la jefa, tenía el brazo escayolado y entonces era la asistenta la que llevaba la correa del perro y la que le tiraba la pelota. La verdad es que parecía estar divirtiéndose bastante». «¿La asistenta o el perro?». «La asistenta. Estaba gozando». Las asistentas paseando a perros son la traducción al mundo perruno del «bebé blanco y mujer latina».

Una amiga que me eché en pilates para embarazadas me ha preguntado: «¿Me recomiendas a tu chica de la limpieza? Es que a la nuestra la hemos tenido que despedir porque el otro día me corrigió cómo sujetar al bebé». Y lo primero que se me ha pasado por la cabeza ha sido: «Normal, es que lo llevas siempre con la cabeza descuajeringada». Aun así, lo único que le he contestado ha sido: «No te puedo recomendar a la mía porque no te puedo asegurar que ella no vaya a corregirte también».

Siempre se ha dicho que las españolas fuera de España somos las mujeres de la limpieza de Europa. Yo estuve un año cuidando en San Francisco a los hijos de un indio y una francesa que trabajaban en Silicon Valley. Los niños eran estúpidos, pero los padres también. No me pagaban nada mal, trabajaba pocas horas y el acuerdo era que yo me ceñía a cuidar de sus hijos: despertarlos, darles el desayuno, ayudarlos a que se vistieran, prepararles el almuerzo y llevarlos a la parada del autobús. Hasta que la madre poco a poco fue comiéndome terreno porque, claro, Francia está por encima de España en el mapa, lo que podría suponer que, en la jerarquía de las mujeres de la limpieza de Europa, yo estaba por debajo y, por tanto, también dentro de ese marco laboral no escrito. Así que un poquito por aquí, otro poquito por allá, la francesa empezó: «Oh, Sol, can you please empty the dishwasher? Soleil, oh, can I call you Soleil? I miss my country so much... Soleil can you please clean up the living room? We've got a guest tonight and I won't have time to do it».

Estuve haciendo todo lo que me pedía hasta que un día la ira empezó a devorarme. «Cleaning is not our deal». «Oh, oui, Sol, of course... of course. Do you want to be our cleaning lady as well? We can pay you 25 bucks per hour». Fue la primera vez que me pagaron por mi trabajo como limpiadora, y, la verdad, no estuvo nada mal. La

madre francesa creía que una parte de mí se sentía humillada por limpiarle la casa, pero ella no sabía que prefería limpiarle el váter a servirle una sopa de cebolla en un bistró. Aunque, al final, la situación era la que era: yo, su limpiadora española, y ella, la persona que me pagaba.

El otro día, ordenando el último cajón de mi armario, donde tengo cosas tan dispares como una polla de plástico de la despedida de soltera de mi amiga Elena, mis diarios de cuando era pequeña, tote bags amontonadas y las cajas del iPhone y del iPad, encontré un sobre en el que había una foto de la familia de Silicon Valley, en cuya parte trasera ponía: «We will miss you, sunny Sol», escrito con recortes de letras de alguna revista. *We will miss our Spanish cleaning lady*.

Mi amiga Belén lo ha dejado con su novio, llevaban juntos siete años. Está triste, pero también enfadada o despechada, no lo sé muy bien. La verdad es que uno de los marrones de separarse cuando vives en pareja, sobre todo en una ciudad grande donde el alquiler cuesta un ojo de la cara, es la logística de la vivienda. Y Belén tiene que encontrar un piso nuevo donde vivir. Creo que eso es lo que más le enfada. Aunque, en realidad, lo único que me transmite con furia es: «Yo solo le pido una cosa al próximo tío con el que esté: que, por favor, no deje la toalla mojada encima de la cama».

Mi novio es un manitas. Una amiga guapísima y enrolladísima de nuestra vecina Isa, con la que cenamos el invierno pasado, cuando todavía no existía la bebé, lo miró muy seria después de haber estado observándolo durante toda la noche y le dijo: «Eres totalmente *husband material*». Mi tía siempre me lo recuerda: «No

sabes la pasta que te ahorras con un novio como él». Mi novio lo arregla todo: todo lo toquetea, lo mueve, le cambia las piezas, para arriba, para abajo, esto, lo otro, aquello. Nada se le resiste: fontanería, carpintería, electrónica, electrodomésticos, motores, ventanas. Cada vez que vamos a casa de alguien, le arregla algo. Su debilidad son, cómo no, las aspiradoras: ya ha arreglado la nuestra, la de mis padres y la de mi abuela. Las desmonta, les quita el filtro y lo lava todo a la perfección. Siempre deja secando las piezas por separado en alguna ventana en la que dé el sol. A veces siento celos por las malditas aspiradoras, por el mimo con que las agarra, por su capacidad para entender su funcionamiento y por el tiempo que invierte en tratar de saber lo que les puede estar pasando en vez de pagar a alguien para que las arregle. Y, por qué no decirlo, me encantaría ser una de esas piezas que pone en la ventana en el último paso, que me dejara secando en el alféizar, con cariño, calentándome al sol.

Hace un par de meses fuimos con la bebé a Barcelona a casa de mis amigos Ana y Julián, pero Julián estaba fuera, en Alemania. Tienen dos gatos que sueltan una cantidad de pelo ingente, por lo que Ana se disculpó: «Perdón por el pelo. Tenemos el aspirador roto». Mi novio arqueó las cejas. Vi cómo se le iluminaban los ojos ante la posibilidad de que mi amiga Ana, que es bella bellísima y encantadora encantadorísima, lo pudiera ver en acción. Le llevó un tiempo desmontarla, se le resistió un poco. Ana y yo casi ni nos dimos cuenta porque estábamos de charleta en el salón. Hubo un momento en que también oí unos golpes de martillo, pero pensé que formaban parte de la *performance* de la aspiradora. A la hora, apareció aspirando la casa, haciéndonos una demostración del poderío de aspirado: «Os la he dejado como nueva». Ana, que también es cariñosa cariñosísima, fue corriendo a darle un achuchón

quedándose un poco colgada de su cuello. «Ah, también os he arreglado la puerta, que se os estaba despegando la madera. Le he puesto tres clavos. Uno, dos y tres», dice señalándolos con el dedo.

A la semana siguiente, mientras pensaba los menús, hacía la compra y cocinaba, me llegó un wasap de Julián que decía: «Parece que por fin ha habido un hombre en esta casa, arreglando la aspiradora y haciendo cosas de hombres. Cuando volví de Alemania, Ana estaba en plan: "Oh, eso es tener un hombre en casa"». Sentí varias cosas a la vez: ¿cómo puede ser que los demás perciban a mi novio de una manera tan distinta a la mía?, ¿cómo puede montárselo tan bien como para ser considerado *husband material*? Cuando la amiga de nuestra vecina Isa le dijo que él lo era, mi novio respondió: «¿Y eso qué quiere decir?». Y ella fue rápida y contundente en su respuesta (tenía unas ganas terribles de tirárselo, no pasa nada, se le veía a la legua): «Pues, chico: quieres ser padre, sabes arreglar cualquier cosa de la casa, tienes trabajo y, por lo que veo, unas manos grandes».

Y ahí me di cuenta de lo poco que pedía ella, y de lo mucho que (al parecer, aunque a mí no me lo parezca en absoluto) le pido yo. Creo que por eso hace tiempo que sucede algo en nuestra relación: la necesidad constante de ir apuntando en una libretita imaginaria qué hace y no hace cada uno. No siempre ha sido así, supongo que es algo que ha ido surgiendo con los años. Cada uno hace lo que le toca, nadie quiere hacer de más (o, por lo menos, no sentir que hace más que el otro), de ahí que exista la maldita libretita. La limpieza se ha convertido en una nota menos que apuntar porque DOS mujeres latinoamericanas ya lo hacen por nosotros.

Esa noche, después de estar en casa de la vecina, pude ver que mi novio estaba henchido de autoestima, cachondo perdido por lo que le habían dicho; en su cabeza retumbaban las palabras «manos

grandes, arreglar, dinero». Andaba como una moto. A mí la verdad es que me estaba resultando gracioso, me enternecía verlo en su faceta más primitiva. Era obvio que tenía ganas de que se la chupara porque eso implicaba llegar al culmen de su momento primate total. Me lo propuso al oído y no me pareció mal plan. Tenía ganas de hacerlo, pero saqué la libretita imaginaria y le dije: «Hace mucho que no me lo chupas tú a mí, ¿no?».

Cuando tengo mucha ansiedad porque siento que no termino de aprovechar la vida como se espera que lo haga, se me dispara la cabeza. Siempre he vivido con el miedo a volverme loca o a acabar suicidándome. En la familia de mi padre hay dos personas locas oficiales y el hermano de mi madre se suicidó. Esas tres personas hacen que yo, por herencia, crea que tengo las mismas papeletas. El año pasado me fui de vacaciones a Denia con mi tía. Una mañana me puse a pelar una manzana en la cocina y, mientras miraba la hoja del cuchillo atravesar la piel de la manzana, sentí el impulso de clavarme el cuchillo en el centro del pecho. En ese momento, mi tía entró en la cocina a hacerse su café de las 11:30 y le dije: «No te lo vas a creer. Ahora mismo estaba pensando en clavarme el cuchillo». «¿Y eso?». «Joder, tengo muchísima ansiedad y muchísimo miedo de clavármelo. Pero, sobre todo, mucho miedo de estar loca». «¿Cómo vas a estar loca?». «¡¡Pues porque nuestra familia está llena de locos!! Es obvio que yo entonces tengo muchas posibilidades de estarlo también». «No te equivoques, tienes más probabilidades de ser millonaria que de estar loca». En los últimos años, a tres personas de la familia de mi madre les ha tocado la lotería y otras dos eran ya ricas sin que les hubiera tocado nada. Quizá, por estadística, mi tía tenía razón, y eso me consoló durante un rato. A mi abuela, sin embargo, le pasa lo contrario que a mí: siente que ha aprovechado tanto su vida que no puede soportar que algo limite lo que le queda de existencia lo más mínimo.

Tengo cinco llamadas perdidas suyas. Cuando lo veo, la llamo, pero no contesta. Vuelvo a hacerlo. Responde en el penúltimo tono. Se hace de rogar. «Abuela, ¿qué pasa?». «¡¡Esta es una idiota!! —me grita—. No la soporto, me enferma verla por casa, ¡camina arrastrando los pies! Se pasa tosiendo la noche entera, se le cae el pelo, hay mechones suyos por todo el pasillo. Habla horas y horas por teléfono, "los extraño, los extraño", ¡todo el maldito día!». La noto colérica, las palabras le queman el paladar al salir por la boca, sé que tiene los dedos tensos como garras mientras habla conmigo por teléfono. No puede soportar compartir su intimidad, la voz de otra persona asomar por el marco de la puerta. «No hace las cosas que la digo, ni como yo la explico que lo haga. Ya la he tenido que comprar dos uniformes porque los rompe, los destroza. No sé qué leches hace con ellos. La voy a poner de patitas en la calle. ¡La odio! ¡No la soporto! Todo el rato quiere venir a hablarme, a entretenerme. ¿Esta se cree que yo necesito entretenimiento? ¿Acaso no ha visto lo bien que estoy? La digo: cocine, limpie, métase en su habitación. No soy una abuelita vieja a la que cuidar, soy una señora mayor a la que hacerle la casa. Yo no llevo andador, todos los dientes son míos, oigo a la perfección, veo igual de bien que un lince y no me tiembla el pulso». Se queda callada unos segundos. «La digo que me vaya a comprar tabaco y no quiere la muy cabrita. "Que no le hace bien, señora", me dice. Ya sabré yo lo que me hace bien y lo que me hace mal. Llevo fumando casi setenta años, por Diiiiiiossss». Noto el calor de sus vísceras flotando en lava. Le gustaría llorar del dolor, de la rabia que le inunda, pero ni ella misma sabe lo que *la* pasa. No soporta el acompañamiento, la presencia ajena no elegida. La vejez. El quedarse sin tabaco. El que no *la* dejen comprar tabaco. El que *la* digan qué tiene que hacer, qué tiene que comer. No soporta tratar bien a Jéssica; no puede, es

incapaz de hacerlo. «Abuela, ¿ha pasado algo en concreto?». No me contesta, solo escucho su respiración fuerte, el pitido que sale de sus pulmones de fumadora empedernida.

Cuando empecé a salir con mi novio, él vivía en una casa cochambrosa que compartía con una chica que conoció en Blablacar, Rebeca. A Rebeca siempre le olía el aliento a ajo de una manera descomunal, como si sus dientes, en vez de ser dientes como los del resto de los mortales, fueran de ajo. A mí no me gustaba nada ir a su casa, no solo por Rebeca, sino porque tenía una cama viejísima de noventa y se nos clavaban los muelles. Así que decidimos hacer una cosa poco higiénica: buscar camas en Wallapop. Fuimos a ver una en Chamberí; «es un barrio bueno, seguro que la cama está en buen estado». La casa era lúgubre y daba la sensación de que una bandada de murciélagos iba a venir a agarrarnos del pelo y a tirar con fuerza de él. Atravesamos el pasillo hasta llegar a la habitación: «Pues este es el colchón». Tenía unas manchas marrones de sudor descomunales. Yo tragué fuerte. ¿Qué pensaría mi madre si me viera ahí, de pie, frente a ese colchón ajeno? El tipo nos llevó al salón para hablar sobre el colchón. «Tiene tres años, aunque apenas hemos dormido en él, lo tenemos para las visitas. Está, como habéis visto, casi nuevo». Empecé a mirar a mi alrededor, el salón estaba lleno de ropa tendida por todas partes: en los respaldos de las sillas, en los marcos de las puertas, encima de la tele, sobre la mesa del comedor... Sin embargo, lo que más me llamó la atención fueron todos los tangas de encaje colgados de los radiadores. Supongo que se les habría roto el tendedero. O, a lo mejor, era su manera habitual de secar la ropa, empantanando todo el salón. Me dio mucha grima estar dentro de aquella intimidad, pero también algo de subidón por

la sordidez ajena. Por eso mismo, siempre intento que los días que Emily y Diana vienen a limpiar a casa no haya ropa tendida: me da vergüenza que vean mis bragas colgando porque es como si me retuvieran bocabajo y mis entrañas quedaran al descubierto. Y eso, sin nombrar la mancha marrón que atraviesa nuestro colchón, parecida a un test de Rorschach. Cada martes, mientras las veo cambiar las sábanas, pienso: ¿se regocijará Diana al ver nuestra mancha en el colchón? En plan: «Emily, mija, hay que ver lo que suda esta gente, parece que les salga barro de la piel».

Por orden, siendo lo primero lo que más me gusta hacer:

- fregar los platos
- pasar la aspiradora
- fregar el suelo
- quitar el polvo
- limpiar la mampara del baño
- llenar el cubo de la fregona
- vaciar el cubo de la fregona
- tender
- destender

Los vecinos de mi vecina son una pareja de modernos tatuados. En cuanto se hace de noche, se los ve a la perfección en su cocina, que es pequeña y estrecha como una lata de sardinas. No me puedo resistir: cada noche me gusta mirarlos un poquito. Creo que en mi familia existe la tradición de espiar al de enfrente. Somos una especie de mezcla entre mirones románticos y viejas del visillo. ¿Será la simple fantasía de imaginar algo sobre la vida de los demás? Cuando de pequeña iba a casa de mis primos el fin de semana, nos apelotonábamos en la ventana a las 16:00 para ver al vecino hacer caca. Contemplábamos todo el proceso: el tipo entraba al baño, se ponía a espaldas del váter, se desabrochaba el cinturón, luego el botón, se bajaba el pantalón y se sentaba. En cuanto lo hacía, solo le veíamos de costillas para arriba. Siempre dejaba caer la cabeza, leyendo alguna revista, probablemente *Jara y sedal*. Cuando terminaba, hacía una leve torsión para cortar el papel higiénico. Aunque no lo veíamos manipularlo, intuíamos que estaba cortando los cuadrados para luego doblarlos. Entonces se inclinaba hacia delante y el brazo izquierdo se le perdía por la espalda. Repetía ese movimiento unas cuatro veces. Se levantaba, se ponía el pantalón, se cerraba el botón, se subía la cremallera, se ataba el cinturón, tiraba de la cadena, giraba el tronco y desaparecía. Nunca, nunca, pero que nunca se lavaba las manos. Aquel ritual, tanto el del vecino de hacer caca como el nuestro de observarlo, lo hacíamos en silencio, atentos. En cuanto salía por la puerta, nos quedábamos

relajadísimos, como recién corridos. A mi novio le pasa lo mismo: es un mirón, por eso estoy con él. «Ayer le vi las tetas a la vecina de la vecina de enfrente». «¿Y? ¿Son bonitas?». «Preciosas». Joder, qué suerte ha tenido.

Llega el verano y nosotros nos vamos de vacaciones a Mojácar a una casa que hemos alquilado quince días, por lo que le digo a Diana: «Diana, el martes que viene no hace falta que vengáis, que estaremos de viaje». Entonces se me ilumina la cara pensando en que nos vamos a ahorrar cuarenta euros. Lo que pasa es que eso, además de no ser nada feminista, es de ser una rata del tamaño de las de Nueva York. Una rata inmensa. Y yo no me puedo permitir que Diana crea que lo soy, así que le aclaro: «Os lo pagaremos de todos modos». Mi cara se ilumina de nuevo. ¡Qué buena persona soy! ¡Qué progresista! ¡Qué de izquierdas! ¿Qué me deparará la vida a cambio de este acto de buenísima fe?

Esa misma tarde quedo con mi padre para tomar algo. Quiero que vea lo buena persona que soy, lo bien que les he salido, así que le cuento esta misma historia, pero intento hacerlo de tal manera que no se me vea mucho el plumero, que no vea que quiero venderle la moto de la gran persona que soy. Entonces él me responde: «Muy bien, el mes de vacaciones que ellas se van en agosto también se lo pagarás, ¿no?». «Pues claro, papá», le digo. «No puede ser este sistema de: como te pago por horas y estos días no voy a estar, no necesito que vengas; y, como no vas a venir, no te voy a pagar esas horas». Entonces yo insisto con un «Pues claro, papá». Me da rabia si se hacen presunciones de mí que son ciertas. Por eso, en cuanto llego a casa le digo a mi novio, como si se me hubiera ocurrido a mí: «Oye, el mes de agosto, que Emily y Diana estarán de vacaciones,

les pagaremos los cinco martes aunque no vengan. Es nuestra manera de pagarles las vacaciones». «Vale», responde mi novio. Calculo cinco por cuarenta: doscientos. «Habrá que sacar doscientos euros para darles el último día que vengan en julio». Nuestra conversación se queda ahí. El dinero también se queda ahí: en nuestra cuenta corriente, porque las ratas de Nueva York son grandes, sí, pero no tanto como para ponerse de pie frente al cajero y sacar doscientos euros.

Está claro que nos gastamos ese dinero durante las vacaciones, disfrutando de succionar la carne de las patitas de una nécora o comiéndonos una fuente entera de almejas. Qué rápido se puede olvidar una propuesta, sobre todo si la puedes cambiar por el beneficio propio. Las vacaciones siempre han sido algo que le sienta bien a nuestra relación: pasamos de estar contracturados y tensos a estar blandos y calmados. Para mi novio suelen ser perfectas porque sabe que ocupan un espacio de disfrute limitado en el tiempo, ya que luego vuelve lo bueno: producir, trabajar, conducir, la gente, los actores, los jijís y los jajás del rodaje. Sé que estas vacaciones son raras para él, porque desde el permiso de paternidad no ha vuelto a pasar tanto tiempo con la bebé. A ratos la mira con extrañeza, tratando de buscar el botón de «dormir» o el de «parar llanto». Está claro que siente una frustración enorme, a pesar de que no me lo hace saber: sería dejar en evidencia su desconocimiento. Yo, sin embargo, me siento tan tranquila que soy capaz de tumbarme en la cama del apartamento con las manos entrelazadas por detrás de la nuca y disfrutar de no hacer nada.

Desde nuestra cama se ve un acantilado, una especie de sierra dentada que o bien nos amenaza o claramente nos protege. Los dos miramos obnubilados la roca que lo compone, hasta que mi novio me dice: «A veces sueño que me dejas». «¿Te refieres a una

fantasía?». «No, a una pesadilla». Y en vez de pensar en todo aquello que yo pueda estar trasladándole con mi comportamiento, durante un segundo me tranquiliza saber que su subconsciente le está dando algún que otro toquecito de atención. Le beso la punta de la nariz. Podría quedarme en este estado para siempre: tumbada, relajada. ¿Y si para lo que estoy hecha es para no hacer nada? ¿Acaso es este mi propósito en la vida? Me empieza a acariciar el brazo, una brisa de aire entra por la ventana. Me besa el hombro, el cuello, los labios. Pero me siento incapaz de continuar. Estoy dura y seca como la piedra que tengo delante, ni siquiera el oleaje moja hoy parte del acantilado. Me contraigo y me hago una bolita. No le digo que no me apetece seguir porque no quiero que se lo tome mal, tan solo desaparezco de la habitación y con una alegría desmedida le grito desde el otro lado de la casa: «¡¿Has visto que los trapos de la cocina son los mismos que los nuestros?!».

La vida sexual después de parir se convierte en un desierto tórrido que, solo estando muy desesperada, te atreverías a cruzar. La piel del otro pasa a ser una superficie más, una especie de lona que envuelve un cuerpo extraño. El contacto con el bebé es tan intenso y constante que el único deseo restante lo acapara la obsesión por dormir. Aunque ese no es el caso de unos amigos de mi novio. Cuando la bebé tenía dos meses y su bebé cuatro, fuimos a comer con ellos a un restaurante chino que hay al lado de su casa. Estábamos sentados en una mesa de esas con plato giratorio en el centro y solo recuerdo que el plato no paraba de dar vueltas, como si fuéramos animales devorando a otro animal en medio de la selva. Con muchísima ansia. Y, de la nada, con los dedos pegajosos llenos de salsa agridulce, Rubén soltó: «Pues Ana y yo hemos comprado una caja de doscientos condones». Me pareció asqueroso. De repente, sentí un empacho de polla. Con lo que me gusta a mí la

intimidad de los demás, la suya me vino grande, tan grande como una caja de doscientos condones. Miré a Ana intentando buscar su cara de socorro, pero encontré todo lo contrario: la vi inclinada sobre la mesa, con los dedos también pegajosos, llenos de esa salsa marrón que acompaña al pato laqueado, y los ojos brillantes, mirando a Rubén con absoluta devoción. Al salir del restaurante, mi novio y yo comentamos toda la comida, como hacemos siempre, analizando al resto para evitar hablar de nosotros mismos. Y los dos nos preguntábamos en bucle: «¿Y estos dos cuándo coño duermen?».

El verano nos ha dado una tregua: hemos dormido, yo no he trabajado y mi novio ha estado rodando algunos días sueltos. Creo que empezamos a acostumbrarnos a estar los tres. Ahora solo nos falta que cada uno por separado encuentre su propio lugar en el mundo. De momento, ya han pasado siete meses desde que nació la bebé. Estamos en casa de mis padres porque ellos se han ido de vacaciones y nos hemos instalado aquí para aprovechar la piscina, el jardín y el aire acondicionado. A estas alturas de la vida, la bebé duerme una siesta de dos horas por la mañana, así que le propongo a mi novio que lo hagamos. Se lo digo así: «¿Quieres hacerlo?». Al principio no sabe muy bien a qué me refiero, incluso él ha olvidado que hay algo que «se puede hacer», algo que «las parejas hacen».

Tarda un segundo en darse cuenta y entonces se desnuda a la velocidad de la luz. A mí me cuesta más, será por mi cuerpo, que desde que he parido me parece el de otra, pero cuento hasta tres y me quedo en pelotas. Estamos los dos desnudos en el salón como dos personas que se encuentran por la calle cuando, de golpe, me empieza a entrar una angustia horrible por que mis padres tengan cámaras y puedan estar viéndonos. «Espera, espera —lo corto—, ¿qué pasa si tienen cámaras y nos están viendo?». «Sol, ¿cómo van a tener cámaras si ni siquiera quieren gastar dinero en una asistenta?». Aunque parezca mentira, esta vez tampoco «lo hacemos», porque de inmediato me acuerdo de la madre de mi amiga Elena, que vio a la asistenta follar con su marido en la

encimera de la cocina a través de las cámaras que habían puesto por toda la casa, y me quedo con eso metido en el cuerpo: con el ojo ajeno, con la posibilidad de ser vista aun sabiendo que es del todo imposible. ¿Será que ese ojo ajeno en el que estoy pensando es Dios y no lo sé?

Voy a recoger a mi abuela para llevarla a la piscina de su prima Maite, que lleva *teniendo* toda la vida en casa a una pareja de filipinos: Koki, que hace el jardín y lleva el mantenimiento de la casa, y Karo, que limpia, cocina y cuida de cualquier bebé que haya en la familia. «Los bebés nos los cobra aparte», le dijo la prima Maite el día en que fue a conocer al octavo nieto. Mi abuela siente envidia por ella, sencillamente porque alberga una cantidad de ira menor dentro del cuerpo a pesar de ser de la misma familia.

Subo a casa de la abuela. Está toda en silencio. Avanzo por el pasillo con la bebé en brazos apoyada en la cadera derecha. «¿Abuela? ¿Toni?». Nadie responde, de modo que sigo avanzando por la casa. Huele a encebollado. Me asomo a la cocina y veo el encebollado en la olla. Chup, chup. Despacito. A fuego lento. Jéssica y la abuela están en la terraza, aunque hasta que no abro la puerta no consigo ver qué están haciendo. Mi abuela está sentada en una butaca de mimbre y Jéssica, en una banqueta baja, le pinta las uñas de los pies. Me saluda con un beso al aire mientras mantiene las palmas de las manos tiesas hacia arriba, dejando que se le seque el esmalte. «Hola, señora Sol», me dice Jéssica sonriéndome, como si hubiese conseguido ganarse el amor de su secuestrador. Algo así como un «por fin me quiere».

Mi abuela tiene cada dedito del pie separado con esa cosa rosa que se usa en pedicura para que un dedo no manchurree al otro. Le miro de cerca los dedos de las manos; los tiene pintados a pegotes,

la peor manicura que he visto en mi vida. «Cuando quiera, le hago a usted también: 10 euros *pedicure*, 5 euros *manicure*». Toni sonríe al ver pronunciar a Jéssica *manicura* y *pedicura* en algo que no sé si es inglés o francés. «A tu madre se las hizo el otro día. La cabrita de ella, en vez de darle 15 euros, le dio 10. Como siempre, todo le parece caro».

Me siento en la otra butaca de mimbre y me saco la teta para darle un chupito a la bebé porque hace mucho calor. Puedo ver cómo Jéssica me mira la teta de reojo hasta que decide hablar. «Yo no pude dar el seno porque mi leche estaba mala. Eso me dijeron en el hospital. ¿Puede estar mala una leche de seno?». El *seno* me despista durante unos segundos. Mi abuela se ríe en silencio. La bebé chupa y chupa y chupa. «¿Hasta cuándo la vas a dar, hija? Siempre con la niña ahí colgada de la teta, con lo tierno que es un bebé comiendo de un biberón». «Bueno, ¿qué? ¿Estamos listas para ir a casa de la prima o no?», digo sin responder a su pregunta.

Toni se pasa la tarde nadando en la piscina mientras Maite la mira desde la hamaca. Disfruta pavoneándose delante de ella porque Maite ni siquiera puede meterse sola en la piscina, la tienen que ayudar Koki o Karo. Mi abuela flota bocarriba, dejando al descubierto sus uñitas rojas, como semillas de granada en remojo, mientras repasa mentalmente todas y cada una de las partes del cuerpo que le funcionan a la perfección. Mira las tres nubes que están por venir: tres nubes sueltas y espesas que le recuerdan al postre de merengue que hacían en el Maison y se llamaba Everest. Mi abuelo Toni fue quien eligió el nombre y, durante un momento, ese recuerdo hace que mi abuela sienta en un lugar justo entre las costillas y el corazón una dosis de algo parecido al amor.

Mientras nos despedimos de Maite, Koki y Karo también vienen corriendo a la puerta a decirnos adiós, dándole besos a la bebé,

cogiéndole la mano como si la bendijeran. Ya en el coche, mi abuela me dice: «¿Sabes que yo acompañé a la prima Maite a elegir a Koki y a Karo? Fue en un piso gigantesco en la calle Velázquez, una agencia que se dedicaba solo al servicio filipino, que supongo que ya sabes que es el mejor. Pues mira, desde ese día, cuatro mil euros al mes la cuestan a Maite estos dos y llevan veintiséis años en su casa. Hala, ya puedes echar cuentas», me dice frotando las yemas de los dedos como diciendo «mucho dinerito».

Miro durante un rato las fotos de perfil de WhatsApp de mis contactos. Veo que Diana ha cambiado la suya y se ha puesto una en la playa. Aparece como una sirena, sentada en una roca, con el pelo suelto, los labios pintados y un pañuelo cubriéndole los hombros. Está guapa. Está de vacaciones. En un momento dado pensé que no se iban a ir porque su tío tuvo un accidente y Emily me dijo que a lo mejor tenían que quedarse en Madrid cuidándolo. «Vaya, Emily. ¿Tu tío no tiene hijos que le puedan echar una mano?». «Sí, tiene hijos, pero son varones y no lo pueden cuidar. Seguramente le vayamos mi madre y yo». Cuánto me alegro de que al tío le hayan dado boleto, hayan preparado las maletas y se hayan pirado a la playa.

Vamos a cenar a casa de la madre de Rita, que vive en un chalé en la sierra de Madrid. Es una casa enorme, laberíntica, con un jardín lleno de árboles frutales. Su madre vive ahí sola, tiene setenta y ocho años y se desplaza por la casa como una pluma. Está delgada, tiene el pelo rubio, impecable, atado atrás con una horquilla recubierta por una fila de perlas. A mi novio lo saluda con mucho

cariño, como hacen casi todas las mujeres siempre que lo vuelven a ver pasado un tiempo. A la madre de Rita le habría gustado que Rita se hubiera enrollado con mi novio en vez de con Pablo, que le parece un plasta de manual porque habla demasiado. Pablo es capaz de seguir con una conversación que dejó a medias un año antes pese a que a Rita parece darle igual, en gran medida porque apenas se ven y le viene bien para la logística del día a día con la niña. Con lo de hablar es muy fácil porque ella sigue la siguiente técnica: no escucharlo jamás.

Pasamos la tarde en la piscina, bañándonos con la bebé y con Cati, que ya tiene cinco años. En los momentos en los que el agotamiento de criar a un bebé me sobrepasan, me digo, intentando calmarme: «Algún día tendrá cinco años, dormirás, estarás tranquila, todo será mejor». Luego veo a Cati moverse sin parar y me entra el pánico pensando que el descanso no llegará nunca, porque algún día la bebé tendrá dieciséis o diecisiete años y querrá salir de fiesta. Y ese será el verdadero momento en el que dejaré de dormir. Sobre todo, si le da por hacer lo mismo que hacíamos su padre y yo. Conocer los monstruos de la noche es casi peor que vivir en la inopia.

Salimos de la piscina, me muero por una cerveza. Mi novio y Pablo secan a las niñas mientras Rita y yo nos metemos en la cocina a preparar la comida. Rita me encarga calentar unos molletes de Antequera que han comprado en su camino de vuelta de vacaciones mientras ella emplata el jamón y el queso y cocina la chistorra. De reojo, veo cómo en un platito, un plato más pequeño que un plato de postre, va dejando tres trocitos de cada cosa: tres trozos de queso, tres de jamón y tres de chistorra. «Para mi madre, que no cenará con nosotros en el jardín». Sonrío. Me conmueven las proporciones, la delicadeza del plato.

Sentados en la mesa, la distribución es la siguiente: a un lado, nosotras con las niñas; al otro lado, ellos, los padres. Eres superfeminista y súper de izquierdas, pero te ves sentada en la mesa siempre cerca de los niños y ellos siempre lejos, por inercia, como si los cuerpos se movieran solos al sitio que saben que les corresponde. Rita no le da la mayor importancia porque su Cati es casi autosuficiente, pero ese no es mi caso; la trona queda bien pegada a mí en vez de quedar bien pegada a su padre, que brinda con una jarra de cerveza con Pablo mientras les saca la lengua a la bebé y a Cati.

La madre de Rita sale a saludarnos; así, en plan anfitriona. Quiere cerciorarse de que estamos todos bien, ponerle una mano en el hombro a mi novio en el momento en que sabe que su yerno la mira y entonces ella mirar hacia otro lado. Pobre Pablo. «Mamá, este es tu plato», le dice Rita sonriente. La madre lo mira de refilón. El silencio se come el jardín durante unos segundos. «Ah, mira, parece el plato de la asistenta», dice la madre dejando caer las palabras como si juntándolas todas pudieran formar un poema.

Cuando volvemos a casa, le digo a mi novio que es el último día que me siento al lado de la bebé mientras estamos comiendo, que a ver si mueve el culo la próxima vez. «¡Habérmelo pedido!, si yo no tengo problema en sentarme al lado de la niña». Y ahí sucede algo horroroso, algo que lo deja todo medio podrido: la mezcla de la simple propuesta de que mi hija me envenena, un «hay que ver cuánto te molesta sentarte al lado de tu propia hija» mezclado con un toque de atención: «Si es que lo que necesito es que me pidas las cosas: si tú me pides, yo hago; pero, si no me lo pides, no me entero».

Está por venir una de las noches más sofocantes del verano. El aire dentro de casa es denso y la pasta de dientes parece que se haya pasado el día metida en el horno. La bebé llora de sueño, hambre y sed. Tapón llora de sed, pis y calor. Mi novio llora de cansancio, sueño y hambre. Y yo lloro de calor, aburrimiento y sueño. Me asomo por la ventana de la cocina esperando encontrar a la vecina de enfrente muerta de calor, asada en su salón, en bragas, mojando varias galletas en un bol de leche. Pero no está, se ha ido de vacaciones y no sabemos cuándo volverá. Su vecino de abajo, sin embargo, sí que está. Echo la vista atrás y me doy cuenta de que, desde el 21 de junio, el vecino de abajo de la vecina de enfrente ha dejado de usar ropa porque se pasa el día en calzoncillos.

Lo observo con gusto, se le nota la piel pegajosa y la nuca empapada en sudor. Abre la nevera y se queda un rato mirando las cuatro cosas que tiene: queso, huevos, tomates y natillas. El frescor del frigo lo alivia unos minutos, poniéndole incluso la piel de gallina. Se toca el paquete, moviéndoselo de medio lado. Me pregunto si le está poniendo cachondo el frío de la nevera. Prepara una tortilla francesa con atún; un poco mal hecha, se le pega porque se impacienta y echa los huevos batidos antes de que la sartén esté caliente. Se come la tortilla espachurrada con atún. Eso y media barra de pan. Vuelve a tener la nuca sudada. Cuando termina de comer, escurre el culo hasta el borde de la silla. No mira el móvil, no pone la tele, no escucha música. Simplemente, se deshace por el calor. Me gustaría gritarle: «¡¡Dime en qué estás pensando!!». Se vuelve a tocar el paquete. «Madre mía —pienso—, ¿se va a hacer una paja? Ojalá». Pero, por sorpresa, desaparece. «¿Dónde estás? ¿Adónde has ido?». Abro mi nevera para aliviarme un poco. Me quedo ahí hasta que llega mi novio y me dice que la cierre, que la nevera no es un refugio climático. «¿Cómo que no? ¡Ahí viene!», le

digo a mi novio. «Míralo —me dice—, acaba de hacer pis fijo». «¿Por qué?», le pregunto. «Mira, mira la gotita de pis en el calzoncillo». Así es. A pesar de la distancia, le veo a la perfección una gota en el centro del paquete. «¡Hay que sacudírsela mejor!», grita mi novio desde el fondo del pasillo con la férula de descarga ya puesta.

Después de comer, mis padres están tan tranquilos en el salón viendo una película con el aire acondicionado a todo meter cuando, de repente, suena el teléfono de mi madre. «Es Jéssica». «Contesta, a ver si le va a haber pasado algo a Toni», le dice mi padre al ver que mi madre no reacciona. «¿Sí? Dime, Jéssica». «Hola, señora. Discúlpeme que la llame, es que me duele mucho el corazón». Mi madre arquea las cejas. «¿El corazón?». «Sí, señora. No sé qué me pasa, me encuentro muy mal. Muy muy mal. Ando aquí, en El Corte Inglés de Manoteras, señora. No la quiero molestar. Aunque... el corazón. Me duele mucho. ¿Usted cree que podría venir a buscarme?». «¿A Manoteras?», le pregunta mi madre. «¿Tan mal te encuentras como para que vaya hasta Manoteras?». Jéssica se queda callada. «Bueno, pues espérame en alguna de las salidas. Voy para allá». Mi madre se mira las uñas al colgar; se examina los pegotes de esmalte de los dedos gordos y piensa en lo mal que hace la manicura Jéssica, pero no lo dice. «Voy a buscar a Jéssica a El Corte Inglés de Manoteras. Dice que se encuentra muy mal. ¿Qué se le ha perdido a esta en Manoteras? Madre mía. Ya verás ahora para encontrarla en El Corte Inglés, que encima tendrá tropecientas salidas distintas». Mi madre conduce hasta allí. No llama a mi abuela. No llama a mi tía. Tampoco me llama a mí.

La encuentra con facilidad, sentada en una parada de autobús que hay en la entrada principal. Tiene los ojos rojos y parece que se

haya encogido, como si su cuerpo fuera una versión más pequeña de la habitual. Se sube al coche y, en cuanto se sienta, se toca el corazón en silencio. «Te llevo a Urgencias, no vaya a ser que...». Ya en el hospital, mi madre habla por ella en todos los mostradores y camina un metro por delante. Compra en la máquina un paquete de chocolatinas para ella y una botella de agua para Jéssica. «Toma, bebe, que se te ven los labios secos. Espérate un poco aquí, que me hago pis». Jéssica se ha quedado muda desde que ha subido al coche. A mi madre le pone medio nerviosa, medio triste, medio mosqueada el estar un domingo en Urgencias. Resopla un poco en cuanto ve la sala de espera llena. No corre el aire, la gente suda y huele a sobaco.

«Jéssica Ramírez», dice la médico después de dos horas. Mi madre se levanta y pasa con ella a la consulta. La médico la examina: corazón, garganta, espalda, oídos, vista, corazón otra vez. Jéssica no llora, pero tiene los ojos empapados. A mi madre le dan medio ganas de llorar, medio ganas de abrazarla, medio ganas de irse a casa. «Jéssica, parece que ha tenido usted un ataque de pánico. ¿Había sufrido taquicardia alguna otra vez?». Se encoge de hombros como diciendo: «¿Qué es taquicardia?». Se sigue encontrando a morir. Manoteras no estaba lo bastante lejos. Ella quería escapar de mi abuela, volar a Honduras en su día libre, ver a su hija, abrazarla, acariciarle la piel. «¿Has comprado algo en El Corte Inglés?», le pregunta mi madre en el coche de camino a casa de mi abuela.

Mi madre ha aparecido por casa sin avisar. Le he dicho muchas veces que no lo haga, pero no puede controlarse, «es que de la nada me posee una necesidad tremenda de ver a mi nieta. Es como que no soy consciente y me veo metida en el coche con las manos pegadas al volante, conduciendo hacia tu casa y, como por arte de magia, paso de estar sentada en mi sofá a estar llamando al timbre en tu portal. ¿No te parece increíble? Espera, que me hago pis». En cuanto sale del baño, escucho sus pasos por la casa, examinando las habitaciones antes de volver al salón. «Qué limpio está todo, ¿no? Yo me estoy pegando una paliza en casa que no veas. Estoy limpiando todo lo que no ha limpiado Roxana en estos quince años. Un día podrías dejar a la bebé con su padre y venirte a echarme una mano. Te pago un dinerillo, claro.»

Al instante cambia sutilmente de tema, como quien no quiere la cosa, y toma a la bebé en brazos para sentarse con ella encima en el sofá; le encanta que mi hija se parezca tanto a mí y no a mi novio, como si nuestros genes tuvieran mucho más poderío. «¿Sabes que para los bebés es más importante la abuela materna que la paterna? Me lo ha dicho Ceci, que su hija lleva a la nieta a un colegio Waldorf y sabe mucho de esto». A veces creemos en lo que nos da la gana porque casi siempre creemos en lo que más nos conviene. «El otro día tuve que llevar a Jéssica a Urgencias, ¿te lo ha contado la abuela? Le dio un parraque en El Corte Inglés de Manoteras. Es una buena chica, pero es blanda para estar al lado de la abuela, eso lo

sabes, ¿no?». Me pregunto desde cuándo mi abuela es un tigre que se come a otros animales a pedazos. «El otro día me dijo que había visto el documental de *La tata* en Netflix y que creía que lo que en realidad necesita es que la cuide un chico, pero ya le he dicho que, uno: en *La tata* es el nieto quien la cuida; y dos: no hay hombres para este trabajo. No sé si parece nueva o qué», dice mi madre al aire, indignada. La bebé se retuerce llorando un poco. Un poquito de nada. Mi madre empieza a inquietarse. Mira la hora en el móvil. «Uy, si ya casi me tengo que ir. ¿Tienes una cerveza?». Enseguida me la devuelve para irse a la nevera y pillar un botellín. Al cerrar la puerta, se queda mirando el edificio de enfrente. «¿Qué tiene esa gente colgando en el balcón?». «Ah, es la vecina de enfrente, son todos los trapos de la limpieza. Los deja ahí amontonados». «¿Ves? En eso echo de menos a Roxana. Qué ordenadita era. ¿Crees que volverá? No es que yo quiera, pero a veces me lo pregunto».

A mi madre le gustaría que tuviera un trabajo increíble, uno del que presumir con sus amigos. Pero, al mismo tiempo, no le da pudor pagarme por limpiar su casa, porque, al fin y al cabo, lo que más quiere por encima de todo es lo que mejor le venga a ella. Y ahí estoy, tres días después de haber cedido a su propuesta, de pie en su cocina, leyendo el pósit que me ha dejado con las tareas mientras abro un paquete de guantes. Me deja una lista porque, como la mayoría de las personas, prefiere no cruzarse con la mujer de la limpieza, así que aprovecha para salir a hacer unos recados. Por mucho que parezca que tiene la descarada capacidad (igual que la que tenía Jan) de cambiarme fácilmente de registro (de hija a asistenta y de asistenta a hija), algo dentro de ella, algo parecido al tamaño de una mosca, le recuerda que, ante todo, es mi madre. Por eso mismo prefiere no verme limpiando, sino ver directamente el resultado: una casa limpia y ordenada, como si fuera un *render* de una inmobiliaria, una casa lista para vender al mejor postor. Por supuesto, ese día no le diré a mi novio que les he estado limpiando la casa a mis padres, y mucho menos que mi madre me ha pagado por ello. Ella tampoco se lo contará a mi padre. Así que, sin saberlo, habremos creado un secreto entre las dos, un secreto lleno de pinchos, como un erizo escondido en la orilla que, como lo pises, no veas cómo duele.

Doy un paseo con Tapón y me encuentro con Catalina y su marido, Amín. Catalina y yo vamos juntas a clase de pintura en el centro cultural del barrio, pero ya nos conocíamos de sacar al perro. En los primeros meses de Tapón en casa, cuando mi novio lo bajaba, siempre volvía a casa contándome que había estado con un hombre rumano muy simpático que le decía (mi novio imitaba su acento, en teoría, rumano): «Me gusta tu galgo. Galgo bueno. Porque galgos, si no les gusta las personas, les gusta los perros, y si no les gusta los perros, les gusta las personas. ¡Y tu galgo le gusta todo!». Un día dijimos que íbamos a dejar de llamarlo «el rumano», que era mejor preguntarle su nombre. Mientras tanto, podríamos llamarlo «el pintor», porque siempre va vestido de blanco con su ropa de trabajo toda manchada. Un día, en clase de pintura (Catalina solo pinta cuadros de sus perros de manera compulsiva), le pregunté cómo se llamaba su marido. «Amín». «Oh, qué nombre tan bonito». «Sí. Es sirio, pero lleva en Madrid muchos años. Lo conocí en una ONG en la que trabajo los fines de semana. Mira qué guapos he pintado a mis perritos». Me asomé a ver su cuadro; parecían pintados por un niño de cinco años, pero tenían su gracia. La verdad es que, cada vez que me encuentro con ellos por el barrio, intento no acariciarlos porque son peludos y malolientes. Pero ellos los quieren. Claro, son sus perros.

Otro día, de camino a casa de Rita, me cruzo con Catalina y Amín. «Vamos a Atocha, que me marcho a Cuenca a pasar una noche», dice ella contentísima. «Anda, Amín, ¡te quedas de Rodríguez!», le digo con una voz en un tono más grave. «Sí, ¡esta se va y a ver quién limpia la casa *mañiana*!». Los dos se ríen con la boca muy abierta, durante un momento solo puedo ver dientes. Se despiden con la mano mientras yo me quedo ahí de pie, pasmada,

mirándolos. Se giran. Catalina le acaricia el hombro y le dice: «Cuando vuelva, la limpio».

Quedo con una amiga de toda la vida a la que hace mucho que no veo y todavía no conoce a la bebé. Nos encontramos en casa de sus padres, en El Viso, que están de vacaciones. En cuanto se abre la puerta automática, veo a un montón de *mamis* en el jardín, bordeando la piscina. Existe una gran diferencia entre *mamis* y *madres*; y ellas son claramente *mamis*. *Mamis* rubias, además. Durante un momento pienso en si no he vestido a la bebé lo bastante mona; le he puesto una camiseta de dinosaurios heredada del hijo de unos amigos de mi novio, con una braguilla roja que le regaló Toni. Me acerco un poco más, sonriendo muchísimo, queriendo aparentar un posparto increíble, que me vean ligera y delgada porque en estos círculos el físico es primordial, o sea, la delgadez.

Mi amiga se abalanza sobre nosotras, me da un abrazo largo. Me gusta porque primero me lo da a mí y luego a la bebé. La bebé sonríe como si la conociera de siempre. Creo que está impactada porque es la primera persona rubia que ve en sus cortos ocho meses de vida. «Hija, qué tipazo», me dice, dándome un cachete. Las *mamis* me miran, quieren ver ese tipazo. «Claro, es que esta es de las de teta», se dicen entre ellas. «A ver, saca a esta chiquita banana del carrito y relájate». Mi amiga es tan pija que puede permitirse hablar como le dé la gana, le encanta usar expresiones que ella considera *cools*, como «chiquita banana».

Todas llevan unos bañadores elegantísimos con volantes en la zona del escote; son de esas mujeres que cada temporada de verano se compran un bañador. Yo llevo puesto el bikini menos roñoso que tenía en el armario. «¿Quieres ir a ponerte el bañador? Te la cuidamos», me dice una *mami*. «Sí, vale». La verdad es que he salido con el bikini puesto desde casa, pero, de repente, me da vergüenza que crean que soy una paleta por haber hecho eso, así que hago como que necesito ir a cambiarme.

Cuando vuelvo del baño, veo a mi bebé gateando encima de una toalla enorme que toda entera es una bandera de España. Me llevo la mano a la boca y trato de disimular el susto. La impresión. Quiero sacar el móvil a toda costa y hacerle una foto para mandársela a mi novio. Lo intento hacer con disimulo, pero enseguida viene una *mami* a hablarme: «Yo, en cuanto parí, pedí que me trajeran un chupete, un biberón y una cerveza». Me cuesta escucharla, solo puedo pensar en cómo hacer una foto que recoja todo lo que está pasando: *las mamis*, la toalla de la bandera de España y los Bloody Marys. Hablan sin parar de lo cansado que es ser madre y trabajar a la vez, de restaurantes a los que han ido y a los que se mueren por ir, de San Sebastián (ellas no dicen Donosti) y de «Menganita tenía la típica chica en casa de toda la vida, de esas que son como de la familia, pero que al mismo tiempo se te suben a la chepa, ¿sabéis? Pues ahora resulta que los niños la quieren más a ella que a Menganita. Tías, muy duro». Todas asienten porque todas saben de lo que hablan.

De forma inesperada, una de ellas suelta: «Sol, ¿y tú a qué te dedicas?». Mi amiga me aprieta un poco la mano porque sabe que es una pregunta que podría llegar a hacer que me inmole. En estos círculos de *mamis* no está bien visto ser solo una madre. Me pongo nerviosa como cuando tenía que contestar delante de todos los

compañeros del colegio. Antes de responder, pienso en los guantes de fregar que me puse el otro día en casa de mi madre. Eran de flores. «Te he comprado estos para salir un poco de los típicos amarillos, ¿no me digas que no son monísimos?». Me detengo en todos esos ojos grandes, resplandecientes, de pestañas curvas perfectas, y decido contestar: «Soy limpiadora». Se hace un silencio tan grande que parece que vaticine el fin del mundo. «¡Es broma! Trabajo en el mundo del arte. Bueno, y del cine a veces también». Todas se ríen, aliviadas; incluso mi amiga, a quien se le había puesto la mandíbula tensa a más no poder. «¡Qué mona!», contesta una de ellas, convirtiéndome al instante en su peluchito, en su amiga cuqui.

Se sirven otra ronda de Bloody Marys para conducir luego un poco borrachas esos tanques negro y azul marino que tienen. De vez en cuando hacen un recuento de todos los niños que están en la piscina para asegurarse de que no se ha ahogado ninguno, porque a buenas madres no las gana nadie. «Oye, ¿vosotras hacéis eso de dejarlos que coman ellos solos? Es que se pone todo perdido», digo de improviso, sin darme cuenta. Tuercen un poco la cabeza, expresando toda la ternura que albergan hacia mí, y coinciden en una única respuesta: «Uy, no, cariño. Solo los días en que le toca a la chica limpiar la casa».

Mi tía está en un retiro de meditación, y su móvil, allí guardado en un cajón con llave, junto con otros quince móviles más. Ese cajón es una fiesta: si no vibra uno, vibra otro; y, si no parpadea el de más aquí, parpadea el de más allá. Todos amontonados. Como juguetes con vida encerrados en la oscuridad. El personal del retiro solo les deja utilizar el teléfono diez minutos al día, a media tarde, antes de cenar. Es en ese momento cuando se juntan todos como zombis scrolleando con la cara iluminada. Bueno, todos todos no. Hay un par de personas que se sienten moralmente superiores al resto, que hacen un ejercicio de contención enorme, en plan «yo paso del móvil», y no se dejan ver ni un día en torno al cajón. No es el caso de mi tía, quien, en cuanto les dan luz verde, es la primera que está esperando para ver cómo entra la llave en la ranura. Lo mira con ansia, tiene cinco llamadas perdidas de Jéssica y dos de mi abuela. Se pone nerviosa, con la boca seca sequísima, a dar vueltas sobre sí misma. Les devuelve la llamada. No responden. Una de las organizadoras del retiro la mira fijamente, recordándole que el tiempo es limitado. Vuelve a intentar otra llamada, pero nada. Se despide del teléfono, que se va de vuelta al fondo del cajón. «Adiós», le dice con la mano. Mi tía tiene la capacidad de salir rápidamente de los momentos cumbre, de modo que, en cuanto ve desaparecer el móvil, sabe que tiene que pasar a otra fase: cena y, después, silencio de nuevo. Se frota la tripa, la tiene hinchada como un globo, diez días de comida vegetariana son demasiados. Ahora

mismo, eso es lo único que le preocupa: cómo liberarse de los gases que corretean como asteroides en su interior.

Mi padre, sin embargo, sí que estaba con el móvil en la mano en el instante en que ha llamado mi abuela: «Ramón, esta, que está otra vez con taquicardia y ni tu mujer ni tu cuñada me responden al teléfono». Mi abuela ha intentado calmarla, hasta que ha visto que no podía, con lo que ha terminado iracunda perdida. La flojera de Jéssica ha empezado a envenenarla y entonces ha sido cuando ha llamado a mi padre: «La he dicho que se tomara una pastilla. Que yo la daba una. "No, señora", me dice. Es terca esta mujer como no he visto a nadie en mi vida. Eso sí, como no tome nada, la va a dar un ataque al corazón». Mi abuela repite por dentro las palabras «ataque al corazón» tres veces más. Por un lado, le alivia pensar en un infarto en el cuerpo de Jéssica; y, por otro, se asusta porque: «¿Quién me va a cuidar? Yo no quiero que me cuide nadie, pero ¿quién me va a cuidar?». Mi padre sale pitando a por Jéssica. En cuanto ella lo ve, nota cómo sus pulsaciones bajan. Conduce hasta Urgencias. Jéssica no dice nada, aunque se encuentra mejor. En el hospital, él habla por ella en todos los mostradores y camina un metro por delante. Se sientan en la sala de espera, que por suerte no está muy llena, lo que les produce un alivio tremendo. Mi padre siente pena y culpa y, al mismo tiempo, agobio de imaginar qué pensará el médico de él acompañando a esta mujer. «Jéssica Ramírez». Mi padre inclina la cabeza señalándole la consulta para que pase ella sola. «Te espero aquí». La doctora le examina los ojos, la espalda, el corazón. «Inhala. Exhala. Suelta el aire despacio. Eso es. Despacio». Las pulsaciones bajan. Jéssica se relaja. «Mi corazón —le dice Jéssica por primera vez a la doctora—: cuando va muy rápido, me asusto. Parece que se me vaya o a salir o a parar. Nunca lo vi saltar tan rápido». Jéssica sale por la puerta arrastrando los

pies, mi padre apenas puede mirarla a los ojos. «¿Está todo bien?». Jéssica responde asintiendo con la cabeza. «Venga, pues arriba ese ánimo».

La vecina de enfrente ya está de vuelta en casa. No sé dónde habrá pasado el verano; en Caños de Meca casi seguro, porque está morena como un tizón. Moreno adolescente. Moreno sin crema de sol, moreno de «hoy es quemado, pero mañana es moreno». La vecina de enfrente quiere aprovechar al máximo ese guapo subido que le da la vuelta de Caños, así que ha dormido con un chico blanco, alto, guapo y delgado. La verdad es que esperaba mucho más de ella, algo especial.

Los he visto desayunar, él con unos calzoncillos de esos *apretaos* y ella en bragas y top. Se han comido una caja entera de cereales acompañada de un brik de leche, ¡¡y no se han bebido ni un mísero vaso de agua!! Parecían tranquilos y nada descompuestos por el aliento matutino del otro. De hecho, en un momento dado, ella se ha reído muchísimo, tanto que ha dejado caer el tronco encima de la mesa, apoyando la cabeza sobre su antebrazo, haciéndose la coqueta. Yo solo podía pensar en bucle: ¿de verdad no se van a beber un vaso de agua con lo seca que se queda la boca después de todo ese desayuno hiperazucarado? Verlos me ha recordado a cuando ligaba con algún tipo y pasábamos la noche juntos. Por la mañana siempre me hacía una caca descomunal, muriéndome de ganas de ir al baño, pero aguantaba estoica. Lo peor de todo venía cuando nos íbamos otra vez a la cama y tenía que combinar las dos cosas al mismo tiempo: follar y aguantarme las ganas de cagar.

Supongo que a mi vecina, que es una chica de hoy en día, superfeminista, no le pasa nada de eso.

El chico sale al balcón a fumarse un cigarro. Es tan alto que parece que vaya a doblarse sobre sí mismo. Desde aquí puedo ver que tiene la piel suave y unos pezones pequeñitos pequeñitos de color rosa. En este momento de mi vida, ver a un desconocido en calzoncillos a unos siete metros de mi ventana es lo más parecido a abrir algo de porno y buscar en la categoría de *amateur*. ¿Cómo he llegado a este punto en mi vida en el que el sexo no significa nada para mí? ¿Cómo se sale de esto? Me da envidia la frescura de mi vecina, su cuerpo se mueve diferente al mío: el suyo es un cuerpo que desea y que se siente deseado. Lo sigo observando hasta que empieza a sacudir el piececillo; no sabe lo que ha tocado y le ha dado muchísimo asco. ¿Será una cucaracha muerta? ¿Un trozo de pan mojado? Desvío la mirada hacia sus pies, quiero saber qué ocurre. ¡¡Pobre tío!! Ha tocado con el dedito gordo una de las bayetas mohosas de la limpieza. Seguro que está empapada y, si la escurriéramos, saldría el agua negra. Alguien debería decirle a la vecina de enfrente que tiene que buscar urgentemente otro sitio para las cosas de la limpieza, sobre todo si quiere seguir teniendo una vida sexual activa.

He ido a visitar a Toni no porque me apeteciera, sino porque me sentía mal por no haberlo hecho estas últimas semanas. Antes de meter la llave en la cerradura, Jéssica ya me estaba abriendo la puerta. Como un impulso, le he dado un abrazo rodeándola con mis brazos por una zona rara, demasiado cerca del cuello. Ella se ha quedado inmóvil porque no ha entendido nada. Me he despegado enseguida y le he preguntado: «¿Estás mejor?». Algo avergonzada,

como si su secreto de la ansiedad quedara al descubierto, me ha respondido con una voz suave: «Sí, señora, estoy mejor. Gracias por preguntar. Allá tiene a su abuelita, en la terraza». Tengo que hacer un esfuerzo grande por separar la tristeza del paternalismo, pero hay algo en mí que se quiebra cada vez que la miro a los ojos. Puede que sea que sé que junto a su piel falta otra: la de su hija.

Me asomo a ver a mi abuelita diablita, que se está tomando una cervecita con unas patatitas. «Qué bien se te ve, abuela». «Una que sabe vivir», me dice con una chulería que me ofende. ¿Me estás diciendo que yo no sé?, ¿que no me lo monto bien? Empieza a sonarme el móvil una y otra vez. «¡¿No vas a contestar?!», me grita un poco de los nervios. A pesar de ser un número desconocido, contesto: «¿Sí?». «Hola, Sol. Mira, soy Nina. Me ha dado tu teléfono Rita. Estamos con la pre de una serie que va a tener muchísimas obras y necesitamos a alguien para que nos haga el inventario y gestione todo porque el equipo de Arte está a *full*. ¿Estás liada? ¿Podrías incorporarte ya?». No me deja contarle que tengo un bebé, que me tengo que organizar, que mi novio nunca está, bla, bla, bla..., porque no le interesa, no hay hueco para ello.

Siento un malestar profundo, un estrangulamiento en el cuello, unas ganas horribles de hacer caca. Me gustaría llorar, pero sé que mi abuela ha escuchado toda la conversación porque mi teléfono tiene un volumen endiabladamente alto que siempre se me olvida bajar. «Muy bien, Sol, un poco de trabajo te vendrá bien. Te hará fuerte. A ver si se te quita un poco esa flojera que llevas dentro que ni sé de dónde la has sacado». Me voy corriendo al baño y vomito mientras me ametrallan pensamientos como: la bebé, la soledad, el miedo, la prisa, el Excel, el perro, la bebé, la soledad otra vez, el miedo de nuevo, el trabajo, el trabajo, el trabajo.

En cuanto llego a casa, lo primero que hago es escribir a Emily: «Hola, Emily! Espero que estés bien. Te escribo porque voy a buscar a una persona que se quede con la bebé todas las mañanas. Todavía no sé cuántas horas al día, pero, como tú la has cuidado tan bien antes del verano, te quería preguntar primero a ti si te gustaría y si tienes disponibilidad. Me cuentas si te apetece. Gracias». A lo que ella me contesta: «Hola Sol yo creo que es mejor que busque a otra persona porque no creo que pueda ir de largo ya que lo veo complicado con el curso de diseño de interiores. De todos modos gracias por preguntar». Cuando leo eso, me cago en todo. Me cago en el maldito curso de Diseño de Interiores lo primero. Lo segundo, me cago de rabia de no poder contar con ella porque, ojo, no es tan fácil dejar a tu bebé en manos de otra persona. Y, por último, me cago en tener que trabajar en otro proyecto de mierda lleno de ansiedad, de prisa y de progres chillones. ¿Tanto pido? Solo quiero un trabajo tranquilo.

Escribo en el chat de WhatsApp que tengo con cuatro amigas que hice en pilates para embarazadas: «Hola chicas, estoy jodida, me he quedado sin canguro porque contaba con ella de cara a septiembre a pesar de que ella no sabía que yo contaba con ella de cara a septiembre. En fin, si se os ocurre alguien o si os enteráis de algo me decís gracias besos». A lo que Simonetta, madre soltera, cincuenta años, siciliana, me contesta: «Hola Sol cariño, qué putada. Mira yo te podría pasar el contacto de Patricia que fue mi nanny este verano, aunque no creo que pueda. Ella seguro te va a recomendar a alguien. Lo mejor es que busques alguna chica latina religiosa porque son las más cuidadosas».

Se lo propongo, pues, a Patricia, pero me dice que ni ella ni sus amigas más cercanas van a poder ayudarme porque están todas ocupadas. Y que «para estos temas tan delicados, nunca le

recomendaría a una simple conocida, ¿entiende lo que le quiero decir?». Así que decido trabajar con la bebé en casa, pero con tan solo una semana me doy cuenta de que es una majadería y que podría volverme loca en cuestión de un par de días más. A veces, mi descontrol mental y emocional es tal que siento que podría llegar a tirarme con ella por la ventana. Las dos juntitas, abrazadas, pegadas la una a la otra. Hay días que me llama la jefa del Departamento y yo no se lo cojo porque la bebé está berreando. Cuando, por fin, consigo que se calme y se entretenga con un elefantito, una cancioncita o un rato de teta, le devuelvo la llamada y le digo: «Perdóname, un proveedor me ha tenido una hora al teléfono».

Cuando Cati nació, Rita me contó que para seguir trabajando en esto tuvo que fingir durante los primeros años que no había tenido una hija, y yo siempre pensaba: esta peña está chalada. Y ahí estoy ahora, metiendo a mi hija debajo de la alfombra por seguir con un: «Sí, todo bien, genial. Sí, sí, claro, llámame siempre que necesites, estoy veinticuatro siete». En el momento en que mi novio llega a casa, sea la hora que sea, le pongo a la bebé en brazos como si fuera una bomba de relojería y a mí me quemaran las manos si tuviera que sujetarla un segundo más. Él, sin embargo, en cuanto se la entrego, sonríe y se la pega al pecho sintiendo todo un amor que yo voy olvidando por momentos. Por la noche, me meto un rato en el baño y lloro a pleno pulmón, para que mi novio me escuche; y, hasta que no oigo sus pasos acercarse a la puerta, no paro. «He tenido una idea», me dice sin entrar al baño. No contesto, me da miedo su propuesta. «He pensado que podríamos dejar a la niña con Jéssica en casa de Toni». Mi cuerpo se suaviza al instante, no por la propuesta, que me parece buena y con sentido, sino por el uso del

podríamos en vez del *podrías*. Porque últimamente me siento en un *podrías* constante, una soledad tan pesada que me hace olvidar cualquier tipo de alternativa a mis decisiones.

Por la mañana llamo a mi abuela para saber si le parece bien que le proponga a Jéssica que cuide en su casa a la bebé por las mañanas, intento dejarle muy claro que ha sido una idea de mi novio porque sé que la valorará mejor. «Bueno, si no hay más remedio... ¿No la podéis llevar a una guardería?». «Es que todavía es muy pequeña, abuela». «Anda, y yo muy mayor para tener un bebé en casa». No le contesto porque no sé qué decirle. Esta conversación la tendría que haber tenido mi novio. «Mira, llama a Jéssica y la preguntas a ver si quiere. Ahora bien, no más de un mes». Mi abuela es como Tapón, que le molesta el ruido de alguien tan pequeño. Y no solo eso: necesitar a Jéssica no la necesita; pero compartirla, uy, eso no *la* hace ni pizca de gracia.

Tenemos cucarachas en casa a pesar de vivir en un cuarto piso. Nunca pensé que esos bichos llegaran tan alto, aunque la verdad es que subestimé su ambición. Por supuesto, la calidad del sueño si tienes cucarachas en casa se ve perjudicada por la paranoia de que unas patitas fantasma recorran tu cuerpo. Así que ha sido un verano insomne y caluroso. Los vecinos de la comunidad escriben por el chat. Antonio, el presidente, se pronuncia: «Vecinos, he estado hablando con Isa y dice que ella también tiene en casa. Tenemos que hacer algo YA. Hoy mismo pido presupuesto para desinsectar. He hablado con Tere la de la limpieza de la escalera, dice que ella ha visto varias. Vecinos, tenemos que hacer algo si no queremos encontrarnos ante un problema gordo; imaginaros que ponen huevos en nuestras casas». Antonio escribe desde Tarifa; es un

hombre soltero, fiestero y canalla; al mismo tiempo, es la persona más hipocondríaca que he conocido en mi vida. Con lo que sigue: «Me han dicho los de la Administración de Fincas que han desinsectado el edificio de al lado y se han debido venir todas a nuestro bloque. Perdonadme, es que no puedo ni escribir la palabra c***». Carlota, la del primero, que no sabe hasta qué punto llega la hipocondría de Antonio, escribe: «Yo el otro día me desperté porque me estaba trepando algo por el brazo..., ¡¡¡y era una cucaracha!!!».

Me encuentro con Tere en el portal y lo primero que hace es preguntarme por Tapón: «¿Qué tal lleva el calor el *nene*?»*.* Tere siempre tiene premios para perros en el cuarto de la limpieza y en invierno también lleva salchichitas, «en verano no, que se ponen malas y no quiero que les dé cagalera a los *nenes*»*.* Los *nenes* son Tapón, Mimi (del segundo) y Fredi (del quinto). «Que vas, ¿a dar un paseo?». «Sí, voy a comprar cosas para matar las cucarachas, que me tienen amargada». «Fua, pues lo lleváis claro, mientras esté esta aquí al lado... Olvidaos. Es una guarra que te cagas. No me gustaría a mí ver su cocina». Con *esta* se refiere a Jia Li, la mujer china que regenta el bar de abajo: Cañas Locas. Tere enfatiza mucho las palabras *esta* y *guarra,* lo hace con un asco descomunal. Incluso la mirada se le oscurece. Yo a Jia Li le tengo cariño porque muchas veces cuida a la bebé si tengo que subir a por Tapón para darle una vuelta. Pero quiero que el asco de Tere vaya todavía más allá y le cuento: «Pues sabes que un día estaba hablando con ella aquí, en esta mesa alta que tiene en la entrada, y le dije: "Jia Li, ¡cuidado!, una cucaracha". Ojo, que la cucaracha estaba trepando hacia las patatas fritas que tiene encima de la barra. ¿Sabes qué hizo? Me miró, sonrió, la aplastó con el dedo índice y me dijo: "Ya está, muerta. Sol, tú no preocupar". La cogió por las patitas y la tiró al suelo como quien tira un hueso de aceituna». Tere no es capaz de

contestar nada. Solo arquea los labios para abajo, sube una ceja y desaparece por el portal.

Hoy es 31 de agosto, por fin. Me despierto a beber un poco de agua y enciendo todas las luces para evitarme el disgusto de pisar una cucaracha. ¡¡ZAS!! En cuanto enciendo la cocina, tiquitiquitiqui, «¡ahí va una hija de puta!». Cojo una sandalia y la mato con una furia desmedida, le doy tantas veces que el cuerpo se convierte en una papilla de cucaracha. Limpio el suelo, bebo agua y me meto en la cama muy satisfecha porque siento que mi ambición por matarlas ha superado a su ambición por conquistar nuestra casa.

Llevo a mi abuela a que se dé el último baño del año en casa de la prima Maite. «Nos llevamos a Jéssica, porque le he hablado de Koki y Karo y quiero que los conozca. Así hace amigos». Miro a Jéssica; tiene los hombros caídos, el pelo sucio y una sonrisa triste. Es extraño verla sin el uniforme, en vaqueros y una camiseta con el dibujo de una chica cuyo pelo son lentejuelas negras. «¿Bañador?», le pregunta mi abuela. «Sí», responde Jéssica al instante. «¿Toalla?». «Sí, señora». «¿Esmaltes?». «Ajá, sí, señora». «Bien, entonces estamos listas». Miro a Jéssica por el retrovisor. Parece tranquila, viendo el paisaje asomar por la ventana mientras le agarra la manita a la bebé. Le acaricia las minifalanges, los minipies, le frota su minitripa.

En cuanto nos bajamos del coche, intento no despegarme de Jéssica, pero mi abuela se empeña en presentársela a Koki y a Karo nada más llegar. Como si fuéramos de reinos distintos y Jéssica perteneciera al de ellos: personas con personas, servicio con

servicio. Ellos por un lado, nosotras por otro. Veo que Jéssica se fija en el uniforme de Koki y Karo: el de Karo es entallado en la cintura, con un cinturón blanco que le da un toque elegante inesperado, y unas zapatillas blancas con rejilla; Koki, sin ir más lejos, lleva unos pantalones blancos de lino, una camiseta blanca impoluta y una gorra azul marino desgastado con el logo de Ralph Lauren en el centro. Parecen recién salidos de una *full moon party*.

La reciben con cariño y distancia, parece que dicen: «Nosotros no somos tú. Somos servicio filipino». Sé que saben que son más guapos que Jéssica, que ellos nunca se pondrían una camiseta con lentejuelas negras a modo de cabello en el centro del pecho. «¿Qué quieres tomar, Jéssica?», le pregunta Karo. «Agua». Mi abuela sigue a Jéssica con la mirada, de reojo, altiva, hasta que llegan al jardín. Sé que hay algo dentro de ella que quiere protegerla a toda costa. No obstante, lo único que consigue es destruirla poco a poco. Jéssica sigue agarrada a la mochila con la mano derecha mientras con la izquierda sujeta el vaso de agua que le ha traído Karo. «Yo me quedo con la beba», le dice Jéssica a mi abuela en cuanto ve el jardín, las hamacas, la pérgola y a la prima Maite vestida con una túnica rosa. «De eso nada. Tú te bañas conmigo, que a eso hemos venido». El pecho de Jéssica se contrae. La pregunta «¿Qué es taquicardia?» aparece tecleada ante sus ojos. «Hemos venido a pasarlo bien», le dice mi abuela mientras le toma la mochila. Jéssica parece no fiarse de ella, mi abuela se lo huele y entonces se acerca todavía más y en voz baja le susurra: «Me fumo un cigarrillo y nos bañamos las dos. Tú y yo, tranquilamente».

Mi abuela no ha previsto la posibilidad de que Jéssica no sepa nadar, da por hecho que todas las personas que la rodean saben hacerlo. Jéssica observa con detalle cómo mi abuela se fuma el cigarro y cómo las brasas lo van consumiendo. «Hemos venido las

dos con el bañador puesto, no te creas», le dice mi abuela a la prima Maite mientras se quita el vestido. Le encanta que la prima la vea en bañador: ágil, resplandeciente. Los pies descalzos de Jéssica caminan por el césped mullido, parecido al algodón, hasta llegar al borde de la piscina. Mi abuela la agarra de la mano y se meten juntas al agua. «Está bien fría», dice Jéssica temblorosa, no sabe si del frío o si de la taquicardia. Mi abuela se sumerge, desaparece de su campo de visión. Jéssica se queda en la zona que no cubre, agachada, cerrando los ojos para intentar respirar. Observo todo desde la tumbona; la prima Maite me habla, pero no puedo escucharla. Estoy alerta, no sé qué ha planeado mi abuela. Todo me parece extraño.

«Creo que la chica de tu abuela quiere salir», me dice Maite. Dejo a la bebé en el césped, tan bien regado y con tanta agua gastada que parece una esponja, y le acerco una toalla a Jéssica. Me sonríe, aunque su sonrisa nunca termina de ser una sonrisa completa, siempre está envuelta en pena. Jéssica, tapada con la toalla, se sienta en la hamaca al lado de la tía Maite. «¿Quieres que te haga la *manicure*?», le pregunta Jéssica enseñándole un esmalte rosa y otro rojo. «Mira, no te voy a decir que no», le responde la prima mirándose las uñas. Jéssica va a buscar a Koki y Karo para que le den una mesita auxiliar que poner al lado de la hamaca de Maite. Koki la trae al segundo y Jéssica le vuelve a mirar la ropa, tan blanca e impecable. Le hace una manicura casi perfecta, más lisa, con menos pegotes. Le sopla cada dedito y cuando mi abuela sale del agua el esmalte ya está seco. «La tienes que pagar, ¿eh?», le dice mi abuela a su prima mientras se enciende un cigarro al sol. «Hombre, claro, guapa, ¿por quién me has tomado?», le contesta sin moverse de la hamaca. «¿Cuánto te debo?». Jéssica mira a su alrededor: el jardín, las hamacas, la pérgola, Koki y Karo con las

manos entrelazadas por detrás. «Treinta y cinco euros», responde Jéssica con la boca bien grande. Gira un poco la cabeza hacia mi abuela, y esta le guiña un ojo de vuelta y le sonríe orgullosa de su osadía y de su capacidad para «analizar el mercado».

Abro WhatsApp. «Carol te ha añadido al grupo The Mamas». «Sol, cariño, te añadimos al grupo. Por si necesitas cositas, aquí estamos. Además, cualquier día de estos vamos a quedar para cenar y lo que surja. Ya te voy avisando, que lo que surja es emoji copa de vino emoji copa de cerveza emoji cigarro emoji cóctel emoji cigarro emoji píldora». Durante un instante, siento que las *mamis* son mi escudo, el lugar donde dejarme caer. Sé que soy un experimento para ellas, pero está claro que me quieren en su grupo. No pasan ni dos minutos cuando una de ellas escribe el siguiente mensaje: «Babies, Marcela, la chica de mi madre, se ha quedado sin trabajo por las tardes, por si os enteráis de alguien. Es boliviana, tiene veinte años, es cuidadosa, se le dan bien los niños, no es ladrona y limpia guay. Sin papeles, eso sí». A lo que otra *mami* responde: «Ok. ¿Sabéis que me ha dicho mi suegro que estamos haciendo mal los pagos de las vacaciones y los días libres de las chicas? Que seguramente no vaya a pasar nada, solo que puede ser un lío. Yo de toda la vida en vez de darle el día libre, se lo he pagado para que trabajara y se ve que no es así». «Ya, a mí me lo dijeron los de laboral de mi curro. Por cierto, mi prima Anita tiene una filipina nueva para hablarle en inglés a los niños y me ha contado que el otro día va y la pilla que les estaba enseñando a decir *bitch, I want my money*».

Leo con ansia cada uno de los mensajes como si fueran pequeños capítulos de una serie de Netflix. Mi novio me pregunta que qué me hace tanta gracia. Le digo que las *mamis* me han añadido a su grupo de WhatsApp y que es probable que salga con ellas a cenar y

a pillarme un pedo. «¿Pillarte un pedo?», dice riéndose. De repente, todo se oscurece porque no puedo soportar ese tonillo, que se cuestione mi capacidad de salir, de olvidarme de él y de la bebé; en definitiva, de pillarme un buen pedo. Así que no me deja escapatoria: me convierto en el monstruo que a ratos necesito ser. La maternidad se me cae encima como toneladas de ropa usada. «¿No te das cuenta de que tengo derecho a salir de este bucle? ¿De la teta, el súper, la cocina, las noches sin dormir, el perro, el mamamama constante?». Entonces mi novio elige la peor de las respuestas: «Bueno, lo de la teta fue una decisión tuya. Que está genial, eh, que yo te apoyo en todo. Y, bueno, por mí lo puedes dejar cuando quieras, ya sabes».

¡¡¡Me llevan los demonios!!!! La teta se convierte en un callejón sin salida. Una *mami* se cuela en mis recuerdos: «Yo, en cuanto parí, pedí que me trajeran un chupete, un biberón y una cerveza». Me doy cuenta de que lo que me atrapa de las *mamis* es que son consecuentes con lo que eligen. Y que casi siempre toman el camino que les suponga hacerse la vida más fácil a sí mismas. «Chicas, a mí me toca desparramar el finde que viene. Por si hay quorum suficiente, podríamos cenar viernes/sábado. Venga, hago una encuesta de esas de WhatsApp». Le doy a la opción que pone *sábado* y mi amiga enseguida me escribe por privado. «Tía, ¿cómo vas a hacer con la teta si la chiquita banana no te pilla biberón? Que estas ya verás... van a *full*, no se cortan un pelo».

Diana viene hoy sola a limpiar porque Emily se encontraba mal. Emily es su vaso medidor, su pastilla de freno y, como ella no está, Diana no para de hablarme durante las tres horas. Tiene tantas ganas de hablar que incluso se pone a quitar el polvo a las patatas para pasar más tiempo en la cocina, que es donde estoy yo. Me pregunto si lo hace para poder hablar conmigo o si las limpia siempre.

Dice tantas cosas y tan rápido que a veces se queda sin aire; no quiere dejarse una sola palabra sin decir: «Verá, ayer me tuvieron en el colegio hasta las ocho de la noche, que ni siquiera es mi turno, pero había que dejar todo preparadito porque los niños vuelven mañana a las clases. Encima, han tenido obras y me he pasado las horas anoche quitándole el polvo a todas y cada una de las esquinas de las clases. ¡Lo han cambiado todo a LED! Yo le dije a Emily: "Mija, ¿por qué no vienes a ayudarme acá, que me han puesto sola?". Emily vino y, de repente, apareció la supervisora y, claro, como no está de alta, no puede estar allá. Así que la mandé de vuelta a la casa. Emily me tiene la cabeza loca porque no sabe lo que quiere hacer. Me dijo que estuvo muy bien con usted cuidando a la beba, que le dio mucha responsabilidad y que le gustó mucho. Aunque cuando le escribió usted para que la cuidara de largo, ella me dijo: "Mamá, dígame, ¿qué hago?". Yo le dije: "Emily, andá, cuidala, ya verás que todo va a estar bien". Ella me dijo que no quería comprometerse con usted y que luego no pudiera con el curso. Está

perdida Emily. Todo el día en la casa. Mirando internet. Mira recetas para hacer tartas y más cosas que yo ni sé. Ni sé si chatea con su padre. Su padre anda allá, en Ecuador. Cuando Emily tenía diez años la llevé a visitar Ecuador porque aquí yo me la traje cuando ella tenía tres. No se crea, ¿eh?, que hasta el idiota de su padre me andaba tirando y todo. Me dijo: "¡Cómo te pusiste de gorda! Esas grasas, Diana... ¿Por qué se ponen todas gordas las que se van a vivir a España?". A lo que yo le contesté: "Mire, por ahí no paso, porque eso es del estrés, que no sabe lo que he estado pasando allá". Ah, también me ronda un señorito asturiano que me gusta porque tienen ese acento tan gracioso. Pero Emily se pone celosa y no me deja verlo y cada vez que salgo ya me está llamando; que cuándo vuelves, que dónde estás, que vuelve aquí a la casa conmigo, que tengo miedo. Así que, claro, yo no puedo hacer nada con el asturiano. Porque fíjese que por mi cumpleaños me regaló una cartera y, bueno, cuando Emily se enteró..., ¡se puso a llorar! Que si mamá me vas a dejar de lado, que si te crees que soy tonta... "Mija, ¿cómo voy a pensar que eres tonta?, ¡si eres listísima! Andate, sal de la casa". Todo el día detrás de mí la tengo. Encima, cuando vuelvo por la tarde, que ella ha estado todo el rato en la casa y ni se ha duchado, ¡lo hace cuando vuelvo yo! Yo le digo: "Emily, mija, dúchese antes de que llegue yo, que cuando llego a la casa es lo primero que quiero hacer, ¿no ve que llego toda sudada?". No sé qué le pasa por la cabeza. Mire, cuando era pequeña allá, en nuestro pueblo, ¡empecé a trabajar con once años! Mi madre me hacía vender comida en la calle: "¡Tortas!, ¡bollos!, ¡tortas!, ¡bollos!". Así decía yo en la calle. A mí no me gustaba nada eso. Pues me puse a vender Gillettes y las mujeres y los hombres me compraban las Gillettes. Empecé pronto. Y me queda energía. No se crea. Una pena que el asturiano me quiera rondar, pero yo no pueda. Quizá si Emily

estuviera con alguien... Emily antes de salir hoy de la casa me dijo: "Mamá, no hables mucho en la casa de Sol. ¿Por qué le cuentas toda tu vida a la gente?". Y le digo: "Mija, no le cuento a toda la gente, solo le cuento a Sol, a Juan, a Almudena... Tienen que saber de nuestra vida. Si no, somos extrañas para ellos, mija". Mire, no sabe lo sucia que tenía la casa ayer Juan, el actor, cuando fui a la mañana a hacérsela. Le dije: "Juan, por lo menos, la próxima vez, recójanla". Eso sí, las camas se las hacen ellos. Ahora andan buscando una guardería nueva porque los echaron de la otra, ¿sabe por qué? Porque no vacunan a sus hijos. ¿Sabe que mandé a mi amiga Nora a hacerle la casa a la señora Cristina? Porque a mí siempre que me preguntan si conozco a alguien de confianza, ¡pues claro que conozco a alguien de confianza! Lo que pasa ahora es que esta Nora quiere dejar a la señora Cristina porque se está aprovechando de ella igual que se aprovechaba de mí. A mí me venía y me decía: "Mira, Diana, hoy no vengas, que me viene mal". ¡Y eso no funciona así! Yo necesito algo de largo, compromiso. ¡Es mi vida! Yo le dije: "Nora, si tiene que dejar a la señora Cristina, usted la deja, no se preocupe". Pero es que mire, Nora necesita el dinero porque le debe a Hacienda once mil euros de un préstamo. Esta amiga mía Nora se metió en un buen lío... Yo estaba un día en la casa de Cristina limpiando y, de repente, empecé a pasarle el polvo a la alarma y empezó a sonar: ring, ring, ring, ring, ring, ring, ring. Muy fuerte. No sabía cómo se apagaba. Pensé: "Bueno, vendrá la policía, pero Gracias a Dios yo ya tengo papeles". Eso es. Cuatro años estuve trabajando en un bar aquí en el paseo de las Delicias, en el bar Horóscopo. Y cada vez que venía la policía me hacían esconderme los chicos, que eran jóvenes y me trataban muy bien. Otra manera de conseguir los papeles era que uno de ellos, que no le quiero decir, muy alto, pero..., era gay. Quería que yo me casara con él

para... *tapar la falla*, ¿sabe? Me dijo que me podía poner la casa a nombre de Emily para que Emily pudiera tener algo. Pero yo dije que no. Pues no se lo va a creer... ¡Murió y se lo quedó todo su hermano! Que encima se llevaban fatal. Así que así estamos: sin nada. Por lo menos, pagamos solo seiscientos euros de alquiler. Aunque ¿sabe que el colegio me lo hizo mal el paro esta vez y no lo he cobrado en todo el verano? Tuve que andar diciéndole a Óscar, el casero, que le pagaba ahora, en septiembre. Más bueno Óscar, que me dijo: "Claro, Diana, sin problema". Hay que ver todo lo que hablo. Esta ventana no me está quedando bien limpia, hay una sombra, ¿la ve?».

Y es en ese momento, mientras estoy intentando trabajar con su voz dando vueltas por las habitaciones como una metralleta, cuando una semilla de odio hacia Diana germina en mi estómago. Su incontinencia verbal y su incapacidad de ver que necesito trabajar en silencio hacen que sienta una ira que me anula cualquier tipo de calma y compasión. Es más, la violencia que recorre mi cuerpo es tal que tengo que bajar corriendo a la calle a comprarme un bollo para evitar pensar en agarrarla del cuello y hundir su cabeza en un cojín. Entonces, antes de cerrar la puerta casi de un portazo, Diana me suelta, como si fuera lo primero que dice en toda la mañana: «¿Sabe que mi hermana Jacqueline tiene ahora una muchachita que le va a hacer la casa de Loli para no tener que limpiarla ella? Todo el día llora por las esquinas que no tiene dinero, pero, aun así, ella prefiere gastar lo poco que tiene en alguien que le vaya a limpiar. ¿Quiere que le cuente lo que le dijo mi mamá? "Mija, te equivocaste de vida"». Abro la puerta del ascensor con fuerza, colérica perdida, diciendo palabras sueltas en voz alta, entre ellas algo así como: «Hostia puta, ¿esta tía se cree que me importa su vida? Necesito que se calle. Limpia y calla, limpia y calla, joder».

Mi tía me ha dicho que mi abuela está de los nervios desde que llevamos a la bebé a su casa para que la cuide Jéssica, y que eso «no nos viene bien a nadie. No te preocupes, que ya lo he hablado con Jéssica y dice que le da mucha pena, pero que lo entiende. "Su mamá está muy estresada con la beba", me ha confesado ella también». A mi tía, pues, se le ha ocurrido que podría venir a cuidar a la bebé la hija de una conocida suya. Me dice: «Se llama Roma». Lo primero que pienso es: «Amor al revés». Y sigue: «No es nada pija. Es una chica normal, se adapta a todo, es una todoterreno, estuvo de *au pair* en casa de unos ricachones en Sudáfrica y la trataron fatal. ¡Y ella ni se quejaba! Te va a encantar, está estudiando Psicología. Ya verás qué coco de tía. ¡Y qué acento más curioso tiene de cuando vivió en Sudáfrica!». Mi tía siempre insiste en algún detalle en particular. Antes de mandarle un wasap a Roma, miro su foto de perfil. Es un retrato entre dos montañas. Lleva puestos unos pantalones de monte y un top rojo que le llega solo hasta el ombligo. Hago *zoom* en la zona del abdomen; tiene unas lorzas perfectas. Antes de subir a su cara, me detengo en el escote. Con los dedos todavía ampliando la foto, pienso en que tiene las tetas mucho más grandes y redondas que las mías. «¡Qué carita! —me digo en voz alta—. ¿Cómo no va a llamarse Roma con esos mofletes rosas y esa melena naranja al viento?». Me responde enseguida: «¿Tu niña es la de la foto? Me muero por conocerla».

El día que viene a casa, nada más entrar se quita las sandalias a lo loco, como lanzándolas hacia el rodapié. Al principio pienso que lo hace por la excitación de conocer a la bebé, aunque, a medida que va pasando el rato, me doy cuenta de que tiene una personalidad fuera de control. Llego a pensar que está fingiendo o interpretando un papel histriónico. Pero no, Roma es así: estridente a más no poder. Cojo sus sandalias para colocarlas cerca del zapatero y que no estén desperdigadas. En ese momento me doy cuenta de que son de Prada. Me quedo unos segundos inspeccionando la etiqueta como si fuera un mono en el zoo pelando un plátano. En cuestión de minutos, escucho a la bebé reírse muchísimo en una gran carcajada de bebé y eso hace que me relaje. Mientras preparo un café para llevarme al coche, intento trasladarle de la manera más simpática posible en qué consiste mi trabajo, porque siento una necesidad inmensa de que me respete y me admire, que piense que de mayor quiere tener mi vida a toda costa, pero solo me responde con un: «¡Qué bien! Mi madre es productora de cine». Esta gente... ¡¡Siempre más!! Nunca se los puede llegar a superar, pero me mantengo firme porque me salva el pensamiento despiadado de: «¿Si eres tan hija de, qué haces aquí?».

Oigo el sonido de dos cuerpos arrastrándose por el suelo y Roma le dice a la bebé: «Vamos, *ratonsita*, vamos a decirle adiós a mamá». Me voy a trabajar aturdida, un poco desorientada por la modernez y el carisma de Roma. La verdad es que no me la imagino cambiando un pañal lleno de caca, pero las dejo allí para volver seis horas después.

Cuando llego a casa, la encuentro fresca como una lechuga, como si hubieran pasado veinte minutos desde que me fui. Su cutis brilla, sus mofletes están rosas. Se apoya a la bebé en la cadera y da vueltas sobre sí misma con una ligereza que a mí me costaría la

vida. La bebé se ríe a más no poder, la adora. Una parte de mí se emociona al verla tan contenta, realmente es un alivio; sin embargo, no puedo evitar pensar: ¿dónde ha quedado toda mi vitalidad, si es que alguna vez la he tenido?

Por la noche, mientras juego con ella en la alfombra antes de llevarla a dormir para poder seguir trabajando, intento ser Roma, imito sus gestos y su forma de hablar, la llamo *ratonsita*. Cuando mi novio me escucha, me pregunta vacilando: «¿Y eso de *ratonsita*?». De inmediato, le respondo: «Pues de siempre, hijo, ¿es que nunca me has oído llamarla así?».

Desde que estoy metida en este proyecto en el que lo único que me hace feliz es saber que en unas semanas terminará, limpio la casa de mis padres los domingos durante el rato en que mi novio sale a tomar el aperitivo con la bebé y con Toni. Lo cierto es que, pensándolo bien, tengo la sensación de que, más que limpiar la casa a mis padres, le limpio la casa a mi madre. Como si fuera un deleite del que solo ella goza.

Me he pasado toda la vida viendo cómo trataba mi madre a las mujeres de la limpieza, a las *chicas*, con una combinación de desprecio y cercanía, una de cal y otra de arena. Con una superioridad que no se molestaba en ocultar, llegando a pagar con ellas su humor de perros y su frustración por que las cosas no resultaran ser como mi madre deseaba que fueran: perfectas. Las *chicas*, sin embargo, nunca le llevaban la contraria, solo la insultaban con la mirada, porque algo dentro de ellas les decía que estaban ahí de prestado, llegando incluso a tener que estar agradecidas por tener un trabajo en un país próspero y seguro como es España. ¡España!

A mí, mi madre me ha tratado siempre como a las chicas de la limpieza, con una distancia y una desgana constantes, pero con momentos de máxima exaltación en los que parecía que nuestra intimidad era un tesoro en el que todo relucía. Para ella, las relaciones son meras transacciones: «Tú me das, yo te doy», siempre todo a cambio de algo. Eso hizo que de pequeña fuera la

niña con la hucha más grande de toda la clase, básicamente porque mi madre me pagaba por todo: «Lávate los dientes y te doy cincuenta pesetas; saca la basura y te doy una monedilla; Solecito: hazme un masaje y te doy cien pesetas». Y así, de una en una, una montaña de pesetas. La niña con más dinero del colegio. Hubo un punto en que, para mí, la hucha dejó de significar nada, era un simple recipiente con dinero amontonado.

Quizá precisamente de ahí provenga mi falta de ambición. Para mi madre, sin embargo, que ha trabajado toda su vida en un banco hasta que la prejubilaron con cincuenta y cinco, ver mi hucha llena le suponía una gran fuente de satisfacción porque siempre le ha gustado el dinero en un plano físico: los cheques, los billetes, las monedas, los números de cuenta. Por eso no tiene problema en pagarme por limpiarle su casa: para ella, todo está en armonía porque hay una transacción económica de por medio.

Lo más patético de todo es que las cuatro horas que paso limpiándole la casa me saben a gloria, porque durante la semana estoy tan exhausta y envenenada por un trabajo que podría generarme una úlcera, sumado a una ingeniería organizativa con la niña que podría volverme loca de atar en cualquier momento, que este rato se convierte en mi *spa*, en mi pompa de jabón. Y, por qué no, también en mi gimnasio. Limpio poseída por una fuerza que no me sale en ningún otro ámbito de mi vida. Me recreo en los movimientos circulares, en la espuma brillante que traslado de un lugar a otro, como si pudiera abarcarlo todo; el olor del antical, el sonido del muelle del limpiacristales, «fus, fus». Un ejército de gotas minúsculas que se agarran al espejo, como el rocío al amanecer. Termino y me siento agotada, con la mente en blanco pero con un pensamiento que está de fondo: ¿Hasta cuándo aguantaré físicamente? Me guardo los guantes en el bolso, cojo el dinero (que,

por cierto, deja escondido para que mi padre no pueda verlo) y me marcho a casa a toda prisa.

Al día siguiente, por la noche, mi novio vuelve diciendo que Charli, su amigo del trabajo, le ha contado que «es básico forzar el acercamiento. Vamos, es que, si no, os van a dar las uvas y os vais a encontrar cuando la peque cumpla dos años en plan: ¿qué?, ¿seguimos juntos o lo dejamos ya? Mira, hoy te plantas delante de Sol, la miras a los ojos y le das un beso. Y con eso, vamos, ya tenéis mucho *ganao*». Cuando termina de hablar, viene al sofá y se tumba encima de mí. Me aplasta hasta dejarme casi sin respiración mientras intento abarcar su espalda con mis brazos. Hunde su cara entre el sofá y mi cuello, piensa en algunas cosas que le gustaría decirme, pero no llega a hacerlo; con lo que me ha contado de Charli se da por expresado. Entro en ese momento de semiasfixia, con la caja torácica al límite, un punto en el que la respiración parece que se pause, se dosifique. Y así mismo está nuestra relación: en fase de asfixia. Por eso mi novio entra por la puerta y me cuenta un consejo de Charli y deja caer todo su peso muerto encima de mi cuerpo. Sé que necesita volver a mí, a ese lugar que existe entre los dos, intentar que la relación no se vaya a la mierda, pasar la barrera de los dos años, acariciarme, besarme, estar conmigo. Pero yo no puedo, creo que he tomado tan malas decisiones en estos últimos meses que la energía que me queda para invertir en nuestra relación es del tamaño de una pulga.

Han pasado casi tres semanas desde que Emily vino a casa la última vez. La echábamos de menos. Me dice que le da pena haberme dicho que no a la propuesta de cuidar al bebé, que le habría gustado, pero le agobiaba la posibilidad de dejarme colgada los días en los que ella tuviera que ir a la academia. Por supuesto, no me atrevo ni a preguntarle qué tal le están yendo las clases de Diseño de Interiores ni si les han hablado de algún tipo de bolsa de empleo. «¡Emily, quítate los guantes, mija, que la beba se ha despertado!». Emily va corriendo a verla. Se emociona, se le achinan los ojos. La *beba* le regala una de sus mejores sonrisas mientras le enseña la mano como diciendo: «Hola». No hay nada mejor que un bebé recién despierto. Esa carita que se les pone de almohada, calentita como una taza de té.

Salgo de la ducha. Emily ya ha dejado a la bebé en su trona, cambiada y lista para desayunar. El día que vienen ellas a limpiar, a Roma le pido que venga dos horas más tarde porque no quiero que coincidan y la vean. No quiero que Emily se compare con ella ni que Diana la mire de arriba abajo y piense: «Al final, se buscó una blanquita». Mientras le doy el desayuno a la niña, Emily ya se ha ido a la otra punta de la casa y Diana va y viene: «Pues no le digo que yo tengo varias vidas. Cuando era pequeña casi me muero tres veces. Una porque mi mamá me llamó del otro lado de la calle y yo fui corriendo y se apareció un camión. Yo me quedé así frente al camión: como un soldado, con ese chisme a un centímetro de mi

cara. Mi mamá, al cruzar adonde estaba ella, me pegó. Luego otra vez que estábamos en la casa y me caí por la ventana de un tercero de altura. Caí encima de unas macetas bien grandes llenas de tierra con pinchos. Me quedó toda la cara magullada y estuve llena de cortes y las piernas que no me funcionaban bien. Luego, la última, que yo tenía siete años, fuimos a bañarnos a eso que le dicen una poza. Tenía un color azul transparente precioso. Daban muchas ganas de meterse y, claro, yo me metí. Lo que sucedió es que yo no sabía nadar y empecé a dar vueltas y vueltas como si hubiera un remolino. Mi hermana se metió a ayudarme y al final terminamos las dos casi ahogándonos porque resultó que ella tampoco sabía nadar. Con suerte que vino un hombre y nos sacó con un solo brazo a las dos. Nos hizo lo de la respiración y nos llevó de nuevo de un solo brazo hasta la casa de mi mamá. Ella nos abofeteó nada más vernos. Ah, y a nuestra prima casi la violan antes de ayer. Está muy peligroso allá, en Ecuador. Muy muy mal. Te matan. Así es, te matan. A mi prima suerte que la oyeron gritar dos chicos que la rescataron, fíjese qué terror. El otro día me escribió Estefanía, que por favor fuéramos a hacerle la casa, a *ordenársela*, como le gusta decirme a ella. Le dije: "Estefanía, es domingo, yo no trabajo los domingos". Y ella venga a insistir: "Diana, por favor...". Por lo cual Emily y yo nos fuimos a la iglesia, que está en Tetuán, y de ahí nos fuimos de vuelta a hacerle la casa a Estefanía. Al final, no hemos descansado nada, pero bueno. Con suerte ya no tengo al chiquito este que iba a su casa en plaza Castilla, me tomaba una hora de ida y otra de vuelta. Siempre me venía con que: "Ay, Diana, el próximo viernes no vengas, que me voy de fin de semana". Bien pijo, que yo sé que su familia tiene casas. La suya era muy bonita. ¿Sabe que el otro día vino la hija de Estefanía, María, a conocer nuestra casa? Le gustó. Dijo que los techos eran muy altos, imagino que ella pensaba

que vivimos en una casa con los techos más bajos. Pues estuvimos recordando cuando yo cuidaba a su bebé y su bebé me decía "mamamama". María le decía: "No hija, mamá soy yo". Pero, claro, era yo la que cuidaba de su bebé todo el día. Y los bebés se confunden, no se crea. Emily, mija, ¿qué me miras? Me mira porque no puede soportar que le cuente mi vida. Todo el rato me dice que por qué les cuento mi vida si ustedes nunca nos cuentan nada a nosotras. Que no sabemos nada de ustedes y que, sin embargo, ustedes saben toda nuestra vida. Bueno, también tiene razón. ¿Sabe cómo va mi hermana Jacqueline a la iglesia los domingos? En Uber».

En cuanto salen por la puerta, antes de que llegue Roma, examino las zonas que sé que ha limpiado Diana y repaso rabiosa los bordes de las juntas de la cocina con un palillo de dientes, sacando los restos de la grasa acumulada que no ha quitado ella y repitiéndome a mí misma: «¡¡¡¡Esta tía cada día limpia peor!!!!».

Con Roma, sin embargo, me voy amoldando a su histrionismo. A veces incluso siento que la quiero. Supongo que es parte del agradecimiento de cuidar de mi hija mientras me voy todos los días hasta una nave en un polígono, donde hace el mismo frío que dentro de una cámara frigorífica, vestida con botas y ropa térmica, a dejar que me griten los y las cuatro idiotas de turno.

Nunca había experimentado la falta de sueño a largo plazo. El cansancio prolongado. La sensación de seguir, seguir y seguir. Más y más y más. Porque es aquí, en los recovecos que va dejando la fatiga, donde se van abriendo pequeñas grietas por las que se cuelan los peores pensamientos. Cuando agarrar un cuchillo para pelar una naranja se vuelve algo peligroso. Tengo una manía: no

puedo dejar un cuchillo sucio en el fregadero por la noche porque me da miedo despertarme sonámbula y clavármelo.

Roma me ha contado que Tapón le ha sacado los dientes a la niña, así que estoy enloqueciendo. Vivo con el fogón de mi estómago encendido. Pero sigo y sigo y sigo. Cocina, limpia, ordena, haz la comida, trabaja en un sitio en el que no quieres trabajar, límpiale la casa a tu madre como si fuera lo más normal del mundo, dale de comer al perro, sácalo a pasear, dale la teta a la bebé, dale de comer, cámbiale el pañal, cógela, cógela, ¡cógela, que llora!, saca al perro, joder, cómo huele la basura, saca la basura, vuelve a cocinar, limpia, friega, ¡contesta al teléfono, que te llama tu jefa!, pasa la aspiradora, cámbiale el pañal a la bebé, dale la teta, ¡cuidado con el perro!, dale la teta, duérmela. Duérmela. Por favor, que se duerma un rato. Por fin, la bebé duerme.

Pelo una naranja poco a poco en la cocina, de pie, en una esquina. Me pongo a llorar, me caen lágrimas como una cisterna rota que pierde agua. Se cuela un pensamiento por la grieta: el miedo a la locura. Friego el cuchillo. Sigo llorando. Miro por la ventana, la vecina me ve llorar. Dejo que me observe sin que se dé cuenta de que sé que me está mirando. «¡¿Si es que a quién se le ocurre ser madre?! Te lo dije: ser madre no es feministaaaaa», me grita desde su ventana. «¡¡¿¿A quién se le ocurre tener un perro antes de tener un bebé??!!», me insiste. «¡Corre, limpia, pasa la aspiradora, friega!, ¡cuidado!, ¡tu hija!, ¡que no se meta nada a la boca!». Sollozo. Me escondo detrás del marco de la ventana. ¡Basta!, ya no quiero que me vea llorar.

Si algo he aprendido durante estos meses es a agarrarme a la emoción de un plan como si me fuera la vida en ello. Por eso mismo, llevo varios días pensando en qué me voy a poner. Abro el armario infinitas veces. No tengo nada. Nada que sea del estilo de las *mamis.* Nada que me convierta en una *mami*. Solo tengo un vestido que podría acercarse al estilo *mami*, es el que utilizo para ir a las bodas y creo que cumple dos requisitos básicos: buen material y cero estampado. Lo malo del vestido es que me fallan todos los complementos: no tengo ni bolso ni zapatos. De manera que hago una mezcla, me preparo un conjunto frankensteiniano de vestido con zapatillas, en el que en algunas partes soy yo y, en otras, soy una *mami.*

Mi novio, Tapón y la bebé me miran desde el sofá. A mi novio le gustaría darme un beso, a Tapón le gustaría que le bajara a hacer pis antes de irme y a la bebé le gustaría que me sacara la teta. «Le doy la teta y me voy, que a las nueve tengo que estar en Garlic». Digo Garlic riéndome un poco de quien haya llamado Ajo a su restaurante chic. «¿Cuánto crees que me voy a gastar esta noche?». «Pues, por lo menos, los cien euros del cheque bebé que te dan cada mes». Entonces salgo corriendo de casa para ir en bus y poder así ahorrar de donde sea. Ninguna *mami* llega puntual ni relajada, aparecen como si hubieran venido corriendo. Me fijo en el movimiento de las melenas, las mechas rubias perfectas, el olor a mascarilla en el pelo, el perfume en el cuello, la ropa limpia, los

dientes blancos y alguna que otra chupa de cuero. «La chica, tías, que no estaba nada participativa esta tarde y Pedro no había llegado de trabajar. Estoy de comerme marrones hasta el coño». «Te entiendo tanto... Es que es uno tras otro. Yo acabaré haciendo como los tíos de mi oficina: quedarme en el curro hasta que sepa que los niños están bañados, cenados y en la cama».

Me noto nerviosa porque los grupos no se me dan bien y porque sin la bebé tengo la sensación de que me falta un brazo o una pierna. Mi móvil empieza a sonar y hago como que no lo escucho, queriendo transmitir una actitud de: «Me llaman tanto que, mira, hoy me merezco desconectar». Pero suena una vez más y decido mirar la pantalla: es Jan. La boca se me seca y el corazón se me pone a mil, como si tuviera una discoteca en el centro del pecho. «Chicas: es del trabajo. Tengo que contestar, lo siento». Decir eso me hace salir a la calle dándome una importancia que yo misma me creo, llegando incluso a sentir que el pelo se me mueve como a ellas y que su energía y la mía se han fusionado.

«Jan. Hola». Estoy totalmente metida en el papel de *mami,* le traslado en la voz una energía de *ejecutiva de*. «Sol, qué tal estás. Perdóname las horas, las prisas, todo. Ya sabes cómo es siempre». Su voz suena apagada, aunque no le doy la mayor importancia y le contesto con un «sí, sí», aunque en realidad estoy pensando en si es ya el momento en el que le explico dónde estoy y qué estoy haciendo, «de cena con amigas en Garlic». Seguro que, además, conoce el restaurante. «Se me ha ido Mery. Así, de la noche a la mañana, se ha esfumado, me ha dejado colgado, sin decirme nada, sin avisarme. Bueno, me ha dejado tirado a mí, a mi hermano, a mi padre... En fin, una auténtica maleducada, porque ya sabes que en esta familia se lo hemos dado todo». ¿Me llama para que lo consuele? «La verdad es que en la primerísima persona en la que he

pensado en cuanto he podido ver todo esto con claridad has sido tú. ¿Te interesaría empezar a venir a casa?». Evita usar las palabras *limpiar*, *cocinar*, *trabajar*. Tengo las manos heladas y la espalda tensa. Apenas soy capaz de armar un pensamiento, como si se me hubiera olvidado hablar por completo. «Mira, no te preocupes, que igual ahora te he pillado liada. Tú piénsatelo y me llamas. Me haría mucha ilusión, ya sabes cuánto te admiro». Su propuesta es como un cóctel de gambas: una presentación preciosa, estupenda, con una propuesta fina; pero en realidad es todo mayonesa, todo manchurreado y, al mismo tiempo, ¡tan apetecible!

Me quedo fuera unos segundos intentando recuperar mi actitud corporal, mi energía *mami.* Entro y me acerco a ellas con el móvil en la mano, muy capaz de hacerme creer a mí misma y al resto que he tenido la oferta de trabajo más atractiva de mi vida. «Una propuesta de curro», les digo mientras dejo el teléfono en el bolso sin querer hablar del tema, como si estuviera harta de recibir ofertas. ¿Qué dirían de mí si les contara la verdad? Creo que no me creerían ni en cien años. Una de ellas me guiña el ojo y me pasa una copa de vino blanco (claramente, son mujeres de vino blanco). Y esa complicidad y esa mirada que me reconoce hacen que de un segundo a otro sienta que la fusión con ellas es real y definitiva: soy una *mami*.

Nos sientan en una mesa redonda en una esquina, a modo de reservado. Llega otra botella de vino y las *mamis* se abalanzan porque, claro, ¿a qué han venido?: a beber. «El otro día pillé a Joaquín en el vestidor haciéndose una paja. Lo primero que le dije fue: "Amor, qué penita das ahí de pie". No sabéis, estaba ahí como encorvado, con los pantalones por los tobillos, la camisa del curro arremangada hacia el ombligo. Le pregunté: "¿En qué dirección te piensas correr?". Y, en ese momento, se corrió. Me quedé ahí mirándolo, no sabía si ayudarlo a limpiarse o qué. Bah, luego pensé

en la de veces que se me ha corrido en la tripa y no me ha pasado ni un clínex, ¿sí o no?». «Sí, sí, sí, sí», asienten todas en plan hermandad. «Oye, Carol, ¿qué?, ¿cómo fue el viaje con tus suegros? Rico rico, ¿no?». «Bueno, pues todo terminó con mi suegro en el hospital porque le dio un cólico nefrítico. Estábamos viendo la Giralda y en la rampa número diez empezó: "¡Ay, ay, ay!". Yo, por dentro, pensando: "Me cago en la puta, que vamos a terminar en el hospital, ya verás". Y así fue: mi suegra, al hotel con los niños porque le dan yuyu los hospitales, y Manu y yo, con mi suegro. Me pillé un cabreo que flipas, porque se supone que esa noche nos íbamos Manu y yo de picos pardos mientras los niños se quedaban con los abuelos. Pero nada. A este hombre siempre le pasa algo, qué salud de mierda tienen en esta familia». «Car, pobre señor, ¿no? Está todo el día hospitalizado». «Más bien, pobre Car, diría yo, que siempre se termina comiendo a los niños. Tía, debes de estar agotada». «Pues sí, estamos sin chica y Manu no para de trabajar. Yo estoy todo el día currando, y la cosa no termina ahí, porque luego llego a casa y cambia ropas, los baños, las cenas. Hoooostia». «¡Te entiendo tanto! Hay que buscarte a otra chica ya mismo».

«¿Qué tal con la canguro, Sol?». Y es aquí cuando tener un trabajo superguay, que me roba la vida y que me hace tener que pagar a una persona para que cuide de mi hija, tenga sentido: «Bastante bien, la verdad, lo que pasa que es como una artista loca, que le gusta la montaña y estudia psicología. Ah, y lleva sandalias de Prada», «Mírala, a la nanny. De todos modos, píllate una latina, nena, te dará menos problemas». «Te durará más». «Amén», dicen chocando las copas. «Y eso que yo estoy harta de que me roben, la verdad. Ana María no hay día que me devuelva bien los cambios de la compra; cada semana se queda unos treinta euros, así, como quien no quiere la cosa». «¡Qué me vas a contar a mí, que Suri nos

ha pedido mil euros porque dice que tiene una deuda! Y, claro, se los hemos dejado». «Son unas ladronas, está en su ADN». «Sí, pero las necesitamos aunque nos roben. Si no fuera por las chicas, no sé qué sería de nosotras». «Dímelo el domingo, cuando tenga que llamar a Nicole para que vuelva a casa porque se ha pasado de la hora. Esta es capaz de quedarse preñada, que la tía se ha echado un novio cubano y no veas...». «¿Cubanito, mi *amol*?». Se ríen echando la cabeza hacia atrás y aprovecho para fijarme de nuevo en sus melenas rubias, lisas, sin mechones que se muevan por ahí desperdigados.

Me río y me muevo como ellas porque siento que soy igual: tengo una chica que cuida de la bebé, tengo dos chicas que me hacen la casa y un curro que me agota. ¿Qué más puedo pedir? «¿Unas copas?». Las conversaciones empiezan a dispersarse, las ganas de fumar son cada vez más voraces, y la luz del local, más oscura. Me meto en el baño con tres *mamis* y, de repente, tengo una regresión a la época en la que tenía veinte años y salía sin parar. Estoy tan a gusto, tan dislocada, que solo deseo que todas las noches de lunes a domingo sean así. Quedarme aquí de por vida en este baño con las *mamis.*

«¿Sabes que a esta la llamábamos la Papagayo en el colegio? Porque se le salían los labios. Eso ahora es *bullying*». «¿Quieres que te lo enseñe?». Carol pone una pierna encima de la taza del váter, se mueve la braga hacia un lado y veo cómo asoman unos labios carnosos como pellejos mojados por el borde de la braga. «Le he cogido cariño. Desde que vi la cabeza de Nico salir por ahí, joder, *respect* a mi papagayo». Estoy tan borracha que me dan ganas de enseñarles también mi papagayo, pero alguien empieza a aporrear la puerta. «Señoras, no puede estar más de una persona dentro». Nos reímos como adolescentes odiosas y yo, por inercia, empiezo a

limpiar a toda prisa la taza con papel. «Pero ¿qué haces, tía?, ¡deja de limpiar!». Y ahí estoy, agachada pasando con mucha pulcritud el papel, como si el tiempo y el ruido se hubieran detenido. De pronto, me veo y tiro el papel al suelo en vez de tirarlo dentro de la taza, riéndome muchísimo porque jodeeeeer, ¡¡tienen razón!!, ¿qué hago limpiandoo?

Cuando, por fin, salimos del baño, vemos que el de seguridad nos está esperando con los brazos cruzados y las tres lo imitamos. Porque somos tres *mamis* con licencia para casi todo; eh, que nadie nos tosa. Nos echan de Garlic y no hay duda sobre los siguientes pasos: más copas, más cigarros y más charla. Vamos a un bar que se llama Beso. Las *mamis* dejamos todas las chaquetas apelotonadas en el suelo y hacemos un círculo en torno a ellas. Bailamos con un *gin-tonic* en la mano y al instante sé que me voy a arrepentir de haberlo pedido.

La euforia no me permite saber cuánto estoy de borracha, esa información me llegará cuando esté metida en la cama. Le suplico un vaso de agua al camarero, que me insiste en que solo puede venderme una botella (cinco euros), y salgo un rato. No dejo de parpadear, noto la lengua anestesiada. Mi amiga apoya su cabeza en mi hombro y me dice: «Lo estás haciendo muy bien. Tu chiquita banana estará orgullosa de ti». Y al escuchar esas palabras me pongo a llorar. Bueno, a llorar se queda corto: a sollozar. «Matemático, Sol: desde pequeñas, siempre que salimos juntas terminas llorando». Y ahí me río y por primera vez en toda la noche tomo conciencia de mí misma, incluso de mi cuerpo, que parecía haberlo olvidado desde que puse un pie en el restaurante. Mi amiga me da un abrazo de medio lado, para poder seguir fumándose el cigarro, mientras me miro en el reflejo de la cristalera del bar. Me observo, con una imagen difusa, pero con el pensamiento claro de

reconocer en esa persona que veo ahí reflejada todos los intentos de ser desesperadamente otras personas antes que ella misma. Le doy un beso a mi amiga y vuelvo andando a casa con las palabras de Jan («Ya sabes cuánto te admiro») danzando en mi cabeza como si pertenecieran a la melodía de una canción de cuna.

Cuando me despierto, no hay nadie en casa. El silencio es tan bonito que parece de mentira, ni siquiera se oyen coches, obras, pitidos o niños jugando en el parque. Mientras me preparo un café, soy capaz de pensar que nada de esto ha pasado: el perro, el bebé, el trabajo, ni siquiera el novio. Fantaseo con una soledad que sé que no va a existir en muchos años. La vecina de enfrente y yo desayunamos hoy a la misma hora: las doce. Me regodeo, quiero que me vea bien, despeinada, mal desmaquillada, bebiendo agua a morro deshidratada perdida. En definitiva, quiero lucir esta cara de «ayer salí; mírame: soy madre y ayer salí». Me muevo por la casa bailando: ¿qué será?, ¿qué será eso que me está haciendo sentir esta ingravidez?

Sin embargo, como todo lo bueno, esa ingravidez dura menos de lo que a mí me gustaría y al cabo de un rato me entra un bajón descomunal que me obliga a sentarme en el sofá, a dejarme engullir por la raja que lo divide en dos partes. Me quedo inmóvil, asqueada, con unas náuseas que me hacen apretar fuerte los dientes. Me inclino hacia delante, tratando de recomponerme, abrazándome las rodillas hasta dejar caer la frente sobre ellas, y suelto un ruido, un «uhhhhjjj». Y ahí lo noto: en el hueco del centro de la garganta; como si alguien me estuviera metiendo el dedo tratando de cavar un hoyo cada vez más profundo. Me hundo en el sofá hasta dejar que la autocompasión me reconforte tanto que me permita levantarme y poner un pie en la ducha.

Mientras cae el agua hirviendo hasta dejarme la piel rosa como un jamón cocido, de entre toda la oscuridad que veo con los ojos cerrados aparece con una lucidez desbordante la propuesta de Jan. En ese momento, el dedo que estaba cavando un hoyo de tristeza en el centro de mi pecho desaparece. Un rato después, mi novio me llama: «¿Bueno, qué?». Le digo: «Gracias por irte con la bebé y dejarme dormir». «Lo he hecho para que, la noche que salga yo, tú me dejes dormir a mí».

«Ayer me llamó Jan para proponerme algo». Espero un poco, pero no responde. «Hacerle la casa». Yo, al igual que hizo Jan anoche, también evito utilizar las palabras *limpiar*, *cocinar*, *trabajar*. «¿Cómo que hacerle la casa? ¿Para ser su chacha?». Al ver que no contesto, quiere ser hiriente, quemar: «¿Te has vuelto loca? Anoche sales con unas pijas, que parece que vayas a despertarte siendo una ejecutiva, y ahora dices que quieres ser la esclava de un energúmeno». Y ahí detecto que la ingravidez es esa, la decisión de limpiar, como si fuera algo que por fin tiene sentido en la vida que quiero tener. «Es que no te corresponde», me insiste. Y le aclaro: «Que sí, que sí. Que me da paz». Noto su enfado al otro lado del teléfono. Si pudiera, me gritaría de rabia. Me miro en el espejo mientras espero su respuesta, todavía tengo restos de maquillaje en los ojos. «¡¡¡Pero cómo vas a preferir limpiar a trabajar en cine!!!». Es que no hay manera, no lo entiende. «La paz —le digo—, me da paz: las horas, mi ritmo, el silencio. Y soy buena limpiando. No soy tan buena en lo otro, amor, lo siento. Lo quiero probar».

Al cabo de un rato, cuando sube a casa con la bebé, es incapaz de mirarme a los ojos, impidiendo a toda costa que nos encontremos en un punto en medio de este abismo que nos separa. «¿Sabes lo que

creo? —me dice desde el baño con mucha seguridad en la voz—. Que todo esto es una volada que te ha dado de niña pija, que eso es lo que eres». Bajo los estores para que no nos vea la vecina de enfrente haciendo aspavientos, que sé que es buena descifrando el lenguaje corporal y sabe muy bien que estamos discutiendo. Y sigue: «¿Pero tú qué te crees que es ser limpiadora? Y el sinvergüenza este que hace contigo lo que le da la gana, que lo lleva haciendo toda la vida». «Que voy a ser limpiadora y punto, ya lo he decidido. Tú no lo entiendes: me da tranquilidad».

Está sulfurado, rabioso, necesita con urgencia hacerme entrar en razón. «¿Sabes lo duro que es físicamente? Tú no has hecho un trabajo físico en tu vida, eres una persona de ordenador, de oficina. Vamos, es que no durarías ni dos días, te pasarías quejándote de que si te duele la espalda o las manos o el no sé qué todos los putos días. Es que lo sé, vamos, como si lo estuviera viendo». Y de pronto una pausa que me hace creer que la conversación ha terminado, y por tanto, tengo la esperanza de volver a la tranquilidad, al silencio. «Es que, tía, parece que estoy aquí todo enfadado, diciéndote lo que tienes o no tienes que hacer. Pero es que me está frustrando muchísimo esta paja mental que te has hecho con ser limpiadora. O sea, me revienta, así te lo digo. Me parece de locos que no seas capaz de ver todo lo que conlleva, todo lo que significa, joder. Que es un puto trabajo de mierda. ¿Te crees que por ser blanca y española te van a pagar más la hora o qué? ¿Que por ser tú vas a currar en casas de pitiminí con gente supereducada que te va a tratar de tú a tú como si fueras una más? Es que vamos, me parece indignante que no lo veas. Que es una mierda, Sol. Una puta mierda».

El pecho me arde. «¿En qué momento te has creído que no soy capaz de ver las cosas? ¿Me lo dices tú, que no has limpiado la casa

solo jamás? Sabré yo el esfuerzo que es, ¿no? Eso, para empezar. Que bueno, al fin y al cabo, me parece lo de menos. Lo peor de todo es que estoy harta de tus horarios, de tus ausencias eternas, de estar siempre esperándote. ¿Lo tuyo entonces es genial? ¿Currando mil horas, sin saber nunca qué horario vas a tener al día siguiente, cagándote de frío en invierno, muriéndote de calor en verano, con lumbago cada dos por tres de conducir, pero sin poder escaparte un mísero día ni cinco minutos al médico para que alguien te vea? Parece que se te olvida la de veces que te escucho decir cada semana cuánto te duele la espalda. Tu curro te destruye a ti y también me afecta a mí. ¿El mío de limpiadora qué? Por lo menos, sería algo solo mío. Además, mira lo podrido de todo, entre otras cosas, lo elijo para poder tener tranquilidad y no estar al borde de la locura todo el rato, que no doy para más». Y aquí viene el remate final, ese en el que cada uno intenta menospreciar de la manera más hiriente y absurda al otro: «Las peliculitas, las peliculitas, a todo el mundo le encanta mi vida, ¿sabes en qué trabajo? ¡En el mundo del cine! ¿Sabes cuál es mi horario? ¡Ay, pues no te lo puedo decir porque no tengo!». «Pues yo lo tengo todo, pero, aun así, soy una pobre niña pobre que no sabe qué hacer con su vida porque nada le gusta, así que lo único que se me ocurre es limpiar la caca de los demás».

Y ahí acaba todo. Hacemos turnos para lavarnos los dientes con el fin de no cruzarnos en la estrechez del baño y evitar ese momento en el que nuestros cuerpos se rocen. Nos metemos en la cama dándonos la espalda, ni besito ni nada: a dormir mal y a apretar mucho los dientes.

Por la mañana, cuando me despierto, mi novio ya se ha ido. La ingravidez de ayer, por supuesto, se ha esfumado de mi cuerpo, no queda ni rastro. Estoy medio angustiada, medio triste, medio cansada, medio enfadada, medio decepcionada, medio aburrida..., pero bastante segura de la decisión que he tomado. Le doy el desayuno a la bebé y la observo; tiene cara de garbanzo, con los mofletes gordos. Saca de una manera muy ansiosa la lengua y se inclina hacia delante para que le dé más fruta. Veo cómo su cara está formada de distintas partes de nosotros dos: mis ojos, su nariz, mis orejas, su boca. Un puzle humano, mi bebé.

Hacía mucho que no entraba en el cuarto de mi abuela. La bebé ha ido gateando desde el salón hasta los pies de su cama como si estuviera persiguiendo un fantasma. Así ha sido: en cuanto me he asomado por el marco de la puerta para ver por dónde andaba, la he encontrado de rodillas tirando del bajo de un camisón que colgaba de un clavo en la pared. Si algún día mi abuela se muere, imaginaré su fantasma como ese camisón.

La pared del cabecero de la cama está empapelada con un papel de unos dibujos de langostas, con una mesilla a juego. La bebé trepa por la mesilla (que, por cierto, está un poco coja) y se asoma para ver qué hay encima. ¿Que qué hay encima? Pues cosas que harían ahogarse a un bebé en un instante: dos perlas, unas cuantas pastillas, un imperdible y monedas de veinte céntimos. Redirijo a la niña para que explore otra zona hasta que descubre el tope que hay detrás de la puerta. Se entretiene. Me paseo por la habitación, acariciando las langostas, y lo que más me llama la atención son las fotos que tiene encima de la cómoda. Hay un marco que está forrado de una tela parecida a la pana. Se abre como un libro, con un círculo en cada lado, y en cada círculo hay un retrato. Lo miro de cerca, el de la izquierda es mi abuelo Toni y el de la derecha es Rafael. «Mira, bebé, la abuela tiene encerraditos a sus ex en un marco de tela».

Se lo enseño para que toque la textura de la pana, aunque lo único que hace es aporrearlo y gritar. De tanto golpearlo, cae una

foto de carné que estaba metida dentro del marco. Una foto de Roxana. Miro a esa Roxana en miniatura como si la tuviera delante: tiene los mofletes rosas que contrastan con unos labios marrón oscuro. La abuela entra en la habitación como el buen fantasma que es, pegándonos un susto, y lo primero que hace es quitarme la foto de Roxana de las manos. «Ya podía yo buscar esta foto. Se la quiero poner a san Antonio para pedirle que vuelva pronto. Tu madre y tu tía están perdidas sin ella. El otro día fui a casa de tu tía y, bueno, prefiero no decir nada». «Abuela, ¿por qué tienes una foto de carné de Roxana?». «Anda, ¿quién te crees que la acompañó a hacerse las fotos para renovarse el pasaporte y volver a su país? Además, después de las fotos, nos comimos un chocolate con churros. No veas cómo comía la niña».

Para de hablar en seco, me agarra fuerte del brazo y me dice: «Shhhhhhhh». Y le dice a la bebé: «Sssshhhhhhh». Nos manda callar a las dos. Se le cambia la mirada, se le oscurecen los ojos y se le afila la nariz. «Mira, mira. Mira esta. ¿Lo oyes? Ya se está duchando otra vez. Ya verás, vamos a contar los minutos que se tira debajo del agua». No me suelta el brazo; es más, me obliga a sentarme en el borde de la cama. Hago el amago de agarrar a la bebé en brazos. Me lo impide. Nos quedamos las dos sentadas, en silencio. El agua cae mientras el cuerpo de mi abuela se recalienta. Hace un ruidito con la garganta, es el ruidito de la ira acompañado del placer que le da el sentirla. «Ahí sigue. Shhhhh. ¿Ocho minutos? ¿Tú te crees que un ser humano puede estar duchándose ocho minutos? Así se queda luego, como una pasa, con una cara espachurrada que no veas». Toma fuerzas para la inundación final de ira: «¿Tengo razón o no tengo razón? ¡Esta idiota! Que en su país no hay ni agua». Se queda seria mirándome fijamente a los ojos hasta que rompe el silencio con una carcajada.

Hoy era mi último día de trabajo en la nave y Roma no podía venir porque tenía examen, por lo que ha sido mi madre quien se ha quedado con la bebé. Han estado toda la mañana dando un paseo y cuando nos hemos reencontrado por la tarde me ha empezado a contar: «Me estaba haciendo muchísimo pis. Ya sabes lo que meamos tu tía y yo. Pues ahí estaba con el carrito buscando un sitio, porque entre los árboles no era plan. Que, oye, tampoco habría pasado nada. He visto un bar y me he metido. Las escaleras al baño eran rocambolescas, oscurísimas, y me ha dado miedo dejar el carrito abajo. ¿Y si secuestraban a la niña? Con el trabajo que es, pero yo qué sé, la gente está como una regadera. Así que he visto que al lado había una tienda de ropa con dos chicas dentro y les he dicho: "Soy la abuela de este bebé y me hago mucho pis. ¿Me la podríais cuidar un segundo mientras voy al bar ese de enfrente?". "Claro, claro", me han dicho. Al volver, una le daba codazos a la otra hasta que va y dice: "Mira, que ella no se atreve a decírtelo: quiere saber si tu hija tiene canguro, porque ella ha estado cinco años cuidando de unos niños y se acaban de mudar a Barcelona". Yo les he contestado: "Bueno, ahora parece que tiene a alguien, pero déjame tu número por si acaso"». Mi madre me pasa un papel arrugado: «Toma, este es su número. Se llama Vivian, con uve. Parecía cariñosa y tranquila. Tostadita de piel. Ya sabes que estas chicas funcionan mucho mejor que las de aquí». Me insiste en «las de aquí». Roma le hace gracia y es capaz de reconocer que cuida

muy bien de la bebé, pero siempre me deja caer que esté atenta, que cualquier día me va a dejar tirada. Me lo dice así: «Cualquier día te deja tirada». Nunca dice: «Cualquier día os deja tirados». Porque el tema de cuidados de la bebé funciona de una manera parecida al de la limpieza: es un tema que parece que me atañe solo a mí. «Cualquier día te deja tirada porque ella tiene una vida llena de posibilidades. Sabes a lo que me refiero, ¿no? Que puede elegir muchas cosas. No como las otras: que no pueden elegir nada. Por eso son buenas, porque siempre estarán ahí para cuidar de tu bebé».

Por la noche, guardo el número de teléfono de Vivian y miro su foto de perfil de WhatsApp; es un antebrazo con un tatuaje gigantesco con unas letras en cursiva que dicen:

Mi madre es mi vida. Mi padre, mi ángel.

Estoy metida en la cama a punto de dormirme y escucho cómo mi novio llega a casa de trabajar. Se bebe un vaso de agua, se da una ducha rápida, se lava los dientes y se mete en la cama corriendo. Me rodea con sus piernas, como una serpiente enredada en una rama. Sabe que estoy despierta, así que me da un beso arriba en la mejilla, al lado del ojo. Le gustaría hablar (en realidad, le gustaría decirme: «Te echo de menos»), pero no lo hace porque siente que esas palabras no tienen cabida. Son tantas las veces que no nos decimos un montón de cosas bonitas por no mostrarnos cercanos, vulnerables, y seguir así en este papel de libretitas y de hay que seguir, seguir, seguir, que es tan doloroso que hasta parece una broma. «Mañana es mi primer día». «Lo sé». «¿Y por qué no me dices nada?». «Porque todavía me cuesta creerlo». «Oye, que es solo un trabajo, tú mismo lo has repetido mil veces de Diana y Emily: que están trabajando, "como hacemos todos"». No contesta porque sabe que de la teoría a la práctica todo hace aguas. Aun así, yo insisto porque necesito que entienda que lo suyo no es mejor que lo mío: «Ni siquiera voy a tener que trabajar al aire libre y morirme de frío como tienes que hacer tú mil veces». Entre la oscuridad, puedo ver el blanco de sus ojos buscando mi mirada. Sé que mi elección le da ganas de llorar y, a la vez, es capaz de darse cuenta de que hacía tiempo que no me veía tan tranquila. Le digo: «Va a estar bien», y él hunde su cara en mi cuello, intentando esconderse dentro de mi cuerpo.

Preparo la casa antes de que vengan Emily y Diana. Recojo el salón, coloco los cojines del sofá, guardo los platos, vasos y cubiertos que ya estén secos, echo a lavar las servilletas, saco dos billetes de veinte y los dejo encima de la cómoda del recibidor. Siempre estoy preparada (caca, ducha y dientes) mucho rato antes de que aparezcan por casa porque nunca llaman a la puerta antes de meter la llave. Nos pasó varias veces cuando la bebé estaba recién nacida, con nosotros dos en un estado pésimo, desorientados, exhaustos, sin vestir, con las tetas fuera, a veces en bragas, a veces en calzoncillos, cuando, de repente, veíamos a dos personas con el abrigo puesto dentro de nuestra casa. Mi novio no lo podía soportar, pero no se atrevía a decirles nada. Nunca nos atrevemos. Es más, ante su inesperada y repentina irrupción en casa los martes en una franja de tiempo que oscila entre las 9:00 y las 10:00, hemos aprendido a estar preparados, no vaya a ser que entren de repente.

Y es que es aparecer por la puerta y, sin quitarse el abrigo, empezar a hablar sin parar: «Mire, ¿usted sabe que nosotras somos trece hermanas? ¡Más los abortos! Bueno, somos doce hermanas y un hermanito. Siempre lo tuvimos como a un peluche. Pobre hombre. Pues a mi mamá siempre le gustó ponernos muchos nombres. Todas tenemos muchos nombres menos mi hermano, que solo tiene uno. Yo misma soy Diana Jacqueline Yasmina de Pedro. ¡De Pedro! ¿Usted se cree? Siete de nosotras nos llamamos de Pedro. Qué obsesión tenía mi mamá con Pedro. Será porque echaba de menos tener más varones. Yo a Emily le puse Emily Martha porque no hay nadie en mi familia que se llame así, ni Emily ni Martha. Y, por supuesto, tampoco Emily Martha. Mire, cuando vivíamos en Usera, Emily tendría unos once años y estaba sola en la

casa con su tía, que vivía en la habitación de al lado. Pues entró un hombre a robar por el falso techo. Apareció en la habitación de mi hijita. Se la quedó mirando y rápidamente se fue caminando para atrás. Solo pensar que le podría haber hecho algo, ¡lo mato! Está el mundo lleno de hombres malos. Desde entonces, no le dejo abrir nunca la puerta. Y ella venga a pedir cosas por internet, por eso de AliExpress. Ni sé lo que compra. Una vez quisieron darle un trabajo en una ONG, la habían elegido a ella de entre muchas personas, y yo le dije: "Emily, ni sueñes con trabajar allí. Eso de ir de puerta en puerta... Te ve un viejo de esos asquerosos, te tapa la boca y te mete *padentro* la casa". Bueno, es que no puedo ni pensarlo. Con lo que le dije: "Mija, lo siento, no vas a trabajar en esa ONG por muy blandita que te pongas, me da igual el dinero". Emily había sido la mejor, querían que fuera ella. Tan buenita mi Emily. Pero no, no, de eso nada. A casa que no venga ni un hombre a revisar la caldera si no estoy yo. Que yo soy bien fuerte, ¿ah? Podría *peliarme* con quien fuera que me pusieran delante. Mire, yo nunca le tuve miedo, por ejemplo, a ir a limpiar a casas nuevas, que usted nunca sabe lo que se puede encontrar. Mi amiga Martha una vez empezó a hacerle la casa a un señor, un señorito, sabe lo que le quiero decir, ¿no? Pues el señorito un día la agarró y la metió *padentro* el baño y la *toquetió* enterita de arriba abajo; nada más que dejó por tocarle la cara, porque ni se atrevió a mirarle a los ojos. ¿Sabe cuántos meses estuvo yéndole a la casa mi amiga Martha? ¡Un año! Porque de entonces con la crisis la gente no quería limpieza, porque se imaginará que la limpieza es lo primero que deja de pagar la gente cuando no tiene dinero, y no era tan fácil encontrar una casa nueva para limpiar. Pero, mire, yo prefiero vivir en la calle antes de que me ande manoseando un señorito. ¿Usted sabe cómo llamo yo a esos hombres? Cerdos».

Me asomo a la cuna de la bebé para ver si sigue dormida. Mientras lo hago, repaso las palabras que me acaba de decir Diana y siento que ese peligro no me corresponde, que a mí nunca podría pasarme algo así; que es que no lo entiendes, yo no soy ellas.

Hoy he soñado que la vecina de enfrente venía a casa a darle el desayuno a la bebé. Al terminar, en vez de lavarle la carita con agua, le pasaba una de las bayetas que tiene colgadas en su balcón. Yo iba corriendo y le decía: «Tía, ¿qué haces? Con la bayeta no». Entonces, me obligaba a olerle los dedos, que le olían a agua estancada, y me decía: «Ahora le vas a oler la cara a tu hija». Joder, le olía todavía peor que sus dedos. Yo miraba la carita de mi bebé, tan bonita y a la vez tan maloliente, hasta que ella entera se descomponía y se convertía en un trapo mojado. Entonces yo me echaba a llorar y la vecina, desesperada perdida, me gritaba: «¡¡¡Es que no soporto lo pija que eres!!!».

Antes de llegar a casa de Jan, a dos manzanas de cruzar hacia su calle, suelo sentarme en un banco que hay enfrente de un parque infantil lleno de *chicas* en uniforme cuidando de bebés blancos. El parque se divide en dos partes: a la derecha están las filipinas, que hablan más cerca las unas de las otras, con un tono de voz más comedido, más para adentro; y al otro lado están las latinas, que son voluminosas y expresivas. Predomina el uniforme blanco compuesto de dos piezas: un pantalón y una especie de camisa rígida. Algunas llevan un jersey puesto por encima tipo forro polar, y otras, un abrigo largo que disimula un poco más su ropa de trabajo. Hay dos perros atados a la valla de colorines del parque: un caniche con todos los accesorios en color rosa pastel y un *teckel* con collar y correa de la bandera de España. Los bebés, que rondan entre los

dos meses de vida y el año, están esparcidos por el parque mientras ellas hablan de sus cosas.

Un señor de unos setenta años, el abuelo de una criatura con fiebre, aparece de pronto en el parque y se ve abrumado por la cantidad de *chicas*. Se siente desubicado, totalmente fuera de lugar, mientras que su nieto va directo al tobogán porque el niño todavía no tiene la capacidad de discernir nada, ni uniformes, ni procedencias, ni leches, así que su observación del parque se reduce a un tobogán, un columpio y un muelle. El abuelo se queda pegado a la valla, intentando escuchar las conversaciones de las *chicas*, pero se ha puesto al lado de las filipinas y no entiende nada. Sonríe mucho porque es un abuelo progre y quiere hacerles ver que él no discrimina, que desea el bienestar de todo el mundo venga de donde venga, que todos somos uno, hasta que su mirada se pierde en la correa del *teckel* y ahí se deja envenenar por la bandera, que quiere que no le moleste pero le molesta, le duele, le da incluso pena el perro.

Entonces empieza a aborrecer el ambiente y a sentir lástima por todas esas *chicas* con un paternalismo exacerbado que casi le da ganas de llorar. Intenta agarrar al nieto para llevárselo a otro parque, pero este se ha quedado clavado en lo alto del tobogán («Que yo de aquí no me muevo, que no, que no, que no»). El abuelo tira del niño para arriba, pero este se agarra a unos tiradores que hay en el lateral del tobogán mientras chilla. Las *chicas* se quedan en silencio mirando la *performance* del abuelo y el niño. Lo miran con pena, con la creencia de que ese pobre abuelito no tiene idea de manejar a su nietito. Pobre hombre. El niño patalea tanto que parece que vaya a hacer agujeros en el tobogán. Y el abuelo piensa: «Joder, le soltaba una leche al puto crío...». Pero respira hondo y le dice al oído bastante enfadado, pero disimulando: «Te

vas a quedar aquí con todas estas señoras y te van a cuidar ellas». Y entonces hace como que se va, pero al niño le da absolutamente igual.

El abuelo, en un momento de lucidez, se da cuenta de que está haciendo el ridículo y no se atreve ni a mirar hacia la zona donde están todas las *chicas*. Le parece oír risitas y empieza a ponerse rojo como un tomate. Entonces, a pesar de la fiebre y la vomitona que echó el niño anoche, el abuelo vuelve hacia él y le dice en voz baja: «Ven, que te voy a comprar unas chuches». Le da un beso, asegurándose de que por lo menos hay dos o tres *chicas* mirando hacia ellos, y sale del parque victorioso. En ese momento yo también me levanto, con un subidón tremendo por haber presenciado la escena, y sigo mi camino a casa de Jan.

Con la llave metida en la cerradura, a punto de dar la última vuelta antes de abrir, deseo con todas mis fuerzas que Jan no esté. Él, a diferencia de la inmensa mayoría, no tiene ningún problema en deambular por ahí mientras alguien limpia su casa. Es más, él es el que habla y no al contrario. Y yo, francamente, prefiero estar en silencio. Jan es insomne desde que era pequeño y duerme una media de cuatro horas al día, así que tiene mucho tiempo (demasiado) para gastar hablando consigo mismo o con la persona que tenga delante. Por eso valoro muchísimo los días en los que estoy sola en la casa.

Lo primero que hago es agarrar las cortinas, que llegan hasta el suelo, y atarlas con un nudo para que queden a dos palmos del parqué, de tal manera que, al pasar la aspiradora y la fregona, esa zona quede libre y los bajos de la tela no se llenen de pelusa. Lo segundo que hago es vaciar cada uno de los ceniceros que están

repartidos por la casa: dos en el salón, otros en la barra de la cocina, el baño, la habitación, el balcón y la sala. A pesar de su pasión por el tabaco, nunca le he escuchado toser. Es más: no sé cómo lo hace, pero la casa no huele ni a humo ni a colillas. Cuando le cambio las sábanas, no puedo evitar detenerme en las manchas resecas que hay en el edredón, paso un poco el dedo por encima para confirmar que esa parte está medio acartonada y termino de quitar la funda por completo. Aprovecho el viaje con las sábanas sucias para llevar los dos vasos de agua que tiene en la mesilla. Cuando trabajaba para él en el estudio, me obligaba a estar bebiendo agua constantemente y me preguntaba: «¿Cuántos vasos has bebido hoy?». Yo no contestaba porque me pillaba de sorpresa, así que él me lo imponía: «Bébete uno».

Le cambio también las toallas del baño y, antes de salir, reviso (como si se tratara de un niño pequeño) que haya tirado de la cadena. Levanto la taza y veo dos bolitas de caca sepultadas bajo una montaña de papel higiénico. De manera automática, ya casi como un hábito, tiro de la cadena y me voy a la cocina. Diría que en lo que más tiempo invierto cuando hago la casa de Jan es en recogerla. En cuanto todo está en orden, el resto es sota, caballo y rey.

Mientras termino de hacer la cocina, pienso en el abuelo del parque, en su mirada ansiosa por sentir la aprobación de toda esa quedada rutinaria de *chicas.* Fantaseo con su versión de la historia al reencontrarse con su hija y su yerno por la tarde: «Y ahí estaba yo, el único hombre. Notaba cómo todas me miraban y, no te creas, pero algunas tenían una miradita así como sumisa, ¿sabéis a lo que me refiero? Casi como dándome la sensación de que yo, aun siendo el único hombre que había ahí, tenía incluso más poder que todas ellas juntas. Algo raro, pero real. Ah, Óscar ha vuelto a vomitar. No

sé por qué, si yo solo le he dado la manzana, como me habíais dicho».

Hago un repaso visual antes de cerrar la puerta para asegurarme de que todo está correcto y, de paso, observar unos segundos, bastante satisfecha, el cambio con mis propios ojos: el antes y el después. Cierro fuerte, doy tres vueltas a la llave y me voy a casa.

Desde que la bebé gatea, me fijo mucho más en el suelo de las casas de los demás. En un principio, podría parecer que la mayoría están limpios, pero, después de un rato gateando, te das cuenta de que están llenos de mierda. ¿Deberíamos hacer como los ingleses y forrarlos con moqueta? Pasear por nuestras casas como si estuviéramos en el Mobile World Congress. ¿Qué cabezal necesitaríamos en ese caso para la aspiradora?

Rita se quedó ayer con la niña toda la mañana para que mi novio y yo pudiéramos estar un rato a solas. Insistió: «Es crucial que lo hagáis». Al principio no sabíamos ni qué hacer, nos volvimos a meter en la cama nada más dejar a la bebé en casa de Rita, pero al cabo de un rato salimos a dar un paseo. A media mañana, Rita me envió una foto de la bebé con el siguiente texto: «¡Joder, tía! mira qué sucio tenemos el suelo! xD». La niña tenía las rodillas y las manos más negras que había visto en mi vida. Parecía que venía de trabajar en la mina. Hasta que uno no tiene un bebé, no sabe lo sucia que tiene la casa. En casa de mis padres, por ejemplo, puedes encontrar cosas insólitas por el suelo. Antes de poner a la bebé a gatear, siempre echo un ojo por si pudiera haber algo potencialmente mortal. ¡Y así es! El otro día encontré unas grapas que eran mucho más gruesas de lo normal. «¡¿Qué coño hacen aquí estas grapas tan

monstruosas?!», grité. Se me puso mal cuerpo solo de imaginarme a mi hija metiéndose una de esas en la boca.

De vuelta a casa de Rita, pasamos por delante del escaparate de una tienda de ropa de trabajo. Mi novio aflojó el paso, quería fijarse en los uniformes de personal de limpieza que estaban expuestos. «Nunca he visto el tuyo, ni sé si el pintorcito te hace ir con cofia». «Solo para cocinar, me pongo una gorrita para el pelo». Se lleva la mano a la boca, es increíble porque le parece absolutamente denigrante que este sea ahora mi trabajo, que mi vida se acerque más a la de Emily y Diana que a la de sus compañeros de trabajo. Sé que en su fuero interno me tiene programada una fecha de caducidad, un día en el que por fin me dé por vencida, como si yo misma no fuera capaz de ver con mis propios ojos que es un trabajo duro, inestable. Pero lo que él parece no entender es que me interesa más acercarme a la vida de María Luisa que a la vida de la chica que te enseña la lista de precios en la galería nosequé. «¿Sabes qué pasa, además? ¿Algo que no llegas a ver? Que mis malabares son distintos a los tuyos. Que tu trabajo siempre es intocable, inalterable, y yo, haga lo que haga, tengo que hacer malabares con la bebé. Y limpiar hace que mi día tenga sentido para estar con ella, que la locura no sea una opción a la vuelta de la esquina. ¿Lo entiendes?». «Sí», me responde apretándome con una mano las dos nalgas a la vez, como si quisiera exprimírmelas. Antes de seguir paseando, reconozco en su mirada la manera en la que yo miro a Emily y a Diana: con pena.

¿Quiénes somos los que miramos los estados de WhatsApp? ¿Somos un tipo especial de persona? ¿Una raza nueva? Esta semana, Roxana ha estado colgando estados relacionados con Paraguay. Hoy, sin ir

más lejos, ha subido uno de una foto de una mesa llena de comida que ponía: «SABOR GUARANÍ EN MI CORAZÓN», y el emoji de la bandera de Paraguay por todas partes. También estoy enganchada a los estados de WhatsApp de Vivian, la posible canguro de la bebé que conoció mi madre el día que se hacía pis. Antes de ayer subió: «Este es mi país, carajoooo!», acompañado de la foto de una carretera llena de tráfico y un comentario: «Miss you» y emojis de caritas tristes. Ayer continuó con un: «No elijas a cualquier persona para tu vida. Elige a esa persona que piense en un futuro, en una estabilidad, en formar una familia, que tenga deseos de casarse contigo, porque eres maravillosa y mereces a alguien que te ame como tú lo amarás a él». También hoy ha seguido con el tema de cuidar a los hombres: «A los hombres se los cuida, se los respeta, se les da cariño, se les demuestra interés, se les da los buenos días y las buenas noches, y se los enamora día a día». Podría parecer que no soy el público objetivo de los estados de WhatsApp de Vivian, pero todos me hacen pensar un poco. ¿Cuándo fue la última vez que le di los buenos días a mi novio? ¿Y las buenas noches? Mira, ni me acuerdo. Estamos en un punto diferente: «¿Has bajado la basura? ¿Le has cambiado el pañal? ¿La caca era dura o blanda?».

Mi madre me ha pedido que vaya a limpiar su casa los jueves en vez de los domingos. Lo cierto es que me intriga saber cómo lo gestiona con mi padre, o si al volver a casa él dice algo parecido a: «¿Qué ha pasado aquí? ¡Qué limpia está la casa!». Quiero creer que es capaz de darse cuenta de que el suelo brilla, que los cristales están relucientes y que los cojines están colocados en línea en el sofá (si no, me veré obligada a dejarle señales, mensajes ocultos como esos balones hechos por niños pidiendo auxilio). Pero, como mi madre y yo estamos guardando nuestro secreto como si fuera un lingote de oro, nunca lo sabré. Estoy casi segura de que es capaz de decirle que ha limpiado ella la casa, que se ha tirado toda la mañana, que le duele la espalda, que tiene las manos secas, que no valora todo lo que hace por el hogar y que no es consciente de la pasta que le ahorra a la economía familiar, o sea, a la de ellos dos.

A ratos, cuando estoy pasando la aspiradora o haciendo el baño, me olvido de que estoy limpiando una casa en la que yo también he vivido, e, incluso, una casa que ya he limpiado años atrás. Soy capaz de hacerme creer a mí misma que no es la casa de mis padres, e inspecciono todo como si lo viera por primera vez, dejándome sorprender por el desorden de los cajones de su cocina o por la manera de dejar sus respectivos pijamas encima de la cama. Supongo que es un mecanismo de defensa, una especie de chaleco salvavidas que utilizo para no ahogarme ante la simple idea de que mi madre siente dos cosas muy claras por mí: una, la decepción

profunda por mi latente fracaso laboral; y dos, la necesidad, cueste lo que cueste, de mi faceta como limpiadora, algo que tapa en su propio monólogo interno con la afirmación de: «Si, total, le encanta limpiar». Por la parte que me toca, yo soy incapaz de contárselo a mi novio porque me avergüenza. Está claro que mi madre me utiliza y decir eso en voz alta es penoso y humillante a más no poder. Pero aquí estoy, siguiendo su lista de tareas al detalle:

- Limpiar bien cajones cubiertos (Me sorprende lo cerdos que tienen esos cajones de una semana para otra, llenos de migas de pan y restos de especias).
- ¡¡¡RODAPIÉS!!! (Me insiste en los rodapiés. Es algo que le obsesiona, como si fuera una línea blanca casi imperceptible al ojo de cualquier otro humano, pero que a ella la persigue por toda la casa).
- Planchar camisas Ramón (Y ahí leo *Ramón* y no pienso en *papá*).
- Baños completos. ¡¡¡Azulejos!!! (He traído el cepillo de dientes para frotar entre las juntas de las baldosas. Ni se lo va a creer cuando lo vea. Me gusta el trabajo minucioso, el desafío de dejar algo como si fuera nuevo).
- Cambiar sábanas habitación invitados (Mi habitación, que desde el primer día que me fui pasó a ser la habitación de invitados).

Hago todo en tres horas y media, pero a mi madre le digo que han sido cuatro. Termino reventada, con los dedos rígidos de tanto apretar la bayeta y el estropajo. De hecho, hay días en los que los dedos se me quedan tan pillados, tan agarrotados, que llego a asustarme. Descanso un rato en la cocina, que no siento como algo mío de la infancia, sino como la cocina de la señora a la que le limpio la casa, y me bebo un vaso de agua. Siento una flojera

inmensa, un bajón de tensión de los que parece que de un segundo a otro el cuerpo vaya a pasar de estar vivo a estar muerto. Me mojo un poco la frente con agua fría y, como un cangrejo de medio lado, voy hacia la nevera. Está bastante llena, así que de manera aleatoria cojo un táper que parece tener algo de pollo. Me lo como con un ansia angustiosa, deseando encontrarme bien. Me apoyo un poco en la encimera con los ojos cerrados, tratando de encontrar de nuevo mi respiración. Siento que poco a poco voy estando mejor y vuelvo a ponerme en marcha: le doy un agua al envase, lo meto en el lavavajillas, hago un repaso visual de la cocina, cojo mis cosas y me voy.

Por la noche, cuando estoy cenando con mi novio, empieza a sonar mi móvil, pero lo ignoro. «¿No contestas?». Dejo que termine de sonar pese a que la persona que me está llamando insiste y la mirada de mi novio también. Me asomo y veo que es mi madre: «Sol —noto en su voz un tono comedido a punto de estallar—, ¿te has comido el táper de pollo que había en la nevera?». Miro a mi novio de reojo, tratando de descifrar si el volumen de mi móvil está tan alto como para que se entere de todo. Por si acaso, me voy al baño. «Sí, mamá, me lo he comido. ¿Qué pasa?». Está frenética, poseída por una rabia atroz. «¿Cómo que qué pasa? Que uno no va comiéndose la comida de los demás. Y mucho menos trabajando, vamos. Imagínate que esas señoras que vienen a tu casa a limpiar se comen algo tuyo». «Ah», le digo sin entender del todo la dimensión del asunto, la inmensidad de su ira, que está a punto de tirar de ella como si fuera un caballo. «Es que me encontraba mal». Parece no haberme querido escuchar. «Es que ese pollo lo tenía guardado para mí, era mi pollo. ¿Lo entiendes? No puedes abrir la

nevera y comerte mis cosas». «Es que me encontraba mal», le repito. «Bueno, bueno, hala, que no lo vuelvas a hacer». Y ahí lo noto, el erizo, con todos sus pinchos, clavado en mi piel. Una tristeza descomunal, una pena de mí misma, un agujero en el pecho. No salgo del baño en un rato, lo hago cuando sé que a mi novio se le ha olvidado que estaba hablando por teléfono, para evitar que me pregunte: «¿Qué dice tu madre?».

Me encuentro a Tere, la mujer que limpia la escalera. Mientras hablo con ella, pienso en que la tengo guardada en WhatsApp como Tere Limpiadora. Le digo: «¡Tere, qué guapa se te ve!». Me cuenta que acaba de hacerse una limpieza de cutis «en el sitio ese de latinas que hay enfrente. Me dice: «Latinas como..., blanquitas, ¿sabes? Así, muy guapetonas. Bastante majas». A pesar de que conozco el sitio, decido no contárselo. De hecho, suelo ir a veces. Me gusta porque me llaman «muñeca». «Muñeca, ¿ya elegiste color?», «Muñeca, ¿vas a querer la limpieza con punta de diamante?», «Muñeca, ¿qué tal un tratamiento para la retención de líquidos?». Le digo a Tere: «Mírala a ella, qué coqueta». Me cuenta que este fin de semana se casa su hija. «Una boda Disney», me dice. «¿Una boda Disney?», le pregunto. «Sí, mi niña, que le gusta mucho el Disney. El vestido que se ha hecho es como de princesa de cuento, ¿sabes? Me ha costado un ojo de la cara. Fuimos a la tienda de vestidos con una foto de la Cenicienta. Y de luna de miel se van al Disneyland París. Mi niña. Veinticinco añitos tiene. Y yo solo le digo: "Anda que no te queda, guapa. Yo a tu edad ya llevaba fregadas unas cincuenta escaleras". Toda la vida *fregoteando*». Para de hablar, se me acerca. «Huéleme. Venga, huéleme, huéleme, ven». Doy un paso hacia ella, ella tuerce el cuello para que le huela en esa zona. Pego demasiado mi nariz

contra su piel. «¿A que huelo bien? En mi vida he olido a productos de limpieza. ¿Sabes ese olor que se te queda pegado en la piel como a lejía? Les pasa a compañeras mías. Pues a mí no. Esta colonia me la compró mi hija en el Mercadona. Es una colonia del Disney también. Lo que la quiero yo a mi niña. Ya verás qué guapa voy a ir a la boda, tengo unas ganas... Ya me verás en los estados del WhatsApp. Lo pienso colgar todo. ¿Qué tal está el *nene*? ¿Te doy una salchichita *pa* luego?».

Cuando Diana y Emily entran por la puerta (sin avisar, por supuesto) y la bebé está dormida, hablan flojito y se desplazan por la casa como plumas. Todo lo contrario a lo que haría mi madre: caminar como si sus piernas fueran patas de elefante (¡pam!, ¡pum!, ¡pam!, ¡pum!) para despertar *sin querer* a la bebé y poder así tenerla en brazos, besuquearla, achucharla, sacarle cincuenta fotos en un momento e irse corriendo a un plan mejor. Desde que trabajo para Jan, guardo todo el dinero que me paga en efectivo en un sobre dentro de un libro de la estantería. Esta mañana, mientras lo estaba contando para ingresarlo en el banco, me ha parecido que me faltaban cincuenta euros. Primero he pensado en dónde podría haberlo dejado, pero enseguida me he dado cuenta de que ese dinero se había esfumado. Me he acordado de las *mamis*, de cuando en la cena dijeron: «Son unas ladronas, está en su ADN». «Sí, pero las necesitamos aunque nos roben». Y me ha empezado a temblar un poco el labio, he sentido algo así como un malestar de catarro repentino, un dolor muscular que me ha producido un tembleque en las piernas muy desagradable.

«No sabe el fin de semana que tuvimos. Anduvimos comiendo sin parar porque Emily cocina cosas deliciosas. Preparó un plato con

salsa de ostras, gambas y pollo. Es el que mejor le sale, ¿verdad, mijita? Ya me dijo que la receta que le dio de tarta para el cumpleaños de su novio le salió bastante mal. Usted no parece hacer buenos postres. Bueno, eso es solo una impresión que tengo yo. Los postres no son nada fáciles, hay que tener mano. Este jueves es festivo y nosotras trabajaremos. Iremos allí donde Almudena, que se ha roto la pierna y me ha pedido que le vayamos un par de horas. Bueno, a la iglesia no íbamos a ir, así que mire, no nos importa. ¿Sabe la última noticia? Quieren enviar a Loli a la residencia. La pobre Jacqueline entonces se queda sin casa y sin trabajo. Porque en el último año Jacqueline hasta dormía allá con la viejita. El hijo ya anda queriendo meter a la señora Loli en un lugar, y la señora Loli no sabe lo que anda queriendo porque Jacqueline me dijo que ya ni se entera de nada la pobre. Mi hermana no sabe lo bien que ha estado viviendo hasta ahora. Cada vez que se va de viaje, le pide al hijo de la señora Loli y él se traslada a la casa. Sí, sí, se pone ahí a dormir en la cama de Jacqueline y ella incluso le deja apuntadas las tareas en una libreta. No sabemos bien qué será de ella... Tendrá que encontrar bien rápido otra viejita a la que cuidar para poder vivir en su casa. Sobre todo, antes de que se quiera meter a vivir en la casa nuestra. ¿Verdad, mija? Mi Emily es que es tan calladita... No como mis hermanas y yo. No sabría decirle cuál de todas nosotras es la que más habla. Por cierto, ¿sabe adónde se va de viaje Jacqueline a final de mes? Al Cairo».

Mientras estaban a punto de irse, le he preguntado: «Diana, ¿no habréis visto por casualidad un billete de cincuenta? Lo he debido de perder». Ella me ha respondido levantando una ceja porque sabe que, siempre que desaparece algo en una casa, la mujer de la limpieza es la primera persona a la que acusar. «No, señora, no lo

vi». Y ahí el cuerpo de Diana ha hecho clic, un cambio en su anatomía que venía a decirme: «Señora, qué decepción con usted».

Voy con la bebé a visitar a mi tía a su casa. Nos abre la puerta una señora que no he visto jamás. Como veo que me mira raro, le digo: «Soy su sobrina». Un dato que, por su mirada, parece importarle un pepino. Al segundo, desaparece mientras grita: «¡Señora, su sobrina!». «¿Quién es esta mujer?», le pregunto a mi tía. Las dos la observamos: su físico, su manera de moverse, su ropa. «Es Maritza, la nueva mujer de la limpieza. La que me pasó Roxana era un zote, la verdad. No había visto a nadie tan torpe y tan destructivo en mi vida. A Maritza me la pasó Paloma Pastor, que me llamó un día para hablar de trabajo y me terminó contando que tenía una señora nueva que le limpiaba la casa. "¡Es viejísima, pero lo hace de maravilla, no he visto nada igual en mi vida!", me dijo Paloma. Y aquí está. Tiene sesenta años largos. La verdad es que voy detrás de ella todo el rato porque me da miedo de que se caiga y se haga una avería. No veas las manos que tiene, ¡son gigantes! Es encantadora. Bueno, tú sabes que yo siempre intento que no crean que soy una pija, que me vean como soy, normal, que no me vean tirando la comida que se me pone mala, que la casa esté limpia y recogida cuando vengan. Aun así, no te puedes imaginar lo que me pasó el otro día: ¿sabes mi hucha con forma de bailarina de danza del vientre? Pues ahí tenía algunas monedillas. Uf, estaba harta de ver la maldita hucha porque la llevaba teniendo ahí... años. Vamos, que la has tenido que ver muchísimas veces. En la estantería, donde los libros con el lomo negro. Pues el otro día dije: "A tomar por saco

este trasto lleno de dírhams, libras y monedas de un céntimo". ¿Y qué hice? Tirarla a la basura con todo lo que había dentro. Pues me viene ayer Maritza con un paquete de tabaco de liar en una mano y un llavero de Elvis Presley en la otra diciendo: "Señora, mire lo que me compré el otro día con el dinero que tiró a la basura". Sol, ¡había nueve euros en monedas! ¿Ahora qué pensará de mí?».

La verdad es que no tengo ni idea de qué debió de pensar Maritza sobre mi tía. Es posible que nada. Pero también existe la posibilidad de que al volver a casa le dijera a su marido algo así como: «Los pijos no saben ni lo que tienen. ¿No te parece que son gilipollas?». El hecho de tirar dinero a la basura me chirría tanto como el sonido de una llave rascando el lateral de un coche. Podría ser algo parecido a no agacharse por pura pereza a recoger del suelo una moneda de un euro que se te ha caído y que mi tía sea esa persona que me hace sentir miserable. Lo peor de todo es que me deja en una especie de limbo, como si no perteneciera a ninguno de los dos mundos: demasiado pija para limpiar y demasiado mediocre para hacer algo digno con mi vida.

En el edificio de enfrente se consumen muchísimos lácteos. Esta noche ha habido un momento mágico a eso de las 22:00, cuando ya había oscurecido. El edificio estaba en sombra y cada cocina, iluminada. La vecina de enfrente, el chico de la gota de pis en el calzoncillo, la pareja de tatuados, la chica que fuma a todas horas en el balcón y el señor que siempre lleva puesto el chaleco de Correos: todos ellos se han puesto a comer un yogur a la vez.

A las 22:08, después del momento mágico, ha sonado mi teléfono: «Abuela, ¿qué pasa?». «Que la está dando otra vez un parraque. La he dicho que o se toma una pastilla o yo así no la

aguanto más». «¿Pero Jéssica está bien ahora?». «¡¡Cómo va a estar bien!! ¡¡No te estoy diciendo que la tengo aquí delante, que la está dando un parraque!! Y una pastilla en la boca a la fuerza pues tampoco se la voy a meter. ¿A qué esperas? ¡Ven y te la llevas! Que al final me voy a tener que tomar otra pastilla para quitarme los nervios de verla así. ¡¡Yo también sufro por ella!!».

El volumen de mi móvil está tan alto que mi novio escucha la conversación y, antes de que cuelgue, ya ha salido por la puerta. Camina rápido en dirección a casa de mi abuela, sintiéndose fuerte, con esa energía de héroe que te da el ir a ayudar a alguien que te necesita con desesperación. Cuando llega al portal, se encuentra a Jéssica sentada junto a mi abuela en el sofá que hay en el recibidor. Jéssica en chándal y mi abuela en camisón. Ninguno de los tres habla. Mi novio y Jéssica salen por la puerta y desaparecen entre las farolas, los árboles y la oscuridad.

En el hospital, Jéssica camina al lado de mi novio, pegada a él como si fuera su tótem. Mi novio habla por ella en todos los mostradores y le compra una Fanta de naranja en la máquina. «Ya verás, una Fanta le sube el ánimo a cualquiera». Los dos se sientan en la sala de espera, que no está ni muy llena ni muy vacía, mientras mi novio se rompe el coco buscando un tema de conversación. A Jéssica le gustaría apoyar la cabeza en el hombro de mi novio, pero no lo hace porque le parece indiscreto. Le encantaría, porque sabe que así se le pasaría la taquicardia en un momento. «¿Echas de menos tu país?», le pregunta él sin mirarla a los ojos. Jéssica responde con la cabeza como si fuera una niña pequeña. «Normal ...».

Ninguno dice nada más. Mi novio saca el móvil y lee algunos titulares de periódicos. Durante el tiempo en que está con el móvil, Jéssica aprovecha para llorar. Las lágrimas se le desparraman por la

cara y el cuello y le empapan el inicio del jersey. Hasta que no empieza a moquear, mi novio no se da cuenta. «Uy, no llores, no llores», le dice moviendo los brazos como si hubiera una sartén quemándose en el fuego. Va corriendo al baño para traerle papel higiénico. Jéssica se suena los mocos de una manera escandalosa, cubriéndose toda la cara con el papel. «¿Jéssica Ramírez?», dice una voz. Ella no se da por aludida, así que mi novio la invita a levantarse. Está como un trapo mojado. La acompaña a la consulta y se queda con ella dentro, a un lado, apoyado en la pared.

«Me acuerdo de usted. ¿Cómo es posible que me acuerde, con todos los pacientes que veo al día?». Jéssica mira a la doctora, su voz le calma como un caramelo de miel. «¿Qué le pasa esta vez?». Mi novio responde por ella como un resorte: «Tiene mucha taquicardia. Vive en la casa de la abuela de mi pareja». «¿Seguimos con la taquicardia entonces, Jéssica?». Jéssica asiente. Ya ha dejado de llorar. Se seca las lágrimas y los mocos con la manga. Se quita el jersey con brusquedad y se despeina toda. La doctora la ausculta. «A ver. Respira. Respira tranquila. Tienes que aprender a respirar. Respirar es la clave de todo. Es muy importante que sepas respirar bien por si te vuelve a dar taquicardia, para que puedas estar tranquila. ¿Quieres que te dé una buena noticia? La taquicardia pasa con los minutos, unos minutos que se hacen larguísimos, lo sé. Por eso mismo, para ayudar a que bajen las pulsaciones, debes respirar. ¿Sí? A ver, enséñame cómo lo haces». Mi novio inhala y exhala despacio, siguiendo el ritmo que le marca la doctora a Jéssica. Los tres inhalan y exhalan a la vez, con los mismos tiempos. Mi novio tiene miedo de que la doctora insinúe que Jéssica está siendo maltratada. De hecho, tiene preparadas las palabras exactas por si ella lo deja caer: «Es que echa de menos su país».

Ya en la calle, Jéssica y mi novio pasean de camino a casa de mi abuela. Jéssica va pensando en su hija, y mi novio, en su madre. Cuando llegan al portal, Jéssica se niega a subir, se queda clavada en el suelo, a dos metros de la puerta. Mi novio la mira a los ojos y, de un segundo a otro, pasa de compadecerse a aborrecer su cara. Está cansado, quiere meterse en la cama y dormir. «Lo siento, Jéssica, yo no puedo hacer más por ti». Repasa mentalmente todo lo que ha hecho esa noche por ella: la ha ido a buscar, la ha llevado al hospital, le ha comprado una Fanta, le ha intentado dar conversación, le ha llevado papel higiénico y ha entrado con ella en la consulta. Mi novio se harta de mirarla porque está en plan efecto túnel y solo piensa en dormir, así que da media vuelta y se va. Mientras camina, sabe que detrás de él hay una sombra, un cuerpo que se mueve con pies de plomo. Espero a mi novio en el sofá sin hacer nada hasta que abre la puerta. Cuando entra, veo que detrás de él asoma otro cuerpo. Mi novio no dice nada, tan solo se encoge de hombros y desaparece por el pasillo. «Voy a dormir aquí, señora, ya se lo he dicho a su abuela», me dice Jéssica con un tono asertivo que no le había escuchado jamás. «Claro, claro. Ahora lo organizamos». Le extiendo una sábana por encima del sofá, le dejo un pijama, se lo pone, me pide un yogur, se lo doy, se lo come, se tumba y se queda dormida al instante.

Entro en nuestra habitación y veo que mi novio está en penumbra con la cara iluminada por la luz del móvil, tiene el entrecejo fruncido y parece enfadado. «¿Qué te pasa, qué haces?». «Le estoy comprando un billete de avión de vuelta a Honduras». Me quedo completamente en blanco, petrificada, de pie. Está enfadado, lleno de rabia, no sé si frustrado, hay algo que no me quiere contar. Cuando parece que ha conseguido comprarle el billete «para mañana mismo», se destensa y se acurruca en la cama. «¿Cómo le

compras un billete a alguien sin consultarlo por lo menos con la persona en cuestión?». «¿Cómo que sin consultar? ¡Si lo está pidiendo a gritos! ¿Sabes cuántos años tiene su hija?». Me callo porque no lo sé, ¿cuántos años tiene? Siempre pensé que sería mayor. A mi novio se le hincha la vena de la frente, hace un esfuerzo inhumano por no llorar. «Tiene dos años. Me lo ha dicho en el hospital». Me desplomo encima de la cama, no por Jéssica, sino por mí, de pensar en mí misma separada de la bebé. Toni sabía que la hija tenía dos años, pero nunca nos lo quiso decir, sino todo lo contrario. Alguna vez soltó un: «Yo no sé por qué echa tanto de menos a su hija si ya está crecidita». Y de repente todo me parece tan macabro que el billete de vuelta a Honduras resulta de lo más sensato. Acerco mi cuerpo al de mi novio y le doy un beso arriba en la mejilla, al lado del ojo, y noto su piel un poco húmeda y salada.

Por la mañana, despierto con suavidad a Jéssica, que sigue tumbada en el sofá, enrollada en la sábana blanca como si fuera un gusano de seda. Le acaricio un poco el hombro: «Jéssica —le susurro—, Jéssica». Separa muy despacio las pestañas, las de arriba de las de abajo, y me mira con unos ojos llenos de calma. «¿Qué tal te encuentras?». «Bien, gracias, señora. Dormí muy bien. ¿Dónde tiene a la beba?». «Sigue dormida». Se incorpora y se queda sentada en el sofá, cubierta por la sábana, mientras se peina un poco el pelo con la mano. «Verás, te hemos comprado un billete de avión a Honduras». Mi novio aparece por detrás: «Yo te llevo al aeropuerto». «Para que puedas ver a tu hija», le aclaro, porque parece no entender nada. ¿Qué es Honduras? ¿Qué es una taquicardia? «¿Y su abuelita? Lo siento por su abuelita, pero me odia, no puedo vivir más con ella». «Lo sé», le respondo con una

vergüenza que me devora las costillas. Escuchárselo decir puede que sea de lo más triste que se me hubiera ocurrido jamás. Le ofrezco una toalla para que se duche y, mientras lo hace, le preparo una tostada.

Su avión sale dentro de seis horas, pero mi novio quiere dejarla cuanto antes en el aeropuerto. Es un estado emocional que no soporta ni un minuto más, necesita que se vaya y que todo esto termine cuanto antes. «¿Quieres ir a por tus cosas a casa de mi abuela?». «No, señora, así estoy bien». Le meto un plátano y unas galletas dentro de una bolsa y le digo que lo guarde en su mochila por si le entra el hambre. La observo moverse, en algunos movimientos parece una niña y en otros una vieja, con los hombros hacia delante, el pelo que le tapa la cara, su estatura. Antes de salir por la puerta, me agarra fuerte las manos por las yemas de los dedos, apretándomelas. En vez de darme un abrazo, lleva la barbilla hacia el pecho queriendo manifestarme su agradecimiento. Levanta de nuevo la mirada, me la clava con dureza y me dice: «¿Me va a ayudar usted entonces a traer a mi hija acá, a España? Yo allá no me quiero quedar». No le contesto nada. Hago un amago de decir que sí con la cabeza, para que se quede tranquila, y al momento sé que es una cagada. Pero, bueno, por dentro me relaja pensar que ella no tiene nuestro número de teléfono y que jamás podría contactar con nosotros para que la ayudemos. Me doy un beso fuerte en las yemas de los dedos y le digo adiós con la mano mientras desaparece en el ascensor con mi novio, con nada más en la mochila que el pasaporte, un plátano y unas galletas.

Tercera parte

Hemos pasado una noche de mierda y no he oído el despertador, así que, en cuanto abro un ojo y veo la hora, me pongo en movimiento para estar lista antes de que lleguen Diana y Emily. Aprovecho que la bebé sigue dormida y me meto rápido en la ducha con el agua lo más fuerte y lo más caliente posible. Que me pique y me queme. Al rato, el agua empieza a salir congelada, como si me estuvieran tirando por encima el agua que ha sobrado de una neverita de playa llena de hielos hasta reventar. Cierro el grifo temblando, castañeteando los dientes, y me voy corriendo a la cocina para ver la caldera dejando un reguero de huellas por toda la casa. Parece que se ha apagado. Sigo temblando, pienso en si es posible electrocutarme y tiro el paño de la cocina al suelo y lo piso.

Busco con ansia y frío el botón de reinicio. Le doy varias veces, obcecada, cuando, de repente, a dos metros de mí, aparece Diana de la nada. Evita mirar mi cuerpo a pesar de querer mirarlo y se da media vuelta corriendo. Pego un chillido como si fuera un gorila en medio de la selva y me encorvo con tal de esconderme. Tengo la piel entera de gallina y la carne tensa. Diana se pone a un lado, me deja pasar, y vuelvo sobre el reguero de mis pasos mojados. Me reencuentro con el agua helada debajo de la ducha y chillo en silencio con el puro convencimiento de odiarla, repitiéndome una y otra vez: «Es mi puta casa, es mi puta casa, es mi puta casa».

No quiero salir del baño porque no puedo soportar volver a encontrarme con ella, no porque me haya visto desnuda, sino

porque se ha cargado mi intimidad de un plumazo, porque me asquea su presencia en casa sobre todo cuando no la espero. Pero sé que la niña está berreando, así que me aclaro el jabón a manotazos y salgo a secarme. Oigo desde la habitación que Diana tiene a la bebé en brazos y que le dice: «Beba, beba bonita, qué gordita estás, linda y gordita como un bollito». Y ahí lo veo claro: «Se lo voy a decir. Que no soporto que hable, ni que entre en casa, sin llamar antes a la puerta. ¡Vamos que si se lo voy a decir!».

Tengo la piel fría y los labios morados, y al salir de la habitación evito a toda costa mirarla a los ojos y empiezo a hacer como que hago mil cosas a la vez. Al mismo tiempo, quiero que me devuelva a la bebé, pero no me atrevo a pedírsela. «Bebita linda, bollito dulce», le canta. Y yo me repito por dentro: «Bebita linda, bollito dulce», intentando calmarme a pesar de ser incapaz de conseguirlo. Cuando intento decirle de golpe todo lo que pienso, se adelanta y empieza con su monólogo: «Verá, Emily no quería decirle. Hoy no ha podido venir porque ha ido a hacer una entrevista de trabajo en un hotel. No para limpiar, ¿ah?, porque ya sabe que Emily tiene su título de Turismo. Dice que la querían ver para algo de la recepción. Bueno, no es un hotel, es un hostel, con ese entremedias. Yo, lo que ella esté contenta, mijita. Ya sabe que ella es más calladita, más de poca gente, que todo el día la tengo pegada a mí. Me dijo: "Mamá, tengo una entrevista". Yo no pregunté más. Solo me dijo que era un hostel, con ese entremedias. ¿Sabe qué me pasó ayer en el colegio? De pronto oigo mi nombre: "¡Diana, Diana!". Yo nomás me giré y fui para allá. Era una profesora diciéndome que uno de los baños se había atascado y le dije: "Yo no soy de mantenimiento". Pero la profesora me contestó: "Ya, es que esto también es de limpieza". Así que me asomo y veo el váter atascado con un jersey adentro. Y caca. Todo caca. Para cuando me había acercado un poco al váter,

la profesora había desaparecido. Claro. Cómo no. Y yo por dentro pensando: "Esto es de mantenimiento, esto es de mantenimiento". Qué más da. Me puse los guantes y me dediqué a intentar sacar el jersey. Había mucha caca y tuve que dejarlo para volverme a mi sitio a por una bolsa bien grande de basura para poder tirarlo allá. Mientras sacaba el jersey ni pensaba en la caca, ¿sabe? Que, por supuesto, ahí seguía. Pero lo conseguí. Diablos, ni sé cómo habían atascado eso allá. Al sacar el jersey, bueno, era una sudadera, miro la marca: Adidas. ¿Y a que se va a creer usted que esto lo hicieran los niños? Pues no, estaba donde los baños de los bien mayorcitos ya. Ellas tienen unas tetotas que no se imagina. Bien grandes, así como las tienen ahora todas, ¿sabe? Bien grandes esas tetotas. Cuando termino, vuelvo a oír mi nombre: "¡Diana, Diana!". Me salgo corriendo del baño porque quien me llamaba era una compañera; que si limpiaba con ella la sala de profesores, que hoy nos tocaba juntas. Me voy para allá y cuando llegamos a la sala habían dejado toda la mesa llena de platos de usar y tirar y sándwiches medio masticados con patatas fritas, como si hubieran estado de comiditas celebrando no sé qué. Pues bien, mi compañera me dijo: "Diana, me voy a comer estos sándwiches que están sin tocar". Los observé. Usted sabe que a mí me gustaría adelgazar un poco, ¿no? Lo que pasa es que de repente me di cuenta de que tenía mucha hambre porque había almorzado más pronto de lo normal. Pues mi compañera y yo nos quitamos los guantes y nos pusimos a comer todos los que estaban en la mesa sin tocar. ¿Y sabe de dónde eran los sándwiches? Del Rodilla».

Durante todo este rato no he sido capaz de hablar, de intervenir, de suplicarle que se callara. Todo lo contrario: enfadada como un demonio, he aguantado estoica sentada en la mesa mientras escuchaba cada una de las palabras que me decía. Me siento

agotada, como si llevara ocho horas despierta a pesar de que solo llevo una. Me pongo el abrigo y me cargo a la bebé en la mochila. Diana viene corriendo, servicial, para ayudarme a atarla por detrás, aunque en realidad no necesito su ayuda. Con el corazón a mil, cojo aire para decirle por fin cómo me siento, y entonces ella, una vez más, se adelanta, extiende el brazo y me enseña la palma de la mano: «Fíjese, fíjese lo que encontré debajo de la estantería». Me giro para verlo y veo un billete de cincuenta euros. Una parte de mí se avergüenza por haberle insinuado que lo habían robado ellas, pero otra sigue dudando: ¿de verdad lo habrá encontrado?, ¿o lo habrá traído de vuelta de su casa? Supongo que nunca lo sabré. Igual que supongo que nunca le diré que llame a la puerta antes de entrar.

El otro día hicimos una comida en casa con amigos que no se conocían entre sí. Tenía claro que se iban a llevar bien, a pesar de que una nunca sabe qué puede llegar a suceder. El grupo se dividía en dos tipos de amigos: los que son amigos recientes, que todavía no saben todo de nosotros, y amigos viejos que, por suerte o por desgracia, saben demasiado. Con los amigos recientes uno quiere ser la mejor versión de sí mismo, igual que cuando empiezas a acostarte con alguien. Aunque siempre hay un hueco por donde asoma aquello que no nos gusta de nosotros mismos, algo que se encargan de sacar a relucir los amigos viejos, muchas veces para reírse un poco de ello.

Cociné una olla enorme de un guiso de carne con patatas, como si fuera una señora de setenta años. Ese fue justo uno de los comentarios: «Muy bueno, sabe a comida de abuela». Bebimos vino y comimos tabletas de chocolate de postre. La conversación fluyó

como un baile regional: a saltitos, llena de picos de emoción, pero también tuvo sus momentos de descanso. Precisamente en uno de esos silencios que aparecen sin avisar, Rita, en voz muy alta, inspeccionando el salón, sin ningún tipo de miedo al qué dirán los amigos nuevos, soltó: «Oye, y estas dos tías que vienen a limpiar tu casa, ¿son buenas? ¿Se podrían venir a la mía también?». Mi novio me miró de reojo, esperando a que dijera algo. Sabe que todavía no le he contado a nadie que ahora soy limpiadora. «No tienen ni un hueco libre», le respondí a Rita. «Estas tías la verdad es que se lo montan bien. Los fisios y ellas son de los que más curro tienen».

Hace tiempo que no voy al fisio, a pesar de necesitarlo más que nunca: que alguien me devuelva mis rodillas, me masajee las lumbares, me toquetee los hombros. Ahora bien, pienso en su hora de trabajo y en la mía: la suya cuesta cincuenta y la mía, doce, pero Jorge intervino, dejando el tema económico a un lado: «¿Sabéis que comparto a mi asistenta con mi jefe? Cada vez que viene a casa, me cuenta algo de él tipo: "¿Sabe que el señor Hernán les grita a sus hijos por las mañanas?"». En ese momento, mi novio quiso detener la conversación, porque no quería que fuera por ahí; las asistentas, las chicas, las limpiadoras, las chachas otra vez. Pero había una pregunta inevitable que asomaba a la vuelta de la esquina, y llegó cuando por fin Jose me preguntó: «¿En qué estás ahora, Sol?». Miré a nuestros invitados, la mesa estaba llena de personas con trabajos guais. «Pues mira, estoy limpiando casas». En cuestión de un segundo, Rita me pegó un manotazo en el hombro, de cachondeo. «Joder, tía, qué punki eres». Y todos se rieron, pues creían que era una broma, ya que nada en mí les recuerda a una de sus asistentas. «Sí, le estoy limpiando la casa a Jan, el pintor para el que trabajaba, y, bueno, estoy esperando a ver si consigo alguna casa más». Sentí

la respiración atascada en el pecho, como si fuera en ese preciso lugar donde hubiera tenido guardado mi secreto de ser limpiadora.

Nunca pensé que unos ojos pudieran mirarme con tanta incredulidad. Mientras los amigos nuevos repasaban en su cabeza las conversaciones de la comida por si habían dicho algo políticamente incorrecto relacionado con las mujeres de la limpieza, Rita siguió insistiendo: «Bueno, si te llaman para otra cosa mejor, siempre puedes dejarlo, ¿no?». Estaba claro que con «mejor» no se refería a mejor pagado, sino a mejor valorado. Llegados a este punto, yo solo quería que la conversación terminara, no porque me avergonzara, sino porque tenía claro que no me iban a entender, no iban a comprender que de entre todas mis posibilidades laborales hubiera elegido un trabajo como este, así que respondí: «Sí, claro, sé que si quiero puedo dejarlo mañana mismo». Mi novio se levantó y me dio un pico, porque sabe que nuestra vida funciona mucho mejor desde que me dedico a esto, a «un trabajo de lo más respetable, ¿eh?», pero que nadie en aquella mesa querría hacer ni en mil vidas.

«¡Me voy corriendo, me voy corriendo! Acuérdate de que a las nueve llega Roma. Enséñale cuál es el táper donde está la comida de media mañana». «¿Y cuál es el táper?». «¡Joder, el azul! Dile que últimamente no se está echando la siesta de las 12:00. ¡Ah! Y acuérdate de dejarle el dinero encima de la cómoda de la entrada». «¿Cuánto le dejo?». «¡Joder, cincuenta! Me voy, me voy. Adiós».

Mi novio solo ha visto a Roma en su foto de perfil de WhatsApp, y no porque él tenga el número, que no lo tiene, sino porque se la he enseñado yo desde mi móvil. De modo que hoy será el día en que la vea en carne y hueso. Por supuesto, a Roma ya la he avisado de que no estaré, que me voy pronto al trabajo y que será mi novio quien la espere en casa. A su vez, Roma está intrigada por saber qué cara tiene mi novio. Qué ropa viste. Cómo se mueve. Cómo habla. En definitiva, quiere saber quién es el padre de la bebé. La imagino diciendo: «¿Y tu misterioso papá, *ratonsita*? Is he hot?». Seguro que, antes de llamar al timbre, ha pensado en el cliché de *nanny* conoce a *daddy*.

En cuanto mi novio abre la puerta, Roma se pone como una moto: empieza a ejecutar la versión más extravagante de sí misma. «Se me ha tirado literalmente encima» me cuenta después. Le da dos besos abalanzándose sobre él. Ella enseguida se arrepiente y lanza los zapatos contra el rodapié, queriendo desaparecer. En ese preciso momento, mi novio recuerda que le dije que las sandalias

que llevaba Roma en verano eran de Prada, y entonces necesita asomarse para ver de qué marca son los zapatos que lleva hoy. Se da cuenta de que no son zapatos, que son unas Crocs de invierno con pelo y plataforma. A mi novio eso le parece supersexi, así que es ahora el momento en el que cae en el cliché de *daddy* conoce a *nanny* y en lo único que puede pensar es en parecerle guapo a Roma. En ese intento de gustarle sea como sea, recuerda haberme escuchado hablar con mis amigas hace años, cuando pasábamos por delante de los parques infantiles y comentábamos: «Mira ese papi de ahí».

Llegados a este punto, se ha olvidado de lo más importante: hay una bebé en la cuna que debería haber despertado antes de que viniera Roma, cambiarle el pañal, poner los cincuenta euros encima de la cómoda y decirle dónde está el táper con la comida de media mañana. «¿Dónde está la *ratonsita*?», le pregunta Roma. Mi novio mira hacia los lados, haciendo realmente el ridículo, como ese GIF de Travolta en *Pulp Fiction*, con la chaqueta colgada del antebrazo. «¡Ah! En la cuna». Se pone en marcha porque lo último que quiere es ser un papi idiota; le dice cuál es el táper y le deja el dinero en la cómoda, aunque se equivoca porque no recuerda cuánto era. En vez de cincuenta, deja sesenta. Roma lo ve, pero no dice nada, se aprovecha porque sabe que mi novio no se está enterando. «Bueno, me voy a trabajar». «Espera», le pide Roma. «Pensaba decirle hoy a Sol que ya no podré venir más. Me voy a vivir fuera. A Madagascar». Mi novio mira hacia el suelo, en concreto hacia las Crocs peludas tiradas contra el rodapié. «Vale, hoy te quedas las cuatro horas, ¿no?». Es lo único que se le ocurre preguntar porque, de momento, no ve más allá del día de hoy.

Mi novio no me lo dirá hasta por la noche, en la cena, en el postre: «Por cierto, me ha dicho Roma que ya no va a volver más,

que se va a Madagascar». Me incendiaré por dentro y por fuera porque odio que las cosas cambien de sopetón. «¿¿¿Qué vamos a hacer con la bebé???». «Llevarla a una guardería, como hace todo el mundo». «¡Si es un bebé!». «Cumple un año el mes que viene». Me molestará su parsimonia, su practicidad, su solución rápida, su atajo mental para no enredarse en nada. «¿Sabes qué? He buscado en internet las Crocs que llevaba Roma y flipas, cuestan doscientos pavos».

Hay algo en el hecho de limpiar casas, algo que sucede durante una milésima de segundo: la sensación de que la casa es tuya cuando abres la puerta con la llave. En algunos momentos de verdad siento que la casa me pertenece; por lo menos, las cuatro horas que paso en ella tres días a la semana. Le cuento a mi novio que, a veces, mientras estoy allí limpiando y aparece Jan con su hermano o con algún amigo, se refiere a mí como «la jefa», así, en plan cachondeo de bar. Y mi novio, que no puede soportar que le cuente anécdotas que incluyan la palabra «Jan», se levanta y se va del salón envenenado perdido, intentando ocultar una energía macho que le hace sentir una violencia desmedida hacia él.

El día que más trabajo tengo son los lunes, porque la casa está hecha una mierda de todo el fin de semana. Jan, a diferencia de mí, no se molesta lo más mínimo en recoger antes de que yo llegue: me encuentro la casa tal cual la deja y no le da ningún tipo de pudor que yo navegue en su más pura intimidad: la del calzoncillo usado encima del bidé, el derrape de caca en el váter o la ingente cantidad de vajilla sin fregar con colillas pegadas por todas partes. Me pasa algo extraño y es que la caca en el váter ha dejado de significar algo para mí. No sé cómo explicarlo, es como si la caca hubiera dejado de ser caca; la limpio igual que paso una bayeta por encima de la encimera sin plantearme por qué está sucia. El calzoncillo, sin embargo, la primera vez que lo cogí no pude evitar olerlo, acerqué

un poco la nariz y enseguida me separé porque el hedor a orín fue descomunal.

Es curioso lo poco que se implica él en su propia casa. A veces tengo dudas de si sabe realmente dónde están algunas de las cosas que yo considero básicas: las alfombrillas del baño, el jabón de la lavadora, la aspiradora. También me pregunto si sabrá que sus ventanas son oscilobatientes. Los martes le preparo la comida para el resto de la semana. Prefiere todo proteína; es como un niño pequeño con la verdura, que necesita que esté siempre camuflada. Hay semanas en las que sigo las notas de una libreta roída que dejó Mery en la cocina con algunas de las recetas que le preparaba. «La verdad, estoy bastante harto del papacucho o antichucho o no sé qué cosas latinas que me hacía siempre. ¿Algo *thai* sabes hacer?».

Es casi psicótico el nivel con el que ha sido capaz de cambiar de registro, de pasarme de un plano a otro, de verme vestida con ropa de COS en cualquier inauguración a verme en *leggins* pasando la aspiradora por su casa. Así, como si nada. «La jefa», dice. Me peleo a ratos con la sensación de estar metida a fondo en una nueva realidad que llego a creerme con facilidad y es la constatación de que él está por encima de mí en la jungla social, de que él es mejor que yo, superior a mí o, lo que es mucho peor, que yo valgo menos que él.

No me deslomo, es fácil hacer que la casa se vea bien con poco esfuerzo, aunque para mí lo peor son los baños, la cristalera de la mampara, las ventanas en general. Sobre todo, porque al principio me insistía mucho. Me mandaba un wasap y me decía: «Sol, esmérate un poco más con los cristales, please. xoxo». Y bueno, al fin y al cabo, por mucha sensación que tenga al meter la llave en la ranura, no es solo que no me pertenezca la casa, que es obvio, sino que a ratos siento que no me pertenece ni esta profesión.

Miro los estados de WhatsApp. Vivian tiene subidos tres: «La única razón por la que estoy de pie el día de hoy es porque Dios me ha dado su bendición»; «El reloj no es lo que me despierta cada mañana, sino la misericordia de Dios», y mi favorito: «Trabaja para que andes contando billetes y no chismes». Hago una captura de pantalla de este último y se lo envío a Rita. Me contesta con un audio: «Tía, ¿pues sabes que tengo los estados de WhatsApp llenos de chicas de la limpieza subiendo mazo cosas? No sé por qué tengo guardados tantos números de chicas de la limpieza. La gente me va pasando y, yo qué sé, los voy guardando. Me entretengo viéndolos. Aunque son mazo religiosas». Lo bueno de Rita es su naturalidad y su falta de compromiso con lo políticamente correcto, o, tal vez, lo que le pasa es que sigue sin verme dentro de todo aquello que englobe «chicas de la limpieza».

Mientras escucho su audio, sigo revisando el resto de los estados hasta llegar al de Roxana. Es una foto suya, algo muy raro porque no lo hace nunca. Hago una captura de pantalla y la abro en Fotos para poder ampliarla. Está guapa, tiene los mofletes rosas, con una montaña frondosa al fondo. La cara es totalmente simétrica, y la mirada, seria. Me pregunto si estará disfrutando de estar en Paraguay, si se ha reencontrado con el país que dejó hace quince años o si, por lo contrario, se siente una extraña en él. Como por arte de magia, la Roxana de la foto empieza a hablarme: «Me he ido acostumbrando al país, pero al principio todo me sentaba mal a la panza». Le digo que me alegro y enseguida mando la captura de pantalla a mi madre y a mi tía con el siguiente título: «Roxana en Paraguay emoji beso emoji beso emoji beso».

A pesar del enfado y la tristeza con la que vive mi abuela desde que Jéssica se ha ido, nos invita a comer por su cumpleaños, como hace todos los años, a un restorán. Obviamente, lo elige ella, no porque sea algo en lo que se haya empeñado, sino porque ya no se fía de nuestro criterio. Mi novio, la bebé y yo pasamos a recogerla. «A la una y media abajo». Y ahí está, como un clavo, esperándonos sentada en el sofá de su portal. Lleva puesto un vestido rojo y un abrigo de piel de conejo que le queda enorme, heredado de la prima Maite. Intento no mencionarlo pese a que ella saca el tema: «Es bonito este abrigo. Bueno, más que bonito, es caro. Por eso lo guardo. Lo que pasa es que me está medio grande, de cuando la prima Maite estaba gorda gorda». Y separa las manos, dándonos a entender que la separación equivale al tamaño del cuerpo de la prima Maite. Vamos dando un paseo tranquilo y agradable, fresquito, mientras mi abuela nos cuenta cosas del restaurante que tenía con mi abuelo. «Tu abuelo tenía un humor de mil demonios. Los martes, cuando abríamos, aparecía el último, despeinado, rabioso perdido por tener que volver a trabajar. Yo le decía: "Antonio, o lo quieres o lo dejas". Y ahí es cuando dejaba de fruncir el ceño y se ponía a trabajar. Nos peleábamos unas quince veces al día. Cuando nos separamos, fue lo que más eché de menos: discutir».

En la puerta del restaurante nos esperan mis padres y mi tía, vestidos para la ocasión, deseando alcanzar el estándar de elegancia que mi abuela espera de ellos. Sin embargo, Toni no hace mención

alguna a la ropa de nadie. Al abrir la puerta, mi abuela se besa con el dueño, un señor viejo y arrugado que la abraza como si mi abuela fuera una almohada. Nos acompañan a una mesa redonda, mi abuela elige dónde nos sentamos cada uno y todos obedecemos. A mí todo me da bastante igual, porque solo puedo pensar en los tiempos: en cuándo darle la teta a la bebé y hacer que se duerma una siesta para poder comer tranquila. La simple idea de pensar que eso no vaya a suceder me altera. «Para compartir: cocochas de bacalao, mollejas, *steak tartar* y borraja», le dice Toni al camarero sin que a nadie le haya dado tiempo de mirar la carta. Estamos todos a sus órdenes. Somos su ejército. Me doy media vuelta para darle un poco de teta a la bebé. Evito cruzar la mirada con mi abuela, pero al instante me hace llegar una servilleta para que me cubra un poco el pecho mientras me hace un gesto con la barbilla. Lo dejo pasar y me tapo.

Mi abuela ha sentado a mi novio lejos de mí, así que pedirle cualquier cosa resulta complicado a no ser que grite un poco. Empiezan a traer la comida y la mesa se llena. Todos comemos a la velocidad que marca mi abuela, ni rápido ni lento, un tempo medio. Y todos hacemos «mmm» cuando ella hace «mmm». La comida está buena, aunque yo no la disfruto porque la bebé no para de trepar por mi cuerpo, de darme manotazos y de babearme el hombro mientras intento retrasar su llanto lo máximo posible. Mi abuela mira de vez en cuando hacia las otras mesas, con esa tensión propia de la posibilidad de molestar al de al lado. Ella también teme su llanto. Le agobia de una manera monstruosa que la comida quede devorada por un bebé que llora y que llora y que las personas de nuestro alrededor empiecen a carraspear y a moverse incómodos en sus sillas. Mi novio, sin embargo, está encantado, con una sonrisa que podría llegar a desencajarle la mandíbula, disfrutando de la comida

como un campeón, visualizando el momento en el que salir a fumar con Toni.

Me levanto un poco, quedándome en una semi sentadilla, con la teta un poco salida, meciendo a la bebé. Nadie en la mesa se molesta lo más mínimo por echarme una mano, como si no existiera. Miro a mi novio y le aprieto los dientes, pero él me devuelve una sonrisa. ¿Estaría mal visto matarlo ahí mismo? Le pido con la cabeza que se acerque y, cuando lo hace, le ordeno enfurecida que meta a la bebé en el carro y se encargue de dormirla. «¿Ahora? ¿En medio de la comida?», me pregunta como un niño pequeño que no quiere dejar de pasárselo bien: «¿Ahora? ¿Cuando vamos ganando?».

Me siento y me reincorporo a la comida, tratando de recuperar mi lado más zen, cuando mi abuela me grita de lado a lado de la mesa: «Oye, Sol, ¿y ahora de qué piensas trabajar?». Mi novio me mira ansioso, queriendo retener mi secreto, evitando reproducir la conversación de la comida del otro día con los amigos. Sabe que mi familia es mucho más sangrienta, como pequeños caníbales vestidos de traje. Sin embargo, de repente todo me da igual. Los observo y siento que sus caras me hartan, sus voces, su manera de moverse, su manera de mirar. «Estoy limpiando casas, abuela». Y ahí mi madre da un salto en la silla y dice «¡Ay!» como si le hubieran metido un palo por el culo.

Mi abuela se ríe con una carcajada grave de rey mago, llevando la barbilla hacia el pecho, sacando papada. Mi padre y mi tía me miran en silencio, ajenos, mientras siguen masticando. «Venga, hombre», dice mi abuela así, como en un tono de cachondeo, como diciendo: ¿dónde está la broma? «Sí, Jan me ofreció limpiarle la casa y ahí estoy. También espero que me salgan más, como esto va por recomendaciones...». Mi madre hunde la mirada en su plato, perdiz a la Royale, angustiada perdida, como si tuviera clavado un cuchillo

que le atraviesa la garganta. Mi abuela balbucea, juntando y separando rápido los labios, pasándose de un lado al otro el poco carmín que le queda. «Chica, yo no sé, ya no entiendo nada. ¡Hoy en día está todo tan mezclado! En mi época cada uno trabajaba donde tenía que trabajar. Porque míranos —me dice levantando las cejas, obligándome a observar el entorno—: nosotros somos de aquí, de esta gente. Tú no eres como todas esas que han desfilado estos años por mi casa. Vamos, me niego. Que me prendan fuego», dice ardiendo, no por mí, sino de la rabia que le da pensar en Jéssica.

Aborrezco la cara de cada uno de mis familiares: mi padre, callado, ahogado por la decepción; mi tía, obnubilada en sus pensamientos, y mi madre, cagada de miedo por la posibilidad de desvelar nuestro secreto. Podría vengarme del táper de pollo, de su condescendencia, de su psicopatía, de su manera de tratarme siempre poniendo por delante su propio interés. A pesar de todo, no lo hago porque estoy atada a ella. Mi cuerpo se encoge, como un jersey de lana lavado en caliente. Menguo. O tal vez sea todo lo contrario y lo que me sucede es que me desinflo, me quito un peso de encima. Aunque la realidad es que, de repente, una parte dentro de mí siente unas ganas inmensas de pedirles perdón a todos (perdón, abuela, por haberte amargado el cumpleaños), como si mi decisión fuera una mancha en nuestra familia con aires de grandeza, pero, al fin y al cabo, una familia de pacotilla.

Mi novio me hace una señal de victoria con la mano; ha conseguido dormir a la bebé. Se acerca, me da un beso arriba en la mejilla, cerca del ojo, y me pregunta con dulzura: «¿Estás bien?». Aguanto las ganas de llorar como si estuviera hecha de titanio, porque una sola lágrima equivaldría a cavar mi propia tumba delante de ellos, así que mi novio me hace un masaje rápido en las

cervicales, pellizcándome fuerte la carne, como si fuera un boxeador antes de volver al *ring*.

Cuando se sienta de nuevo en su sitio, le dice algo al oído a Toni y ella se ríe. Me relajo. Repaso de nuevo las caras de la mesa, todos en silencio: mi padre sigue masticando con la mirada perdida mientras asiente de lo bueno que está; mi tía ya ha parado de comer y se muere de ganas por sacar otro tema de conversación, pero no sabe si se ha dado por concluido el tema sobre mi «fracaso laboral»; mi madre está catatónica de la tensión que le ha producido el hecho de pensar que iba a desvelar nuestro secreto, y mi novio vuelve a sonreír como si hubiera ganado la lotería.

En cuanto mi abuela paga, nos levantamos y nos vamos a la puerta para despedirnos los unos de los otros; ni nos molestamos en alargar el adiós con temas de conversación de última hora. Mi padre me da un abrazo, algo que no suele ocurrir muy a menudo, y me pregunta: «¿Has estado viniendo a casa últimamente?». Ahí me alegro, porque eso significa que ha visto la nota que le dejé entre dos de sus libros favoritos y que jamás pensé que encontraría. En ella le decía: «Papá, os estoy limpiando la casa y mamá me está pagando por ello». Me da un beso en la frente con los labios todavía un poco mojados por el chupito de Armañac que se ha tomado en el último segundo, agarra a mi madre del brazo y desaparecen.

Esa misma noche mi padre llamará a mi novio y le preguntará si está todo bien, que cómo me ve, si me he vuelto loca, si he llegado a pensar en algún momento que es un trabajo mal pagado, mal valorado, duro, para gente que no tiene otra cosa en la vida. Mi novio le dirá que sí, que está todo bien, que me ve bien, que parece ser que yo todo eso ya lo valoré en su día y que, aun así, prefiero trabajar de esto que en cualquier otra cosa. También aprovecha y le pregunta si ha visto la última película de Tom Cruise. Y ahí ya la

conversación deja de ser interesante y pasa a convertirse en un peloteo de opiniones sin más, nada trascendental.

Durante el camino de vuelta, mi abuela aprovecha, mientras me agarra del brazo, ahora que estamos solo ella, mi novio, la bebé y yo, para decirme: «Pues nada, hija, nunca pensé que habría en la familia una *chica.* Qué le vamos a hacer. Un poco cara de limpiadora ya tienes», dice satisfecha, en plan: es mi cumpleaños y digo lo que me sale del higo y ahora cojo y me fumo un cigarro, que para eso tengo ya ochenta y cinco años. «Espero que la cerda esa esté contenta de vuelta en su país, que es donde tiene que estar», nos dice de la nada, con la mirada oscura, llena de un odio del que intenta escapar, pero que una y otra vez la alcanza. Mi novio y yo nos quedamos petrificados, incluso algo asustados, sin saber qué decirle, con la imagen de Jéssica dormida en nuestro sofá, envuelta en la sábana blanca como un gusano de seda.

Antes de meternos en la cama, le pregunto a mi novio que qué le ha dicho en la comida a mi abuela en el oído, eso que le ha hecho tanta gracia a ella, y me responde: «Que el camarero me ha recomendado pedir la tarta de limón y, en vez de decir *lemon pai*, ha dicho *lemon pie*. Sabía que le gustaría. Por supuesto, lo que me ha contestado mientras se reía ha sido: "Menudo paleto"». Mi familia: termitas empachadas de madera, destructores de todo aquello de lo que otra persona pueda sentirse orgullosa.

La bebé se ha despertado a las tres de la mañana y hasta las seis no se ha vuelto a dormir. Estaba pasada de vueltas, llorando, hablando en esa lengua suya que nadie más conoce, poniéndose de pie en la cuna agarrada a los barrotes como un presidiario. «Bah, bah, bah, bah, bah». No sé si nos estaba regañando. La ha cogido un rato su padre. La he cogido un rato yo. Teta por aquí. Teta por allá. Lloro, lloro, llanto, llanto. «¿Cuándo se va a dormir?». La lucha por no cerrar los ojos, por intentar que no llore más. La pesadez de la oscuridad. El fantasma que ronda nuestra habitación por las noches. Llora con la cabeza hacia atrás, a punto de quedarse dormida de pie, agarrada a los barrotes. Le canto. Le cantamos. Susurramos. «Shhhh, shhhh». «Un poquito con tu padre en brazos. Ahora, otro poquito conmigo». La metemos en nuestra cama, se nos caen los párpados, nos morimos por dormir. Trepa por nosotros. Grita, nos vuelve a regañar. Me da manotazos en la cara como si fuera un tambor. Empieza la batucada. El fantasma que ronda nuestra habitación por las noches se va al salón con Tapón porque se harta del ruido. La bebé vuelve a llorar, le caen lágrimas y mocos. Le chupo la cara, la sal, la gelatina. Mi novio busca la guitarra. Le toca la guitarra. Mezo la cuna mientras mi novio toca la guitarra. Nos morimos de sueño los tres, pese a que ninguno duerme. Teta otra vez. Teta combinada con guitarra de fondo. Le digo: «Bebé: teta y música en directo, ¿qué más quieres para dormirte?». Y la bebé me contesta: «Poder dormirme».

A pesar del cansancio y las pocas ganas, voy a visitar a mi abuela. Me parece raro porque, desde que llamo al telefonillo hasta que me abre, pasa un rato largo. Cuando llego a su puerta, está abierta, aunque ella no está esperándome detrás del marco. Dentro, el ambiente es denso, huele distinto, como a casa sin ventilar. «¿Abuela?». No está en la cocina, no está en su cuarto. «¿Abuela?». Pienso en la posibilidad de encontrarla muerta. Cruzo los dedos para que, si es verdad que está muerta, no esté demasiado gris. Tampoco la veo en su habitación, que es el lugar donde más tiempo pasa últimamente. Sin embargo, la encuentro en la terraza fumando, en bata, con las uñas pintadas de rojo. «Abuela». La noto rara, un poco ida tal vez. Fuma con gusto, empapando bien el filtro, reteniendo el humo dentro como quien se abraza a alguien por última vez. «Abuela, ¿qué pasa?». «Nada, hija, qué va a pasar, estoy aquí plácidamente fumándome un cigarro. ¿Quieres un cruasán? Hay cruasanes en la cocina. Me apetecía darme un buen homenaje de azúcar y esta mañana ha sido lo primero que he hecho: bajar a comprar cinco cruasanes. ¿Quieres café también?». Le contesto que no. Hoy la veo mayor, arrugada, despeinada, vieja. «¿Y tu extensión?». No sé a qué se refiere, me toco el pelo. «Ah, ¿la bebé?», le pregunto. «Sí, la bebé, tu extensión». «Pues en casa con su padre». «Le tienes que decir al padre que venga a arreglarme un par de cosas. Y alguien debería limpiar la habitación de la innombrable», me da a entender con la mirada: por ejemplo, tú. Pero limpiarle la casa a mi abuela creo que es lo último que haría, una línea que preferiría no cruzar. Apaga el cigarro, me mira a los ojos por primera vez y me dice: «Mira que lo veía venir. De todas las que han pasado por aquí, esta era la más idiota. Y no sabes cómo

dejó la habitación, hecha un asco con unas sábanas sucias que no había lavado en meses, con la cama llena de uñas, yo no sé qué hacía, si se las cortaba metida dentro de la cama o qué. Mira, no quiero ni saberlo, menuda cerda». La violencia de mi abuela y las llamas que le salen del cuerpo hacen que el mío se queme al estar a su lado. «¿Sabes qué? Te diré otra cosa. Ya no quiero más chicas. Ni una más. Se lo dices de mi parte a tu madre y a tu tía. De morirme, mejor me muero sola que mal acompañada». Y así se queda, tan ancha y tan triste. Porque al final me doy cuenta de que no es que hoy esté vieja, es que está triste a rabiar.

Hemos ido a ver una guardería para la bebé. La mejor del barrio, *la más respetuosa* con los bebés. Y la verdad es que solo he podido fijarme en dos cosas: el color negruzco de las mantas y los cojines y el olor a pies de la sala. Me ha parecido un poco sórdido. Sobre todo, después de contarnos todo ese rollo de la crianza respetuosa, el amor por la naturaleza, el libre movimiento, María Montessori y los niños de alta demanda. «¿Tenéis alguna duda?». «Sí —quería decir yo—. ¿Por qué está todo tan sucio y huele tan mal?». Nada de eso ha sucedido, solo he sonreído diciendo: «No, todo genial». A lo que ella ha rematado con un: «Ah, no os lo he dicho, tenemos opción de menú vegano para los niños». Mi novio entonces me ha apretado la mano muy fuerte y yo me he apretado a la bebé contra el pecho, y ha sido ahí cuando me he dado cuenta de que estamos realmente perdidos con el tipo de persona que queremos ser.

«Oye, podríamos hacer de esta quedada una tradición. ¿Sí o no?». Aquí estamos de nuevo, en el restaurante chino, varios meses más tarde, con Ana y Rubén, los amigos de mi novio. A Ana le encanta hacer plan de parejitas, ella y su novio son como una pegatina. Ana le llama a Rubén *papá* o *papi* y Rubén llama a Ana *mamá* o *mami.* Su hijo, sin embargo, que ya tiene un año y medio, los llama indistintamente *babá,* que es un término medio entre *papá* y *mamá*, la fusión perfecta. Están más enamorados que nunca del concepto *familia*, adoran la palabra y su capacidad de pertenecer a

ella. Nos sentamos en la misma mesa de la otra vez, porque ¡la tradición no ha hecho más que empezar!

«La última vez que estuvimos aquí, estos dos eran taaaaan bebés. Y ahora míralos, sentados cada uno en su tronita». Miro a la bebé para recordar que soy parte de ella y que ella es parte de mí. Hoy no tendrá la suerte de comer nada de todo este manjar llamado *comida china* y le ofrezco trozos de tortilla francesa que llevo en un táper. «Oye, mami, ¿nosotros qué hemos traído?», le pregunta Rubén a Ana con un tono de voz raro, casi como de bebé o de niño pequeño. «Un potito, papi; está ahí, en el bolso del carro». Evito mirar a mi novio para no caer en el cotilleo, en la risilla fácil, en el critiqueo de andar por casa. Más que nada, porque en el fondo se los ve bien; y eso, quieras o no, me produce cierta envidia.

Pedimos una botella de vino. «¿La otra vez pedimos botella de vino? Hay que hacerlo todo igual, nenes, que la tradición es la tradición». Le recuerdo que no, porque por entonces yo todavía no había vuelto a beber alcohol tras el embarazo. Rubén insiste en que hay que celebrar, con lo que mi novio se suma rápido al carro porque él es así: si el resto se viene arriba, él también. Los bebés aporrean la mesa porque ven que la energía está alta. La mesa giratoria empieza a dar vueltas y los platos se van vaciando como si fuéramos un agujero negro engulléndolo todo a su paso. Mi novio no para de sonreír porque está en modo banquete, venga a rellenarse la copa de vino. Lo mismo hacen Rubén y Ana, no paran de reírse. Intento seguirles el ritmo para que no crean que soy una friki y, «ja, ja», me río en los momentos en los que creo que debo hacerlo.

Mi novio se levanta para rellenar las copas y, en ese momento, se da cuenta de que Ana no ha bebido ni un trago. Rubén y ella se miran con una complicidad desbordante, como dos niños guardando un secreto, hasta que no pueden más y lo cuentan: «Nenes, es

que... estamos embarazados». Entonces los dos chillan de alegría y se ponen de pie, como en los vídeos de YouTube en los que alguien cuenta que le han pedido matrimonio. La niña grita porque no sabe qué pasa. Algo le dice que hay que levantarse y gritar. Le doy un abrazo a Ana e intento sonreír al máximo porque sé que la grima se me nota en los ojos. Volver a la casilla de salida. A las náuseas. Al parto. Al posparto. «¡Enhorabuenísima! ¡Qué ilusión!», les digo. Para mí, el sexo sigue siendo un desierto, un lugar inhabitado. Mi novio no puede evitarlo, así que les pregunta: «¿Y aquella caja de doscientos condones que comprasteis?». «Nene, ¡a esa le dimos matarile hace mucho tiempo!», le dice Rubén con chulería, señalando la tripa de Ana. Mi novio se queda con la típica sonrisa en piloto automático hasta que nos despedimos. Paseamos hasta casa y, cuando entramos en el ascensor, me propone: «Mami, ¿quieres echar un polvo?». Es increíble, pero cierto: en cuanto la niña duerme, nos desnudamos y nos metemos en la cama. Aprovechamos esta sensación de estar en paz, a gusto el uno con el otro, esta pausa que nos libera de la asfixia durante un rato, y empezamos a besarnos. Un besito por aquí, otro besito por allá. La piel de gallina. La lengua. Los pezones. El corazón que late rápido. Los ombligos que se juntan completando una esfera. La yema de los dedos. La saliva. Todo junto, todo a la vez.

«Venga, dígale, dígale a Sol», le insiste Diana a Emily nada más entrar por la puerta, con el abrigo todavía puesto. «Me han cogido en el hostel». «La han cogido en el hostel», repite Diana. «¡Qué alegría, Emily, cuánto me alegro por ti! ¿Estás contenta?». «Sí», responde con la misma dosis de miedo que de ganas. Se pone los guantes y enseguida desaparece por el pasillo. ¿Qué tendrá el pasillo de mi casa que hace desaparecer a las personas cuando ya no tienen ganas de ser vistas? «Está de los nervios, ¿sabe? Lleva toda la semana durmiendo conmigo en la cama y se pasa el día en el baño. ¡Imagínese! Mijita, con lo timidita que es. Y lista como nadie. La van a poner a media jornada en la recepción, le he dicho que va a ver a gente de todo el mundo y que por eso buscaban una carita como la suya. Sabe que el padre de Emily es serrano serranito, pero bien blanquito. Por eso ella no tiene la piel marrón marrón, como la tengo yo. Algo que le ha venido bien, claro. El otro día la escuché hablar por el teléfono con la que será su jefa, y no hacía más que pronunciar unas zetas, así bien marcadas. Cuando colgó, le dije: "Mija, habla con las eses, que no pasa nada. Las eses son nuestras, somos nosotras". Pero nada, ella bien enfadada conmigo: "Déjame", me dijo. Es que tiene que empezar a hacer su vida, a ella le encantaría estar limpiando conmigo por siempre. Pegada a mí. Tiene que empezar a cotizar, ¿sabe? Porque tiene veinticinco años y yo no la voy a poder tener más en mi Seguridad Social. Estará bien allá en el hostel, ¿verdad que sí? Espero que la traten bien. Ella luego tiene

carácter, no se crea. Lo que pasa es que yo solo quiero que la traten bien. Es lo único que le pido a Dios».

Mientras terminan de limpiar, me quedo con la niña en el cuarto porque en la calle hace un día de perros; se tira unos diez minutos chocando una vaca de madera contra un tractor de madera. Hasta que llaman a la puerta: «Recién terminamos, Sol». Abro y me encuentro a Emily y a Diana ya listas para irse. Miro a Emily con ganas de llorar, como hizo mi madre en la despedida de Roxana. Elijo el menor número de palabras posible para que no se me quiebre la voz: «Ya verás qué bien te va a ir». Me alegro de que haya podido encontrar un lugar fuera de la limpieza, porque, como me dijo un día Diana: «¿Sabe lo malo? Que si mi Emily sigue limpiando, ya solo le quedará limpiar por siempre. Mi niña, con lo lista que es». Y sé que mi familia, cuando les dije que ahora limpiaba casas, pensaron lo mismo: «Mi niña, con lo lista que es». Les digo adiós con la mano y le digo a la bebé que les diga adiós. Las dos nos despedimos a un metro de distancia. Emily le agarra la mano a la bebé para darle un beso y, entonces, ella se emociona y pega un grito de despedida.

Me gustan los nombres de las guarderías (escuelas infantiles) del barrio: Chiquitín, Osito Polar, Zapatitos y Gatitos, El Búho Feliz, Campanilla, El Patio de las Maravillas y, cómo no, la bilingüe Happy Little School. Hoy vamos a ver Zapatitos y Gatitos y no veremos ninguna más; será esta o la del olor a pies. A mi novio y a mí nos gusta contemplar pocas opciones; somos de restaurantes con cartas breves. Por eso mismo, no queremos recorrernos todas las guarderías del barrio. La de hoy, Zapatitos y Gatitos, es una guardería en toda regla, no la llamaría «escuela infantil» porque me parece un concepto demasiado novedoso y este es un espacio de los de antes. La dueña, Mariela, es una señorona de sesenta años, de mechas rubias muy separadas las unas de las otras, con botines de tacón y pantalones ajustados. Se siente joven, es autónoma y no piensa jubilarse jamás. En la guardería también trabaja Vanessa, su hija, que tiene un estilo rocanrolero bastante curioso.

La guardería huele muchísimo a tabaco porque madre e hija apestan a tabaco, de manera que, a medida que van moviéndose por las distintas salas, van dejando un rastro maloliente que los niños siguen con devoción. Sin darnos cuenta, Mariela nos quita a la bebé de los brazos para llevársela a una de las salas y, en cuestión de un segundo, es engullida por una masa de niños. Mi novio está contento porque en esta hay más ambientillo que en la de crianza respetuosa, donde todo era puro zen y armonía. Aquí los niños van a tope, trepan unos por encima de otros, se arrancan los juguetes,

chillan, lamen el suelo. «Mirad: la cocina y la cocinera». Sale Pepa, la cocinera, «famosa en el barrio entero», nos dice orgullosa Mariela. Pepa también huele a tabaco. Lleva un delantal de tulipanes manchado de salsa de tomate y tiene las manos llenas de harina. Está haciendo albóndigas.

Sé que mi novio está feliz, que sería capaz de hundir la cara en esa fuente de albóndigas. «¿Y la niña? ¿Dónde está?». «Ni idea». Mariela no nos deja mirar atrás. Nos sigue haciendo el *tour*. «¡Qué grande es esta guardería!», dice mi novio muy exaltado. Sabe que nadie lo va a juzgar por decir la palabra *guardería* y eso le hace sentir un bienestar tremendo. «Por aquí», nos indica Mariela invitándonos a pasar a su despacho. Tiene una cristalera enorme desde donde se ve a todos los niños. El despacho es triste, no tiene nada que recuerde a un espacio infantil; ni una fotito de bebés, ni un papel pegado con celo en la pared con algún dibujito. «Cuéntame, ¿le das el pecho?». Contesto con miedo: «Sí». «¿Por la noche también?», me insiste. «Sí», le respondo con más miedo. «Pues, hala, esa teta de la noche, que es puro menudeo, puro guarreo, hay que quitarla. Ojo, que yo te lo digo por el bien de tu niña, para que duerma mejor y nos llegue aquí bien descansada».

Mi novio está encantado con la idea porque se imagina durmiendo del tirón. Mariela se convierte en su gurú durante unos minutos. Nos habla de los horarios, las tarifas, los menús, las normas («somos muy flexibles»), dónde y cómo dejar el carrito cada mañana. «¿Todo entendido?». «Sí». Asentimos los dos a la vez. Un niño pasa con una moto de plástico a través de la cristalera. «Míralo, el Manuel. ¡Feo! ¡*Quere ma* feo! El Manuel, mi niño, que se come hasta las piedras», asegura sonriente. Mi novio se ríe. Joder, todo le hace gracia. «¿Te quieres quedar a vivir en la guardería, cariño?», me gustaría decirle.

Nos devuelven a nuestra hija. La miro a los ojos: está cambiada, le ha dado tiempo a crecer en estos quince minutos. La veo feliz, anárquica. «Bueno, pues os lo pensáis. Ya nos diréis». Vanessa, la hija, nos mira y nos regala una sonrisa. Su rollo rocanrol me pone medio cachonda, pero de repente me doy cuenta de que es de labios morados y dientes marroncillos. Una gran fumadora. Madre e hija nos acompañan a la puerta y, tras ellas, dejamos el olor a tabaco. Nada más salir, mi novio me dice: «Joder, qué ganas tengo de fumarme un buen cigarro».

Siempre estoy atenta para asegurarme de que no dejo nada sin recoger antes de que vengan a limpiar la casa. Una compresa envuelta en papel, un derrape en el váter, un pañal olvidado, un pañuelo lleno de mocos, una braga sucia. Suelo repasar la casa antes de que lleguen.

Hoy, mientras me duchaba, con las bragas tiradas encima del lavabo, me repetía: «No te dejes las bragas, no te dejes las bragas, no te dejes las bragas». Y así ha sido. Estaba en casa de Jan limpiando la encimera, cuando, de repente, me han empezado a entrar unos calores tremendos, una llamarada de los pies a la cabeza. La imagen de mis bragas sucias encima del lavabo. ¿Cómo se me ha podido pasar? La vergüenza me atraviesa como un rayo. Un pegote de flujo en las bragas atraviesa mi campo de visión. La imagen me obsesiona toda la mañana. Mi intimidad de nuevo a la basura. Llego a casa y lo primero que hago es ir corriendo como una enajenada hacia el baño. Ahí están mis bragas: sucias y dobladas encima de una de las baldas.

Mi madre y mi tía aparecen por casa sin avisar. Esta vez vienen las dos con el mismo cuento: «Estábamos en casa de sobremesa y, de un momento a otro, sin saber cómo, hemos aparecido en el coche, sentadas con el abrigo puesto y de camino a tu casa. De hecho, no sabemos ni cómo hemos llegado hasta aquí, a tu portal, a tu puerta. Ni recordamos haber conducido. ¿No te parece increíble?». Lo peor de todo es que ellas no contemplan la opción de que yo no crea lo que me están contando. Van a muerte con su fantasía. Se quitan el abrigo y luego hacen pis: primero mi madre y luego mi tía. He empezado a creer que las mujeres de mi familia tenemos eso que llaman vejiga hiperactiva. ¿Lo solucionaremos algún día? No lo creo. Será algo que pase de una generación a otra, como la angustia.

Mi tía nos cuenta que ha echado a Maritza, la mujer de sesenta años que estaba limpiando en su casa, y que no piensa contratar a nadie más. Que va a esperar a que vuelva Roxana de Paraguay. Mi madre, ahora que le he dicho que en cuanto tenga más casas dejaré de limpiar la suya, confiesa que ella también esperará a que vuelva Roxana de Paraguay. «Y, si no, la vamos a buscar», remata mi tía. Se hacen fotos con la bebé. Primero posa una; después, la otra. Se regañan mutuamente por la papada que les sale en las fotos. Le dan besos por toda la cara y la bebé les pega con un tomate de plástico en la cabeza. Deseo que la bebé les dé con todas las frutas y furias que tiene almacenadas. «¿Y la abuela qué piensa hacer? ¿También va a esperar a que vuelva Roxana de Paraguay?». Mi tía responde rápido: «Tu abuela no es cuidable: es una fiera, así que no le queda otra que estar sola hasta el día en que se muera». «¿Y la limpieza?», les pregunto. «Ah, la limpieza. Pues nada, esperará a que vuelva Roxana, como nosotras».

El grupo de WhatsApp de las *mamis* está revolucionado. Doscientos sesenta mensajes sin leer. Carol se separa. «¿Por qué?», me pregunto. Leo los mensajes por encima por si me he perdido algo. Se separa y punto. Lo tiene clarísimo. Lo lleva rumiando meses. «Se lo dije ayer a Manu y hoy os lo digo a vosotras. Mañana se lo diré a los niños». Pensar en esos niños sentados en el sofá escuchando las palabras de su madre me revuelve el estómago. Dos niños vestidos iguales, con los calcetines subidos hasta las rodillas, el conjunto azul marino. Lágrimas. Después mocos. A veces explotamos como un volcán y la lava se lo lleva todo por delante. ¿Puede el agotamiento cargarse a una *mamí*? Pensé que eran una fuente de energía ilimitada, un chicle al que estirar sin miramientos.

No participo demasiado en la conversación, me quedo en los márgenes, agazapada, dejando que sean las demás quienes den su opinión. Porque ¿para qué están aquí las *mamis* si no es para dar su opinión? «Carol, no puedes hacerlo. No puedes quedarte sola. Si estás cansada ahora, imagínate sola». «¿Has pensado en la pasta? Es un dineral separarse, cariño. Dos casas, dos asistentas, dos neveras que llenar». Están consternadas, no por Carol, sino por ellas mismas. En cuanto han leído el mensaje de que se separaba, no han podido evitar pensar en sus propias relaciones y en sus hipotéticos futuros separadas. Del susto, se han agarrado a las piernas de sus maridos como si fueran koalas, negándose a un cambio de planes,

aguantando estoicas venga lo que venga, pase lo que pase. Siempre se puede aguantar un poco más.

Yo, igual que ellas, no he podido evitar pensar en mí, en la de veces que he fantaseado con quedarme sola. Una utopía que tiene la capacidad de hacerme sentir tremendamente feliz y desgraciada al mismo tiempo. Imagino que a Carol le ha pasado lo mismo, solo que el pensamiento de la felicidad ha ganado al de la desgracia. Una huida hacia delante. Un tomar decisiones. Llorar para luego estar flotando de emoción. «¿Manu qué dice? Estará flipando, claro. Sabes que nosotras te apoyamos a muerte. Eso sí, piénsatelo bien». Mi amiga *chiquita banana* me pasa capturas de pantalla de sus conversaciones paralelas con Carmen y Fátima: «¿Oye, a esta qué volada le ha dado? Vamos, es que no me separo ni muerta. Muy mal nos tiene que ir. Ricardo es un follador mediocre y pienso estar con él toda la vida, ¿eh?». «Pues a mí me dijo la orientadora del cole que los hijos de padres separados tienen el doble de traumas que los niños de padres que no lo están. Se ve que salen hipocondríacos perdidos, que todo el rato piensan que sus padres se han separado por su culpa. Es mejor esperar. Por lo menos, hasta que los niños tengan dieciocho. Porque siempre se puede aguantar un poco más, ¿no?».

Qué difícil es a veces saber discernir hasta dónde aguantar. Parece obvio, pero no lo es. Leo sus mensajes con pena porque algo dentro de mí me dice que jamás volveré a verlas, que ahora más que nunca mi vida no pertenece a la suya. Es más, mi vida hoy en día podría ser un complemento de la suya. Soy aquello que necesitan desesperadamente para poder seguir con sus vidas, con la maquinaria en marcha. Soy el trabajo que necesitan para poder seguir trabajando. Fantasearé con ellas durante mucho tiempo,

como cuando te obsesionas pensando en alguien o algo que sucedió hace tropecientos años.

Salgo a cenar con Rita y tengo que hacer un ejercicio de contención enorme por dejar a un lado los temas de conversación sobre la bebé. Me da miedo haberme convertido en aquello que me daba pánico llegar a ser: una madre que solo habla de su hija. Rita quiere hablar de sexo, pero, para mí, a pesar de haberlo hecho hace un par de semanas, hablar de sexo sigue siendo algo parecido a hablar de ovnis: una marcianada. «Lo hice sin pensar: cogí y se lo chupé». «¿Se lo chupaste el qué?». Es que ni puedo aterrizar en la conversación. ¿Qué cosas se pueden chupar aparte de un polo, la cabeza de una gamba o una gota de Dalsy que se te ha caído por los dedos? «Pues el culo. ¿Qué va a ser, si no? ¿El pie?». «¿A Pablo?». Rita está colérica, atravesada por un deseo sexual que le hierve entre las piernas, mientras su amiga (yo) es incapaz de implicarse en la conversación.

Quiero contarle que el otro día la bebé se comió un filete de merluza entero, que me pilló por sorpresa porque lo tenía preparado para dárselo en dos comidas diferentes y, ¡hala!, lo engulló de una sentada. En cuanto termino de escuchar mis pensamientos, miro la cara de Rita: espera que le cuente algo histriónico, que le divierta, que le haga sentir que todas las mesas de nuestro alrededor se morirían por entrar en nuestra conversación. Pienso en las charlas que tiene mi novio cuando sale a cenar con sus amigos (trabajo, borracheras pasadas, dinero, comida), en que no se acuerda de que tiene un bebé hasta que vuelve a casa y pisa una pata de pollo de plástico que está tirada en el suelo. Durante esa época en la que todavía no sabía si quería ser madre o no, todo el rato fantaseaba con la idea de serlo para salir por fin de mí misma, dejar de mirarme el ombligo a todas horas. Creo que me he pasado de frenada.

Reculo, inhalo profundamente y me reservo la anécdota del trozo de merluza para contárselo a mi madre. «¡Mira tu nieta qué bien come!». Hago un esfuerzo por salir a la superficie, asomarme a la vida de ahí fuera: el sexo, las amigas, el vino, la comida. «Bueno, ¿y qué?, ¿te moló comerle el culo?».

A Jan le gusta que le aspire los sofás a fondo por lo menos una vez por semana. Y sé por qué incide tanto en ello: por la cantidad de piel muerta que se acumula entre las costuras, en las fibras de la propia tela, como si el cuerpo fuera algo que se le estuviera deshaciendo. Mientras le limpio la casa, soy capaz de ver el rastro que va dejando cada mañana: la taza sucia del desayuno, los pelos del afeitado en el lavabo, las pelotillas de la raja del culo pegadas en la taza del váter, el papel con unas gotitas de sangre al darse cuenta de que se ha cortado al afeitarse, el cartón de los calcetines que acaba de estrenar, las pisadas de zapato en la cocina porque el suelo estaba mojado de cuando se le ha caído el agua al llenar el vaso a toda prisa. Una estela de pequeños gestos, pequeños cadáveres que indican que ha estado pasando por ahí. Y que yo, en cuanto entre en su casa, me encargaré de ir recolectando, tirando, limpiando, devolviendo a su lugar. Soy su asistenta, su cocinera, su mamá, su chica, su chacha, su fregona, su mopa, su bayeta, su plancha, su agua, su jabón, su lejía. Y, al mismo tiempo, un fantasma, una maga del aquí no ha pasado nada porque mira qué reluciente, qué limpio, qué ordenado, qué bien huele.

Mientras remato la cocina, suena el telefonillo. «¿Sí?». «Hola, Sol. Soy Gigi. ¿Me abres?». Y yo abro. Ni idea de quién es Gigi, aunque ella sabe quién soy yo. Espero cerca de la puerta para abrir en cuanto suene el ascensor en el rellano. Veo a una chica guapa, con un melenón largo que lleva por detrás de los hombros, impecable,

los labios gordos (¿se habrá puesto relleno?) y vestida en una mezcla de gris y azul marino. Me imagino cómo ella me examina de una manera parecida: ¿y esta?, qué mona para ser una asistenta, qué cejas más bonitas; si alguna vez me opero la nariz, me gustaría que fuera como la suya; qué piel más blanca; creo que no sabe quién soy, voy a decírselo. «Soy Gigi, la *Assistant* de Jan. Me ha pedido que viniera a buscarle unos papeles que se le han olvidado. ¿No te ha avisado de que vendría?». «¿Cómo dices que te llamas?». «Gigi». Calculo que Gigi tiene unos veintiocho años más o menos. Me fijo en las manos: lleva un anillo que parece caro, como heredado. Me froto las mías, yo ya no llevo anillos y, además, las tengo secas como una lija. «Pues pasa, pasa. ¿Sabes dónde están?». «La verdad es que no, me ha dicho algo de un escritorio en la sala o algo así». «Ah, te acompaño». Me sigue por la casa, sé que me mira por detrás: el uniforme, las zapatillas, el pelo. Está obsesionada con la incoherencia de verme ahí, le parece tan raro como ver a un cocodrilo dándose un paseo por el supermercado.

Estoy segura de que le daría una impresión terrible que yo fuera la persona que limpia su casa. No da ninguna señal que me dé a entender que sabe que soy Sol, la ex *Assistant* de Jan. ¿Acaso no me ha puesto de ejemplo nunca? «Mira, Sol lo hacía así». Nada, como si yo no hubiera existido jamás. Rebusca en el escritorio con cuidado. ¡Ay! ¡Los papeles de su jefe! ¡Cuidado! Por fin, lo encuentra y lo agarra con rapidez porque necesita salir de esa habitación cuanto antes. Yo la espero en el marco de la puerta con los brazos cruzados por detrás de la espalda, haciéndole sentir un poco incómoda. Quiero que me vea algo sumisa, complaciente. «Sí, señora. ¿Ya tiene lo que necesitaba?». Da un saltito de alegría cuando ve que tiene todo y se da la vuelta, me sonríe con los ojos, cerrándolos un poco por los lados. «Te acompaño a la puerta», le propongo, siguiendo

con este papel que creo que debo hacer a toda costa, y espero con la máxima atención, viendo cómo pulsa el botón para llamar al ascensor. Ella, sin embargo, ni se atreve a mirarme, le incomoda mi presencia a más no poder. Repasa mentalmente mis cejas, mi nariz, mi uniforme, mis zapatillas. No sabe si hacerlo, ¿hay que hacerlo o no? Se acerca, me da dos besos y me dice: «Bye», con una mirada llena de pena. Y yo le contesto: «Bye, Gigi». Entonces recuerdo su caligrafía en aquella nota que llegó con el cuadro, «Enhorabuena por el nacimiento de tu bebé», y me doy cuenta de que aquella letra que me parecía cursi y pomposa tiene todo el sentido de pertenecer a esas manos, a las de Gigi.

Mi novio y yo vamos a hacerle una visita a la abuela. De camino a su casa, le insisto en lo vieja y triste que la vi la última vez. «Verás. Verás qué mal aspecto». «Bueno. A ver si tiene tabaco», es lo máximo que aspira a contestarme. Hace días que se muere de ganas por ir a fumar un cigarro con Toni a la terraza. Al llegar a la puerta, escuchamos risas dentro de la casa, un cachondeo desmesurado. Desde que llamamos al timbre hasta que se oyen unos pasos acercarse, pasa un buen rato. De hecho, en cuanto nos abre la puerta, ni nos saluda, se vuelve enseguida hacia el salón riéndose, siguiendo con la conversación que ha dejado a medias. En el sofá está sentada la prima Maite, vestida toda de rosa, blusa y pantalón, con unas bailarinas plateadas que le hacen el pie pequeño. «¡Hombre, Maite!», dice mi novio muy contento al verla. Se acerca con ímpetu. «No te levantes, no te levantes», le dice caballeroso. Le da un beso en cada mejilla y Maite los disfruta tanto como un trozo de chocolate fundiéndose en la lengua. Desde ese momento, no se le quita la sonrisa en toda la tarde.

Mi abuela, que hoy no solo no está vieja, sino que está rejuvenecida, pletórica, va entera de verde, con un vestido y un pañuelo a conjunto. Eso sí, nada de bailarinas, con sus Skechers. Y que no se las quite nadie. «Aquí estoy, con la okupa», dice mi abuela con una sonrisa tétrica, incidiendo en la palabra *okupa* mientras la dice, «o k u p a», mirándome para ver cómo reacciono. «Koki y Karo están de vacaciones, se han ido un mes a Filipinas. Los

pobres hacía años que no iban... Qué te diré, veinte años tal vez. Bueno, es que en realidad no habían vuelto a su país desde que llegaron a España. ¡Así que estarán dando palmas con las orejas de felicidad! Y claro, yo en la casa sola no me iba a quedar, por eso me he instalado aquí con tu abuela», nos cuenta Maite. «Eso sí, antes de subirse al avión vinieron a hacer la casa a tu abuela, que la tenía...», aclara. Me fijo en el salón. La casa está impecable, y eso a mi abuela le encanta. Nos cuentan que ayer estuvieron hasta las cuatro de la mañana viendo la tele. Discuten sobre si eran las cuatro o las cuatro menos cuarto o las cuatro y cuarto cuando se fueron a dormir. Estuvieron viendo una serie coreana de amor en Netflix. No sabían pausarla, con lo que se reproducía un capítulo tras otro sin parar. A las cuatro de la mañana saltó el mensaje de «¿Todavía sigues ahí?». En ese momento, un poco traspuestas, decidieron que era hora de recogerse. Mi abuela mira a mi novio y, sin mediar palabra, se levantan y se van a la terraza a fumar. Lo hacen a la vez: inhalan, saborean el humo y el calor del veneno, exhalan. Maite y yo los miramos desde dentro, concentradas en la nube gris que se aleja de ellos cada vez que echan el humo. «No he conocido a nadie más anárquica que tu abuela. Es un hierbajo fuerte. Te diré una cosa: así, sola en casa, sin internas que la molesten, es la manera en la que más le apetece morirse».

Desde hace unos días, como un reloj que marca la cuenta atrás, flota en el aire de casa el hecho de que uno de nosotros dos va a tener que hacer el acompañamiento de la bebé durante su adaptación en la guardería. ¿Que en qué consiste eso? En estar una semana yendo a dejarla, quedarse con ella un par de horas y

volverse a casa. Así, hasta que llegue el día en que nos digan: «Ya está adaptada, la podéis dejar todo el día e iros».

Por cómo ha funcionado nuestra relación en estos años, los dos sabemos que yo soy la persona elegida para hacer la adaptación. Vamos, es que ni se plantearía lo contrario, porque su trabajo siempre ha sido intocable y, lo que es peor, ha parecido que era intocable. Por tanto, de una manera orgánica, pero incómoda, ha tenido que suceder la siguiente conversación: «Yo no voy a hacer la adaptación, ¿eh? Vamos, es que no puedo». «Pues yo tampoco porque ruedo todos los días». Entonces se ha establecido un ambiente tipo wéstern, un duelo de padres viendo cuál de los dos tiene los mejores argumentos para priorizar lo suyo, qué vale más y, por tanto, qué vale menos. «Esa semana rodamos exteriores y va a haber un cristo de actores y figuración». «Pues yo esa semana empiezo a trabajar en la casa del padre de Jan, y también en casa de Jan, claro. Y, como comprenderás, no los puedo dejar tirados». «Bueno, seguro que no les importa que hagas más horas la semana siguiente». «Esto no funciona así. Y seguro que a tu jefe tampoco le importaría buscar un refuerzo para que te sustituya esos días», me muero de ganas de decirle. Y, por qué no, se lo digo, necesita que alguien se lo diga: «No eres tan imprescindible, amor». «Igual que tampoco es imprescindible que alguien tenga la casa limpia una semana, no se van a morir». «Acabo de empezar, necesito encontrar más casas para limpiar y eso solo se consigue con el boca a boca, las recomendaciones; y, si esta peña no me valora, no me recomendarán. O sea, me quedaré sin curro, ¿entiendes?». «Yo tampoco quiero que en mi curro me pongan ahora el cartel de "padre que da problemas", el padre que falta, que mi curro no funciona así». «Claro, porque en tu curro funcionáis sabiendo que hay alguien en casa que responde siempre por vosotros porque lo

vuestro es más importante que lo del resto». «Yo no sé qué te crees, ¿que Jan no te va a dejar tirada algunas semanas y que, encima, no te las va a pagar?». «No, me ha dicho que me paga el mes entero, me necesite o no». Su padre no, que es más rata de Nueva York y me va a pagar por días sueltos. «¿Cuánto dejamos de ganar si yo no trabajo y cuánto dejamos de ganar si tú no trabajas? Igual lo tenemos que ver también por ahí...», saca la artillería pesada, pero me da igual, no voy a hacer la adaptación, lo tengo claro. «Me da igual el dinero, esto es algo que va más allá del dinero, es una cuestión de poner en valor lo mío». «Si yo lo valoro». «No, no lo haces». «Claro que sí valoro verte así». «¿Así, cómo?». No quiere decirlo porque hacerlo supondría perder el duelo, está claro que tiene que dejar las armas y perder. «En paz». «Estoy en paz, pero sigo encargándome de muchísimas cosas, no te olvides». «Lo sé». En ese momento, doy por concluida la conversación y celebro mi merecida victoria. Es la parte chunga de ser padres, quién ha hecho más, quién ha hecho menos, lo mío, lo tuyo, en definitiva: lo de los dos. Al cabo de un rato, noto un runrún, un pensamiento al que no quiero hacer caso, pero que creo que es mejor hablar. Rodeo a mi novio por detrás, le doy la vuelta, le agarro de los mofletes, lo miro fijamente a los ojos y le digo: «Solo una duda: lo entiendes todo, ¿no?». «Claro. Para mí es un marrón, pero me encargo, tú a lo tuyo». Preparamos una fuente enorme de patatas fritas y freímos unos huevos. Cenamos en silencio, pero tranquilos; yo por lo menos.

Me despierto con la nariz fría. Es enero otra vez. Me gusta el invierno: el recogimiento, el edredón, el caldo, la ducha caliente, el roscón. Hoy hace un año que rompí aguas. Sucedió así: empapé el suelo de nuestra habitación, lo fregué y después llamé a mi novio.

«He roto aguas. Ha sido como una cascada». Ese día experimenté el mayor de los dolores, la mayor de las esperas y la más grande almorrana que jamás había tenido. Esta mañana miro a la bebé agarrada a los barrotes, recién levantada después de dormir casi trece horas del tirón. Lo único que quiero hacer es besarla, olerla y lamerla. Estar con ella en la cama, dejar que me tire del pelo, que me arañe la cara y me muerda las orejas. Paso la mañana entera recordando el parto, acomodándome en mi propio cuerpo, volviendo a él después de muchos meses. Esquivo la angustia que me da el pensar en la posibilidad de que me odie cuando se haga mayor, que me aborrezca, que le caiga mal, que quiera evitar parecerse a mí en lo más mínimo. La aprieto muy fuerte contra mi pecho y le digo: «Eres mi prisionera». Vienen a merendar a casa mis padres, mi tía y Rita con Cati. Celebramos un día que la bebé nunca recordará, pero que yo sí. Mi madre le da un regalo. La bebé arranca las esquinas del papel porque no sabe hacer nada más que eso. Mi novio lo abre. Ella grita como diciendo: «¡Una caja de cartón!». Y ahí está: su primera escoba con su primer recogedor.

Hace un viento endiablado, de aire enrabietado. El cielo gris se me mete dentro, estoy de un humor insoportable. Me tropiezo, las cosas se me caen, la comida se me quema. Mi novio me llama porque se acaba de dar cuenta de que ayer se dejó las luces del coche encendidas. Dejo lo que tengo entre manos y bajo con prisa a la calle. Camino pisando fuerte, ¡que se entere hasta el viento de lo malhumorada que estoy! La puerta del garaje tarda una eternidad en abrirse, desmonto el mando para ver qué pasa, intento abrir con la llave y no puedo. Al final, un vecino abre y aprovecho para entrar. Bajo los dos pisos por la rampa, sótano 2, hasta encontrarme de

frente con los faros como dos ojos iluminados. Entro en el coche y me quedo un rato. Intento apaciguar mi fuego, tapar la grieta para que no se cuelen los peores pensamientos, la ansiedad, la angustia, la rabia. Todo es culpa del viento. Mercurio retrógrado. La luna llena. Las mareas.

Salgo del garaje. El ambiente es apocalíptico, algo que me hace enfurecer de nuevo. Más bien me da miedo, y a mí el miedo me lleva al enfado. Camino, camino, camino; y, cuando estoy a punto de girar hacia casa, algo ligero y rugoso me cae encima de la cabeza. No me duele, pero me pega un susto que te cagas. Me lo arranco enseguida para descubrir qué es: dos bayetas húmedas ennegrecidas. Miro hacia arriba y veo el balcón de la vecina de enfrente. El viento me ha regalado todos sus trapos de limpieza. Ese mínimo contacto con la vecina de enfrente (¡ha sido casi como tocar su piel!) me quita el enfado de un soplido. En cuanto llego a casa, lo primero que hago es limpiar las dos bayetas con lejía y, después, las dejo secar en la ventana de la cocina, bien agarradas (no como hace ella), para que no se vuelen nunca y que la vecina pueda reconocer en mi casa algo que a ella le falta.

Desde que la niña va a la guardería, Tapón es mucho más feliz. Ha vuelto a apropiarse de la casa aunque solo sea por las mañanas. Ha vuelto a conquistar sus espacios, sus rayos de sol, sus correspondientes caricias. Aprecia el silencio y la quietud. Lo sé porque, a veces, suspira de gusto desde su cama. El otro día hablé un rato con él. Aprovechó para preguntarme por qué cojones habíamos tardado tanto en llevar a la bebé a la guardería, que se estaba volviendo loco con tanto ruido en casa. A lo que contesté: «Tapón, los niños donde mejor están es en casa. ¡Eso es de primero

de Crianza Respetuosa!». Pero, antes de terminar con mi discurso, él ya estaba de vuelta en su cama, apoyando el hocico en la esquina, aprovechando el último rayo de sol de la mañana. En ese mismo instante de paz sonó el timbre, acompañado del sonido de unas llaves entrando en la cerradura. Diana entró en casa, dando por concluido ese rato de silencio sepulcral, y Tapón salió corriendo, saltando por encima del sofá, a meterle el hocico en el culo. Diana se reía que no podía más, dando vueltas sobre sí misma. «Aaaay, ay, Tapón, Tapón. Recién vengo un poco más tarde porque Emily me pidió que la acompañara hoy al trabajo. Me dijo: "Mamá, te quedas aquí afuera y me ves por la cristalera". Así que allá me he quedado, apoyada en una farola, viendo cómo Emily encendía su ordenador, sentada en una silla de esas de oficina. Con una pegatina blanca en el jersey que ponía en rotulador: Emily. He visto cómo atendía a un grupo de chicas que venían cargadas con maletas, muy guapas todas ellas. En cuanto ha terminado, me ha dicho adiós con la mano y ya me he venido para acá. Mire, le he hecho una foto para que la vea. Estaba tan guapa mi Emily. ¿A que sí? Ha tardado, ¿ah? Porque mire que yo llevo trabajando desde los once años. Aunque, bueno, sí, es verdad que ella ha trabajado mucho conmigo limpiando, pero ya le tocaba ir por su lado. ¿Sabe lo que me dijo el otro día? "Mamá, yo quiero seguir yendo adonde Almudena a limpiar los viernes, ¿eh?". Y yo: "Sí, sí, mijita, no te preocupes". Es buena Emily limpiando. Cuando llegué a España, lo primero que hice fue limpiar, aunque sabe que allá en Ecuador era enfermera. Acá no me dejaron hacer los papeles para ser enfermera. No servía nada y, como necesitaba trabajar, empecé a limpiar. Si no, ¿de qué? ¿Le he contado alguna vez cómo llegué acá? Mire, mi hermana mayor, María Fernanda, había venido a Madrid dos años antes. Hasta que un día me dijo: "Diana, tiene que traerme a mis hijos acá". Así que de un

día *pal* otro me vi en el aeropuerto con Emily con nada más que tres años y con los cuatro hijos de mi hermana. Me había tenido que estudiar mucho la situación para cuando me preguntaran acá, en España. Me dijeron que tenía que decir *críos* y no *niños*, y que a las bolsas, que nosotros llamamos *fundas*, aquí le decían *bolsa*. Los niños estaban armando un buen escándalo en el aeropuerto. Imagínese, cinco niños y yo sola. Hasta los tuve que gritar en un momento. "¿A qué venís? ¿Dónde os vais a quedar? ¿Dónde está la casa de ese pastor del que me hablas? ¿En qué consisten las actividades que vais a hacer con la Iglesia? ¿Y todos estos críos? ¿Has estado más veces en España? ¿A quién más conoces aquí? ¿Eres la única persona adulta que ha viajado con los críos? ¿Sabrías decirme la dirección exacta donde os vais a quedar? ¿Fuenlabrada?". Pues así fue: pasamos y nos quedamos. Llevé a sus hijos a mi hermana, aunque yo lo único que quería era volver a Ecuador, pero al final me quedé. Y aquí me tiene, veintiún años después, hablando con usted».

Y en ese momento la semilla de odio hacia Diana se disolvió para dejar paso de nuevo a la pena, al paternalismo y a un pensamiento claro que me decía: «Sol, les estás robando el trabajo».

Hoy es mi primer día de trabajo en casa del padre de Jan. En cuanto Mery los dejó, llamaron a otra chica «para que le hiciera la casa». «Pero no funcionó: impuntual, nada fina limpiando y, lo peor de todo, una cotorra». Yo ya se lo había dicho a Jan: «Si te enteras de otra casa, avísame, porque necesito ganar más dinero». «Claro, jefa», me respondió, como diciendo: «¡A sus órdenes!». Es algo que también he escuchado mucho repetirse en mi entorno, el concepto de que ellas son las que mandan: «Estamos totalmente bajo el yugo de Menganita». Lo dicen casi disfrutando, mostrándose completamente sumisos ante ellas, haciéndole creer al interlocutor que tengan delante que la *chica* tiene todo el poder sobre ellos y que jamás podrán salir de ahí.

Cuando el padre de Jan, Emilio, me ve aparecer por la puerta, me da un abrazo. Ya nos conocíamos de mi época de *Assistant* de su hijo; nos solíamos cruzar por el estudio o, por supuesto, en cualquier inauguración que hiciéramos en Madrid. Es un hombre flacucho, alto, de Barbour en invierno y guayabera en verano. Lleva unas gafitas redonditas que le hacen parecer un dibujo animado y cada vez que quiere dar las gracias se lleva la mano al centro del pecho. «Verás, yo ya me iba, porque siempre que vienen del servicio a casa, me da urticaria solo de pensar en la posibilidad de que se me pongan a hablar de nimiedades. Mery lo tenía todo, qué tonta ha sido en irse. Pero, bueno, decisiones en la vida, me imagino. Así que aquí te dejo, de jefa de la casa». Se lleva la mano al pecho. «El dinero lo tienes

en la cómoda», me dice señalándola antes de desaparecer por la puerta.

La casa huele fuerte, una mezcla de falta de ventilación, colonia, carpintería vieja y mantas sin lavar. La inspecciono; no por cotilleo, sino más bien por una cuestión de practicidad, para saber lo que tengo por delante. Me aseguro de que cuento con los productos de limpieza que necesito, que hay aspiradora en vez de escoba y que los trapos y las bayetas están donde tienen que estar. Busco un delantal porque ya no estoy acostumbrada a limpiar con mi ropa y no quiero mancharme, saco los guantes de mi bolso y empiezo por el baño, que huele como si «don Emilio» hubiese cagado justo antes de abrirme la puerta, algo que yo no haría jamás si sé que Diana está a punto de llegar. Vamos, es que ni aunque me estuviera dando el mayor retortijón de mi vida.

Está llena de libros: encima del bidé, encima de la cama, en el comedor, en la cocina... Libros, libros, libros. Para limpiar el salón, empiezo por una librería que hay enorme, que parece hecha a medida. Voy pasando el polvo por cada módulo, leyendo rápido algunos de los títulos escritos en los lomos, cuando, por sorpresa, me encuentro con un papel pequeño, una notita con la tinta fresca que dice así: «No hay dinero dentro de ningún libro». Cojo la notita, hago una bola y me la guardo en el bolsillo para tirarla a la basura. Las casas, la intimidad, el miedo a que te roben.

De vuelta a casa, antes de llamar al ascensor, me asomo por la ranura del buzón. Intuyo que hay algo y que probablemente sea propaganda. Por si acaso, busco la llavecita y lo abro. En cuanto lo toco, me doy cuenta de que es una postal por el gramaje del papel. Una foto de un baobab con una playa paradisíaca de fondo. Lo del baobab lo averiguaré después, porque lo primero que pienso es: «Un árbol y una playa paradisíaca». Le doy la vuelta a la postal y

leo, con una letra alargada y díscola, con unos corazones enormes encima de las íes: «Querida *ratonsita*: Te escribo desde Madagascar. Te encantaría meterte la arena de estas playas en la boca. ¡Ya tienes un año! Te felicito en la distancia. I miss you. Roma». Subo a casa y cuelgo la postal en la nevera.

Resulta que hoy me tenía que llegar un paquete entre las diez y las doce, pero, como no venía, he salido de casa. A las doce me ha llegado un mensaje: «Destinatario ausente. Su paquete ha sido enviado a la oficina central: avda. de Córdoba, 12». He ido corre que te corre a la oficina, cinco paradas de metro y ocho minutos andando. Iba pendiente de Google Maps, con la vista fija en la pantalla, cuando, de pronto, me he chocado con una persona. «Perdón», le digo. No me contesta, así que decido levantar la cabeza. La miro. Nos quedamos paradas en medio del paso de cebra, una bufanda le cubre el rostro hasta la nariz. Ojos negros. Cejas pintadas. Mofletes rosas. Pelo azabache. «¿Roxana?». Se baja la bufanda para dejar la boca al descubierto. «¿Qué haces aquí?». Durante un momento tengo dudas de estar en Madrid, ¿y si de camino a por el paquete he cruzado una barrera cósmica interdimensional y realmente estamos las dos en Paraguay? «¿Has vuelto?». «Sí, señora. Bueno, nunca me fui». La miro incrédula porque no sé qué pensar. «Trabajo en un estanco. No le diga a su mamá que me vio». No me da tiempo a contestar, con un solo pestañeo veo su cuerpo marcharse hasta perderla de vista.

Casas limpias
María Agúndez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04.

© María Agúndez, 2025
Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

Diseño de la cubierta: Nuria Zaragoza
Adaptación de la cubierta: Gerard García Calafell
Fotografía de la autora: Marta Anglada

© Editorial Planeta, S. A., 2025
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2025

ISBN: 978-84-10293-73-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta